Conchita Sánchez

Quiebros del corazón

@lakukidelasletras



Conchita Sán

chez


Qui
del
co
clros
razón



© del texto, Conchita Sánchez Silva, 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas por la ley, cualquier forma de reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Diseño y maquetación: La Bohemia Creativa

Decía mi abuelo:
“Lo que es para ti, ni aunque te quites… Y lo que no es, ni aunque te

pongas”.

Primera parte
Capítulo I

Comenzó a estudiar con toda la ilusión que una persona pueda llevar consigo a la hora de escoger un camino para labrarse su futuro. Lo miraba todo de manera objetiva y optimista. Aquella postura le permitía sobreponerse a todos los obstáculos que le marcaba su destino, llegar a ser una gran profesional en los medios de comunicación. A muy corta edad ya había encontrado como unir su pasión a su profesión, pero era consciente que le sería muy difícil encontrar un hueco en el ámbito profesional que había elegido. La sociedad en la cual tendría que desenvolverse era injusta, existían intrusos en todos los campos donde se quisiera introducir, cada día contaba menos el esfuerzo que hacían las personas. Hasta entonces las ofertas que le llegaban eran para la prensa del corazón, un mundo por el cual ella no se sentía atraída, sus principios no se identificaban con ese tipo de prensa. Pero su vida dio un giro demasiado grande, y todos los planes de futuros fueron cambiados para vivir la felicidad plena, sin llegar a abandonar ninguno de sus objetivos.

Era sábado, se celebraba la final de un ciclo de novilladas que ella venía siguiendo desde su comienzo. Los festejos anteriores no los habían retransmitido, pero llegó el final del certamen y la novillada sería radiada por ella. Su forma de ser y su manera de expresarse le habían permitido ganarse muchos amigos y conocer mucha gente, algo que también se debía en parte a la infancia que había tenido. Desde pequeña se había desenvuelto en el mundo del caballo, su mayor hobby, lo que le había llevado de la mano al mundo del toro, una afición que siempre estaba viva dentro de ella.

Llegó a la plaza a las cinco menos cuarto de la tarde, fue a su mesa donde se encontraba el técnico que la acompañaría en aquella retransmisión para una emisora local de radio. Puso en orden todos los apuntes para aquel trabajo. Tras dar el primer vistazo, tuvo que acudir a recoger la información del ganado, nombres, pelos y pesos de los novillos que se lidiaban aquella tarde, también le faltaba los nombres de los hombres de plata, aunque a muchos los conocía, decidió recoger los nombres completos de las cuadrillas que acompañaban a los novilleros aquella tarde, para así no cometer ningún error. Recogió los nombres de las dos primeras cuadrillas, le quedaba tan solo recabar los que conformaban la última. Uno de ellos era un gran amigo de Isabel desde pequeña, mientras bromeaba con éste, se acercó otro banderillero, era un joven muy moreno de piel y con una mirada muy vivaz. Quizás tuviera la misma edad que la joven periodista.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Vas en la cuadrilla de Miguel García?

—Sí, así es. Me llamo Salvador Álvarez. —Suerte, Salvador.
—Muchas gracias.

Isabel ya tenía todo lo que necesitaba, ahora tenía que esperar a que sonaran los clarines para comentar a sus oyentes paso a paso todo lo que ocurriera en la plaza, una tarea a la cual ella estaba muy acostumbrada, lo venía haciendo desde hacía algún tiempo atrás.

Tras una tarde entretenida, saltaba ya al ruedo el quinto de la tarde, no hay quinto malo se decía entre los asistentes que se encontraban cerca de Isabel, algo que era difícil que ocurriera, debido a que hacía más de un siglo se dejaba para el quinto lugar aquel animal que tuviera mejores hechuras y reatas, según lo creyeran conveniente los ganaderos. En la actualidad el quinto saltaba a la plaza porque así el azar lo había decidido. El novillo irrumpía en el albero e Isabel comentaba paso a paso todo lo que ocurría:

—Ya está en la plaza el quinto novillo de la tarde, un bonito ejemplar de Soto de la Fuente, con el número seis en los costillares, negro saíno y de trescientos noventa y cuatro kilos de peso. Está rematando en los burladeros por abajo. Buena señal. El joven ya está con el percal en la plaza aguardando la llegada de su enemigo. El joven sevillano lo ha recibido con la rodilla flexionada y está ejecutando una buena faena de capote. Ha llegado a la gente, el público se ha puesto en pie. En esto del toro no se debe predecir, pero parece que se augura que va a haber triunfo.

Así comentaba lo que ocurría en el primer tercio. Le daba un descanso a su garganta y se escuchaban los aplausos del público hacía el joven, que recogía la ovación sonriente desde la raya de picadores. Los banderilleros se dirigían por los rehiletes al pequeño callejón que había bajo el tendido donde se encontraba Isabel. Ella no era consciente que en breves momentos iba a sentir algo nuevo, algo de lo cual ella había huido. Dirigió su mirada hacía el callejón para cerciorarse que banderilleros iban a actuar, pero se cruzó una mirada en su camino que la trastornó. Se desconcertó durante unos segundos y se quedó bloqueada, su compañero le hizo el quite, y pensó que a Isabel le había ocurrido algo, se había quedado en blanco por algún motivo, era algo muy extraño en ella, nunca perdía el hilo en las retransmisiones y la cubrió poniendo sonido del ambiente. Había sido aquella mirada, pero fue valiente y se repuso al momento, ella no era capaz de calificar de qué se trataba aquella sensación. Despertó pronto, pero su mirada se siguió cruzando con aquellos ojos vivaces que pertenecían a un banderillero que lucía un traje tabaco y plata con los cabos negros.

—¿Será verdad que los flechazos existen? —se preguntó.

Ella no entendía nada de eso, se había negado a indagar en el mundo del amor, su vida se centraba únicamente en formarse como periodista y en conocer todo los entresijos que rodeaban el mundo del toro bravo para luego poder trasmitirlo a la humanidad.

Isabel había acudido aquella tarde a la plaza sin muchas ganas de hacer su trabajo, pero después de aquella mirada, se sentía algo incómoda y tenía más ganas aún que concluyera aquel festejo para regresar a casa. Pero quedaba el sexto novillo de la tarde, ahora aquel hombre que le había dedicado aquella interminable mirada le tocaba banderillear. Ella a pesar de ser una mujer fuerte y estar acostumbrada que gente a la cual quería se jugaran la vida cada tarde, sintió una gran impotencia con sólo tener que mencionar su nombre. Era consciente, que al igual que ella estaba desconcentrada para desempeñar su labor, él tampoco estaba en el mejor momento para ponerse delante de la cara del novillo. No quería ni mirarlo, sabía que mirar tanto para arriba le podía provocar una tremenda voltereta a la hora de colocar los palos. Él, mientras se dirigía a colocarse en el sitio que le correspondía, miraba a Isabel, que intentaba no bajar la mirada hacía el ruedo. Lo estaba pasando mal, porque era consciente de que el toro lo podía coger. Pero todo salió bien. Isabel comentaba con mucho ímpetu:

—Un gran par de banderillas ha colocado este joven que acompaña al novillero sevillano. Ha salido con mucha seguridad de la suerte y ha dejado el par en todo lo alto.

Así describió lo que acababa de acontecer en la plaza, ella sin conocer aquel joven, solo de haber cruzado algunas palabras se alegraba de lo que había ocurrido. Él, tras terminar y salir con facilidad de la suerte, se paró bajo el tendido donde se encontraba la comentarista y la miró para dedicarle aquel gran par que había colocado. Había mucha gente en el tendido, pero él tan solo tenía ojos para ella. Isabel intentaba ser una profesional y contar de manera objetiva lo que estaba ocurriendo, como si ella no formara parte de ello.

Por fin terminó la novillada. Ella se despedía de sus oyentes:

—Pues hasta aquí ha llegado este festejo don - de ha habido un gran número de trofeos debido al buen juego que han dado los de Soto de la Fuente y al valor que le han puesto estas jóvenes promesas del toreo a sus adversarios. Nosotros nos despedimos hasta el próximo lunes, donde en el programa “El Ruedo” desvelaremos el nombre del ganador del trofeo de este ciclo de novilladas sin picadores. Muchas gracias a todos por haber estado ahí acompañándonos en esta retransmisión. Un saludo y hasta el próximo lunes, aunque espero que sigan sintonizando la 91,0 de la frecuencia modulada. Que pasen un buen fin de semana.

Isabel salió de la plaza y acompañó al técnico a su coche, para ayudarle a llevar los cables y micrófonos que habían hecho posible que aquella novillada se retransmitiera. Allí les esperaba su jefe, el director de la emisora.

—Isabel se ha escuchado muy bien. ¡Estás hecha una gran profesional!
—Muchas gracias.
— Pues ahora tenemos que ir al acto donde se va a desvelar el nombre del triunfador.
Isabel pensó: No tengo ganas de ver a nadie ni de saludar, hoy no es mi día.
La joven seguía dándoles vueltas a su cabeza y se preguntaba:

¿Y si está allí otra vez este hombre? Ese se ha pensado que yo soy una pieza fácil, querrá pasar el tiempo y hacerse el interesante conmigo porque sea banderillero, y a mí eso no me va a sorprender a estas alturas.

La comentarista llegó al salón, allí la gente la saludaba y le echaban los piropos con cierto tono machista que venía escuchando desde que era una niña. Ella siempre guardaba la esperanza que el mundo del toro abriera más las puertas a las mujeres con el paso del tiempo.

—Qué gran aficionada eres. Si fueras macho, eras figurón del toreo.
Y algunos seguían comentando:
—¡No tiene cojones la periodista! Si hubiera ocho o diez como ésta, se arreglaba el toreo.

Pero aquella noche cambiarían muchas cosas en la vida de la joven. Cogió su inseparable micrófono y se fue a buscar las impresiones de los protagonistas. Bromeaba allí con algunos profesionales y comentaba lo que había sido la novillada. En ese momento, aparecía en el salón el joven novillero, que posteriormente proclamaría el jurado el ganador de aquellas novilladas de promoción. Ella comenzó a entrevistarlo y le pidió que hablara un poco más que en ocasiones anteriores si es que su timidez se lo permitía, ya que no era la primera vez que lo entrevistaba.

Junto al triunfador se encontraba, su mozo de espadas, Antonio, su banderillero, y un personaje encantador que en aquella ocasión acompañaba al torero como ayuda, “El Nano”. Isabel comenzó hablar con ellos con mucha sinceridad y simpatía, se sentía muy a gusto conversando con ellos. Llevaba compartiendo palabras cinco minutos y parecía como si los conociera de toda la vida, siempre tuvo mucha complicidad con el sexo opuesto, quizás porque, siempre había estado rodeada de hombres en la ganadería donde creció.
Tras pasar allí un largo rato, pensaron que podían ir a otro lado a tomar una copa. Iban Isabel con el banderillero, el novillero triunfador de la tarde, el mozo de espadas y el ayuda. Fueron a un bar de copas. Allí sobre el mostrador de aquel bar que estaba envuelto por la imagen de un castillo medieval se hicieron dos grupos, por un lado estaban el torero con su mozo de espadas y ayuda comentando como había surgido la tarde, y por otro, el banderillero y la periodista. Salvador se dispuso a romper el hielo y acabar con aquella distancia que se había generado entre ellos a pesar de estar muy cerca, y preguntó:

—¿Llevas mucho tiempo retransmitiendo? He toreado todas las novilladas anteriores y no te había visto antes.

Ella contestó que sí, que había ido a todas las novilladas anteriores pero que no se habían retransmitido. A partir de ahí comenzaron a contarse muchas cosas, tanto de sus vidas profesionales como privadas. Ambos tenían mucho en común. Él le comentó que estaba soltero, y le preguntó a ella por su estado civil.

Tras salir de aquel bar, Isabel se dejó llevar por la simpatía de aquella cuadrilla, y se fue a su pueblo, que estaba a unos siete kilómetros y en el pueblo de la joven se tomarían la última copa. La periodista y el banderillero intercambiaron sus teléfonos móviles. Tras tomarse esa última copa, ella los acompañó hasta el coche. Salvador se atrevió a echarle el brazo por encima y le pidió al torero que les hiciera una foto con el móvil, pidió la opinión de los demás sobre si hacían buena pareja.

—Eh, has cogido mucha confianza, ¿no? —¿Te ha molestado?

— No, pero me he sentido incómoda. ¿Y ese peluche que llevas ahí?

— Te lo regalo para que nunca olvides el día que nos conocimos y lo metas en la cama contigo. Así estaré presente contigo todas las noches.

Ella soltó una carcajada. A Salvador le encantaba con la frescura que aquella mujer sonreía. Junto con el peluche le dio dos fotos de cuando el soñaba con torear en Sevilla y Madrid. Antes de despedirse ella le pidió que le diera un toque al móvil cuando llegaran a casa, le causaba bastante respeto lo carretera.

Aunque ella en el fondo pensaba que seguro que aquella mirada no había servido de nada, no la llamaría ni se volverían a ver.

Pero estaba en un error, aquella mirada fue algo más que una simple mirada. Salvador le había prometido que la llamaría cuando llegaran a su pueblo, y así fue. La joven dormía aquella noche en casa de su mejor amiga. Allí se presentó ella con un peluche y dos fotos de alguien que la había trastornado. Se lo contó todo a su amiga, se durmió haciéndose otras ilusiones diferentes a

las que normalmente se hacía, se imaginaba estar trabajando en un medio importante, rodeada siempre de profesionales, ir de una ciudad para otra, vivir de una manera intensa todo lo que conlleva ser una periodista dedicada a la corresponsalía taurina. Era lo que soñaba, la rutina era algo que le aturdía desde que era muy pequeña, ya que su signo del zodíaco era géminis, y a los que nacen bajo este signo no les suele gustar la rutina. Pero aquella noche en sus sueños entraba alguien más, y porque no formar una familia, la maternidad siempre la tuvo clara, aunque sin abandonar la profesión que había elegido. Sobre las cuatro de la mañana, veía por primera vez en la pantalla de su móvil el nombre del Salvador, aquel toque significa- ba que ya había llegado a su destino sano y salvo, y lo más importante que había cumplido su palabra.

Al día siguiente, Isabel se despertaba con una luminosidad diferente en su mirada y sintiendo sensaciones que no había sentido hasta entonces. Todo le recordaba a aquellos ojos oscuros que la habían mirado el día anterior. Fue a casa de unos amigos a comer, allí había mucha gente, y entre ellos el que había sido su primer amor. Era la primera vez que era capaz de mirarlo a la cara solo con ánimo de amistad. Aquello, según ella, era un triunfo importante en su vida. Isabel estaba muy a gusto entre sus amigos, pero siempre buscaba un momento de soledad entre el tumulto que la rodeaba para poder recordar aquella mirada que le había dado un vuelco a su vida. Tras la fiesta volvió a su casa un poco desanimada. Eran las ocho de la tarde, y desde que se había levantado por la mañana pensaba en escuchar de nuevo su voz. Se duchó y se encerró en su habitación. Se levantó de la cama para ir al servicio a lavarse los dientes, en ese momento sonó su móvil. Ella sin ver el nombre que aparecía en la pantalla, por el vuelco que le dio su corazón adivinó que era él. Lejos quedaron aquellos pensamientos de no me volverá a llamar.

—¿Diga?
—Sí, soy Salvador.
— ¡Ah! Hola, ¿Cómo estás?
—Bien. ¿Y tú?

—Bien y gracias por llamarme anoche. Me da mucho miedo la carretera por eso te dije que me llamaras cuando llegaras.

—¿Y por qué me lo dijiste a mí?
—Porque era con el que tenía más confianza. —¿Seguro?
—Sí, seguro.

Siguieron conversando, se contaron muchas cosas. Él le confesó que había terminado con su novia después de haber tenido una relación muy larga. Ella se encontraba estudiando fuera, y lo habían dejado por los celos que ella le mostraba de forma continua, algo unido al que no respetaba del todo su profesión. Isabel también le reveló algunas de sus historias, pero ninguna según ella habían sido de verdad. Así estuvieron hablando durante setenta y dos minutos. Lo que provocó que él acabara con el saldo que tenía en su tarjeta. Pero ella no resignán- dose a eso, lo volvió a llamar. A esos setenta y dos minutos, le seguirían otros treinta y cuatro. En total habían sido ciento seis. Pero a ambos les pareció como si tan solo hubieran sido cinco. Tenían la necesidad de seguir contándose cosas. Tenían mucho en común y a esos ciento seis minutos, le acompañaron algunos mensajes por parte de ambos.

Era el segundo día después de haberse dedicado aquellas miradas. Estaban deseando que cayera

la tarde para volverse a hablar. Y así transcurrió una semana. Bromeaban con aquellas miradas que se habían dedicado uno al otro el día de la novillada y con otros asuntos. Sus conversaciones eran muy difícil de descifrar para aquel que las escuchaba, ya que debido al buen conocimiento de ambos sobre el mundo del toro se entendían uno con el otro mediante una jerga muy especial. Se imaginaban noches locas de amor, algo que ellos denominaban “tentaderos” y así muchos términos más.

Cumplían ya doce días, desde que en el aquel veintisiete de marzo, el destino había estipulado que se encontraran. Ella ya le había confesado que se había enamorado de él. Salvador le contestó que él también sentía algo muy especial por ella. Isabel era consciente que sus ilusiones ahora tenían ya algunos cimientos donde apoyarse.

Dos semanas después, él vendría a un pueblo cercano al de la joven periodista a ver una novillada sin picadores, donde toreaba un joven de la escuela taurina donde el solía entrenar. En esa novillada también torearía un buen amigo de Isabel, ella le propuso que comieran juntos ese día. Y así fue.

Isabel aquel día estaba radiante. Se había oscurecido más su pelo, lucía una media melena muy brillante y lisa que le daba un aspecto más serio que con los rizos. Se había comprado para la ocasión un chaleco blanco de hilo que le permitía resaltar más el moreno de su piel. El chaleco tenía un tremendo escote que dejaba entrever el nacimiento de sus encantos. Ese día, Isabel puso más esmero en su arreglo, tardó más de lo habitual para arreglarse.

—Hola, perdón por el retraso. He tenido que dejar a éstos en el hotel y por eso he tardado algo más. —No te preocupes, ya me lo he imaginado.

Él sonrió y le mostró una dentadura perfecta y blanca como la naca, que le daba una luminosidad increíble a ese rostro de piel oscura.

—¡Ah! Yo pensaba que te habías arrepentido y que ya no venías.

—Qué malpensada eres.
—No, es broma.
—Estás muy guapa con el pelo así.

—Gracias. Ayer fui a la peluquería porque tengo ya algunas canas.

—¡Qué vieja eres!
—Pues me parece que tenemos la misma edad. —Sí.

Mientras tanto ella le indicaba por donde tenían que ir hasta llegar al restaurante donde disfrutarían de una amena comida rodeado de agua y mucha vegetación. Durante la comida no pararon de mirarse, y así siguieron durante toda la tarde. Salieron del restaurante y se dirigieron al pueblo donde se iba a celebrar la novillada, ya había comenzado el festejo. Cuando entraron, ella empezó a saludar profesionales conocidos que asomaban por allí, él la observaba y pensaba que todos los taurinos la conocían, y lo más importante que la respetaban como la gran profesional que era. Aquello lo hizo estar preguntándose durante toda la tarde, como él no la había visto antes.

Se sentaron juntos. Cuando terminó el festejo fueron hasta el hotel donde se encontraban los amigos que habían venido con él desde su pueblo, que no eran otros que el joven que habían proclamado ganador el día que se conocieron, Miguel García y su ayuda. Nano le solía echar muchos piropos a la joven periodista, se asombraba un poco al escucharla hablar de toros. Ella aguardó en el coche que Salvador volviera junto con los amigos que había venido.

Una vez terminada la novillada se fueron los cuatros a tomar un café. Entraron en un restaurante y allí los atendió un señor que no tenía que agradecerle nada a la vida en cuanto a su físico, era unos de los seres más feos que habían visto nunca. Ninguno podía contener la risa, aunque en el fondo sentían un poco de pena por él. En ese lugar la higiene brillaba por su ausencia. Ese motivo junto a la presencia de aquel ser tan mal parecido echaba un poco para atrás a los clientes. Pero allí pasaron un buen rato. Salvador de vez en cuando observaba a Isabel, y pensaba en la complicidad que tenía con sus amigos, era una mujer con una empatía impresionante.

Ya en el pueblo de ella, ni el novillero ni el ayuda eran tontos y prefirieron dejarlos solos. Así ambos se encontraban con mucha más libertad para todo. Ella ya no se pudo reprimir más:

—¿Salvador, qué es eso que tenías que hablar conmigo?
—¿El qué?

—Me lo dijiste el otro día por teléfono, que cuando vinieras tenías que hablar conmigo.
—Sí, es verdad. Ahora recuerdo que te dije eso. Tras un largo silencio, a la joven se la comía la curiosidad. Y volvió otra vez a preguntarle: —¿Salvador, qué era lo que me tenías que decir? ¿Te da vergüenza?
—Sí.

Ella quiso darle un poco de confianza y le co - gió su mano. Era la primera vez que se tocaban. A ambos les corrió un calor tremendo por sus cuerpos, él colocó su mano sobre la pierna de la joven y mientras se devoraban con la mirada, pronto fueron interrumpidos por Miguel y Nano que volvieron de su paseo.

Ahora venía lo peor, se tenían que despedir. Era un momento que los dos jóvenes estaban temiendo que llegara. Aquella misma noche hablarían por teléfono, Salvador le confesó que se sentía muy atraído por ella, pero que era mucha la distancia que los separaba, y que había estado a punto de besarla, que ni él mismo sabía cómo había podido contenerse.

La llama del amor seguía encendida, el teléfono era el encargado de ello. Tras pasar un mes y medio, y haberse contado muchas cosas, de nuevo surgía la oportunidad para que se volvieran a ver.

Esta vez su encuentro sería a las orillas del mar Mediterráneo y podrían pasar juntos todo un día. Ella llegó a la plaza de toros de Estepona, él se encontraba en el sorteo. Aquella tarde Miguel García torearía una novillada sin picadores. Ella prefirió esperar a la cuadrilla abajo. Había demasiada gente por allí y le daba un poco de vergüenza, pero ella ya había divisado donde se encontraba él. Concluyó el sorteo y bajaron todas las cuadrillas. El primero en aparecer fue Nano, y tras él, el joven que le había quitado el sueño desde aquel mismo instante en que la miró por primera vez. Él apareció bromeando.

—¿Nano, esta chica quién es?
—Anda que es fea. Te la voy a presentar. Salvador, ésta es Isabel. Isabel, éste es Salvador.

Nano los presentó de nuevo como si no se conocieran, se dieron dos besos en las mejillas y una mirada que duró segundos pero para ellos llevaba implícito un mensaje muy claro.

Se dirigieron al hotel donde se vestiría la cuadrilla de Miguel aquella tarde. Entraron en una cafetería cercana, estaba muy limpia y con una decoración muy típica de la costa. Todas las paredes de color salmón, lo que daba cierto ambiente de tranquilidad. En la primera mesa se encontraban sentados Nano e Isabel, mientras la cuadrilla subía todos los trastos para la habitación donde se vestirían los dos subalternos y el joven novillero. Una vez que lo habían subido todo, bajaron para tomarse un aperitivo antes de irse a comer. Ella llamó a Salvador, y se dirigieron al coche del compañero de éste, un gran amigo de Isabel con quien ella había llegado hasta allí, éste era para ella como un hermano mayor, siempre había estado en su casa para llevar a cabo sus entrenamientos, era un miembro más de su familia. Sacó del coche un regalo, era una correa igual que la que ella llevaba puesta el día en que se conocieron. Además para que nunca se olvidase de quien se la había regalado llevaba sus iniciales bordadas en su reverso. Era el primer regalo que ella le hacía y a él le gustó mucho, le agradeció el regalo con un abrazo que surgió de manera espontánea.

Durante toda la mañana habían estado mirándose y él no dejaba de hacerle caricias, y a veces buscaba el efecto contrario, hacerla rabiar, le encantaba verla irritada. Él seguía provocándola por debajo de la mesa, le apretaba las piernas con las suyas, y en algunas ocasiones la empujaba con la silla y todo hacía él, Isabel aunque no sabía poner semblante serio lo intentaba sin llegar a conseguirlo. Dieron un paseo por el paseo marítimo y optaron por entrar en uno de los restaurantes que les cayó a su paso, la opción no fue muy acertada, la comida era nefasta y bromearon todos con un aliño de patatas que algunos habían pedido, ya que las patatas más bien parecían rocas del mar. Allí predominaron las risas, pero ni a Isabel ni a Salvador se les olvidaban lo que sentían y se miraban de vez en cuando diciéndoselo todo con la mirada. Terminaron de comer y volvieron otra vez al hostal. Allí Isabel se vio obligada a subir a la habitación de los toreros. Todos tenían que preparar cosas y ella no se iba a quedar sola abajo, por lo que optó por subir. El torero se cambió de ropa para irse a la playa. Mientras, Nano preparaba las muletas y capotes en la terraza de la habitación, Isabel lo acompañaba y comentaba faenas de la recién concluida feria de Sevilla. Ella contaba con mucho entusiasmo la faena realizada por el sevillano Morante de la Puebla, contaba como la había hecho emocionarse, los toreros de arte eran sus predilectos. Pronto apareció en la terraza Sal- vador, que ya había colocado su traje y zapatillas sobre una silla, por aquello de que no cogiera malas formas. Y comenzó a bromear de nuevo:

—¿Lo que ha hecho Morante no vale para nada? —¿Tú lo has visto? —le contestaba ella. —No.

—Pues entonces, para qué hablas. Además tú no tienes que hablar mal de tus compañeros. ¿A ti no te han enseñado que no se debe hablar mal de los compañeros de profesión?

—A mí sí, tonta. Estoy bromeando.
—La faena fue casi perfecta. Si llega a matarlo le corta las dos orejas con mucha fuerza. Morante estaba muy entregado. Estaba ido, como suelen estar los toreros cuando están a gusto delante de

la cara de un toro. El toro también fue muy bueno, pero él lo supo aprovechar. Morante está atravesando por uno de sus mejores momentos. A mí me encantó, creo que será difícil poder ver una faena mejor en lo que queda de temporada. La podré ver igual pero mejor creo que no.

—Eso es que es muy guapo y por eso te gustó tanto.
En el fondo el banderillero sentía un poco de celos al verla hablar así, con tanto entusiasmo de un torero.

—Sabes que no mido a los toreros por su físico. Y aclaraba Nano mientras cepillaba el capote:

—Es demasiado buena aficionada como para que mida a un torero por su aspecto físico.

—Hombre, ciega no soy, pero hay toreros muy feos que desde mi punto de vista han sido o son grandes figuras del toreo.

Así disfrutaban de un tremendo sol que lucía aquella tarde en Estepona. Nano entró en la habitación a coger una toalla para mojarla y humedecer un poco el albero que tenía el capote para que le fuera más fácil quitarlo. Se quedaron los dos solos de nuevo. Salvador miraba a Isabel y se acercaba a ella muy lentamente. Le cogió las mangas del chaleco rosa fucsia que llevaba sobre sus hombros y las cruzó fuertemente, como para simular que la iba a ahogar. Isabel se estaba poniendo muy nerviosa al tenerlo tan cerca.
—¿Salvador, qué quieres ahogarme?

—No, lo que quiero es...

No se pudo aguantar más y la besó. Ella le dijo que el beso había sido muy dulce y muy despacio, él le respondió, como se canta y se torea en voz baja, y la volvió a besar. Llegó Nano. El mozo de espadas, se imaginó que allí había tenido que ocurrir algo, porque a ambos les había cambiado la cara. Salvador le pidió a Nano que se los llevara a todos a la playa para quedarse a solas con ella en la habitación. Isabel se reía y le decía, que gracioso eres, aunque en el fondo lo estaba deseando. Pero pensaba que era demasiado pronto para hacer el amor con él, todavía no se conocían lo suficiente. Ella estaba segura que lo quería ¿Pero y él que sentía por ella? Esa duda no dejaba a Isabel pensar con claridad. Además había andado siempre con mucho respeto en el mundo del toro, y ahora no iba a ser menos. ¿Y si él iba contando por ahí de una manera despectiva que se había tirado a la periodista como solían hacer muchos hombres, que eran de todo menos eso? Era otra duda que le producía un tremendo dolor tan solo pensarlo. Él loco de amor por aquel beso con el que le había respondido Isabel se fue a la playa para acompañar al torero. Ella se quedó con Nano. Creía que no llevaba la indumentaria apropiada como para irse a la playa.

Ahora era el momento para vengarse de todas las bromas que la había estado gastando él desde que llegó, y optó por esconderle las zapatillas de torear en la papelera del cuarto de baño. Él se volvería loco buscándola y creería que se las había olvidado en casa. Ella no sabía cómo él recibiría aquella broma, por lo que le reveló al torero donde se encontraban, para que después de que se llevara un tiempo buscándolas, le dijera dónde estaban. Y así fue.

Una vez en la plaza, él pronto encontró entre la gente donde ella se había sentado. Estaba en el tendido sola. Pronto se encontraron sus miradas. Ella se reía y él sabía el porqué de su sonrisa.

Eran sus zapatillas. Y le correspondía con otra sonrisa, que encerraba el mensaje de “te debo una”. Ella ya lo conocía demasiado bien a pesar de haber compartido poco tiempo junto a él. Pero sus largas charlas por teléfono le habían permitido descubrir algunos de los aspectos de la personalidad de él.

Él tuvo una tarde más o menos acertada. Isabel sufría mucho viéndolo, ella no creyó nunca que sería tan débil a la hora de ver a Salvador en la plaza jugándose la vida. Él se quedó con un abanico de ella, se lo quitó cuando daba la vuelta al ruedo con su torero y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaquetilla.

Llegaron de nuevo a aquel hotel, una vez terminada la novillada. Allí se reuniría de nuevo la cuadrilla del arte, como ella la denominada. Ahora venía lo que peor llevaban ambos, la despedida, aunque fue muy rápida no se pudieron despedir como ellos deseaban, ya que estaban acompañados por mucha gente, e incluso andaba por allí el padre de él, lo que intimidaba más aún a Isabel.

En el viaje de vuelta, ella no podía parar de pensar en aquel momento que habían vivido de intimidad en aquella terraza. Cuando ya estaba cerca de su destino él la llamaba para haber si ya habían llegado. Estuvieron un rato hablando, pero solo comentaron la novillada, ambos seguían acompañados. Hablaban el mismo lenguaje, lo que le permitía a él expresarse abiertamente hablando de una de las cosas más importantes que tenían en común, amaban profundamente el mismo mundo, el del toro bravo. Él se consideraba un afortunado por ello, era difícil encontrar una mujer que comprendiera tanto su profesión como Isabel. Aquello hacía a Salvador sentirse un afortunado en la vida y pensar que aquello nunca podía terminar.

Capítulo II

Su próxima cita no podía ser en otro lugar que no fuera en una plaza de toros. Esta vez sería en una de las plazas con más encanto que la tierra andaluza tiene la suerte de tener, la plaza de toros de Antequera. Por la mañana ella llegaría de nuevo al sorteo acompañada por su gran amigo, compañero de Salvador y una amiga del país vecino, Julie era una chica francesa que estaba realizando una tesis sobre cómo una mujer se desenvolvía dentro de un mundo de hombres y escogió como ejemplo a su amiga Isabel.

Los tres llegaron a la plaza, justo donde se ubicaban los corrales y donde se haría el apartado y posteriormente el enchiqueramiento y sorteo de los novillos. Isabel se quedó con Julie explicándole todo lo que aquella joven le preguntaba, sobre cómo se realizaba el sorteo y como se debía actuar ante tanto hombre. Pronto llegaron a la plaza, Salvador acom- pañado de Antonio, Nano y el torero Miguel García, que se quedaría junto a las dos jóvenes porque no le apetecía ver los toros, ante los cuales debutaría con picadores por la tarde.
Isabel le presentó a Miguel la joven francesa Julie. Salvador ya había saludado a Isabel y conocido a su amiga. Pero se había quedado un poco asom- brado al ver a Isabel por allí, ya que la tarde antes le había enviado un mensaje diciéndole que no iría a Antequera. Se llevó una grata sorpresa al ver que su periodista preferida andaba por allí. Tras el sorteo se fueron al hotel, allí comieron todos juntos. Luego la cuadrilla, esta vez más numerosa que en tardes anteriores ya que se les sumaba ahora la presencia de los dos piqueros, subieron a sus respectivas habitaciones. Isabel y Julie se quedaron descansando en un gran salón que había en la misma planta donde se encontraba la cuadrilla de Miguel García. Isabel no dudó en tenderse en un sofá marrón que presidía el salón. Julie se puso a leer un libro. Se leyó algunas páginas y bajó a tomarse un café. Salvador que no dejaba de merodear por allí, se percató que Isabel estaba sola en aquel salón, al igual que él lo estaba en su habitación. Ella estaba dormida y él entró y se sentó junto a ella. Aquel día hacía mucho calor y todos estaban en sus respectivas habitaciones. Un beso y una caricia fue suficiente para despertarla, estaba tan dormida que no sabía si era verdad o estaba inmersa en un bonito sueño. Ella le correspondió con otro beso. Salvador que andaba por allí un poco indecente, escuchó lo que quería escuchar desde el primer momento en que la conoció.

—Salvador, me gustas mucho. ¿Esto nada más lo siento yo?

—Isabel, a mí tú no me gustas. Me gustaste el primer día en que te vi, ahora tengo un sentimiento muy fuerte por ti. ¿Yo a ti sólo te gusto?

—No, te quiero mucho. Te lo he insinuado por teléfono pero como no estaba segura de tus sentimientos he esperado a que tú me lo dijeras. Pensé que no pudieras sentir lo mismo que yo, y solo te hubieras dejado llevar por el momento y por la afi- ción que nos une.

—Es algo muy bonito lo que siento por ti y quiero que lo vivamos de manera intensa. Me acompañas en todo y eso me ayuda a quererte cada día más. Es difícil encontrar una mujer con la que puedas hablar de mi mundo como hablo contigo. Nunca creí que existiera una mujer así. Te quiero Isabel.

Tras aquella declaración Isabel se dejó llevar y se fue a la habitación con él, se encerraron con mucha cautela. Julie como se había dado cuenta del ambiente que por allí se vivía. Isabel vivió una tremenda tarde de amor en Antequera. Salvador le dijo más de un millón de veces que la quería mientras hacían el amor, lo que provocó que ella no pensara ni un momento en que aquella historia no fuera verdad. Ella lo observaba mientras él se enfundaba el traje de luces, le dijo que no iría a verlo aquella tarde, que lo pasaba muy mal mientras él se jugaba la vida. Salvador se ataba los machos y la miraba mientras ella estaba tumbada en la cama aún.

—¿Quieres que te confiese algo?
—Sí, qué.

—Que es la primera vez que cambiaría torear por pasar aquí toda la tarde contigo.

—No me lo puedo creer.
—Pues créetelo.
—No pasa nada, piensa que ésta ha sido tan solo

nuestra primera vez y que nos queda mucho tiempo por delante para estar juntos. Ahora olvídate de mí por un ratito y piensa en el toro. Sabes igual que yo que es muy celoso y no permite que mientras que estés cerca de él pienses en otra cosa. Ve y que la suerte te acompañe. Te quiero.

Salvador mientras esperaba a que el ayuda lo llamara para dirigirse a la plaza, estuvo allí junto a Isabel que lo abrazaba fuertemente y le daba todas las caricias que tenía reservadas para él desde el primer momento en que lo conoció. Ella estaba viviendo sensaciones que nunca antes había vivido.

Cuando el banderillero llegó a la plaza a pesar de saber que Isabel le había confesado que no iría a verlo, la buscaba sin cesar. No llevaba ni cinco minutos separado de ella y ya la echaba de menos. En ese aspecto se volvía un poco egoísta. Sabía que ella lo pasaba mal, pero él se sentía mucho más seguro teniéndola cerca. Todo lo que hacía en la plaza intentaba hacerlo perfecto, y lo hacía por ella. Era consciente que ella sabía cuándo estaba bien o mal hechas todas las suertes, las conocía a la perfección, al igual que los comportamientos de los toros, parecía como si hubiera estado toda una vida poniéndose delante de ellos.

Isabel no iba a dejar sola a Julie, ya había estado bastante tiempo sentada sola en la cafetería de aquel hotel, casi se había leído todo el Quijote decía ella entre risas. Isabel, no quiso ser egoísta y acudió a la novillada para acompañarla. Él la buscaba desesperadamente, pero nunca imaginó que la tuviera tan cerca. Hasta que no concluyó el paseíllo y fue a cambiar el capote de paseo por el de brega no se percató donde ella estaba.

Ella observó todos sus movimientos durante toda la tarde. Una vez terminada la novillada, él llegó y se duchó. Estuvieron hablando y decidieron que después de lo que había pasado no tenían que ocultar más su amor ante nadie, y a partir de ese momento todo cambiaría.

Pasaron unos días y él decidió ir a Sevilla para estar junto a ella todo el fin de semana. No se separaron en ningún momento. La profesión de ella le permitía tener muchos amigos ganaderos que le abrían las puertas de su casa, además tenía el privilegio de vivir en un pueblo rodeado de ganaderías. Eso le posibilitaba estar junto al toro bravo cada vez que le apetecía. Durante esos

dos días disfrutaron de manera muy intensa uno del otro. Él estaba muy seguro y decidido a conocer a los padres de la joven. Isabel tampoco dudó en contárselo, aunque su madre ya se olía algo, sabía que su hija desde hacía unos meses llevaba inscrita la palabra felicidad en su cara, si su hija era feliz ella también lo era.

Salvador pasó un mal trago al tener que enfrentarse ante sus futuros suegros, pero salió ileso de aquella situación. A su suegra le cayó muy bien, su suegro tendría que digerir que su niña tuviera pareja y además que éste pertenecía a un mundo donde él había estado durante cuarenta años, algo que lo asustaba un poco. Él pronto se integró en el mundo de la joven periodista, ya que todos sus amigos compartían el mismo mundo que él, lo que hacía a Salvador sentirse muy a gusto entre esa nueva gente que había conocido.

Tras pasar algunos fines de semana junto a ella, la temporada se iba aproximando y el tiempo para estar junto se iba limitando. Pronto llegaría la pri- mera discusión fuerte entre ambos. Salvador empezaba a ser un poco egoísta, su profesión no la podía dejar, en cambio Isabel sí, porque según él no le iba a faltar de nada junto a él. Salvador no se daba cuenta que Isabel había pasado mucho tiempo sacrificada para tener lo que tenía y además siempre tuvo muy claro que siempre sería una mujer independiente y ejercería su profesión.

—¿Salvador, este fin de semana qué hacemos?

—Yo el domingo toreo aquí cerquita, ¿por qué no te vienes y pasas aquí el fin de semana y conoces a mi familia?

—Vale, no me parece mala idea, pero me temo que el domingo no podré acompañarte, tengo que venirme para Sevilla. Hay una novillada y tengo que estar presente.

—¿Me pareces que tienes poco interés en estar conmigo?
—Salvador, no me digas eso, debes comprender que yo también tengo obligaciones.

—Pero tú lo puedes dejar si quieres, yo no, si le digo al torero que no voy como está hoy el toreo para la siguiente se buscará a otro.

—Yo te entiendo, Salvador, pero entiéndeme tú a mí también. Yo por mi me iría a vivir ahí contigo, pero sabes que eso no puede ser.

—Pues vente cuando quieras.

Isabel colgó el teléfono. Después de colgar se dio cuenta que Salvador estaba actuando de una manera egoísta y sobretodo que era la primera vez que lo veía enfadado. La joven hizo las maletas el viernes y sin decirle nada se fue a su lado. Cuando llegó lo llamó al móvil.
—Sí, ¿qué quieres?

—¿Todavía sigues enfadado?
—No.
—¿Qué estás haciendo?
—Nada, entrenando.
—¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué quieres?

—¿Te importa venir a por mí a la estación de autobuses?

—¿Qué estás aquí?
—Sí, te dije que vendría.
—En diez minutos estoy ahí.

Salvador la buscaba entre la gente y no lograba verla. En ese momento estaban descargando varios autobuses y no la encontraba entre tanta gente. Por fin la pudo encontrar, estaba sentada en un banco de espaldas a la salida de la estación. El chico se acercó muy despacio, le cubrió sus ojos y le dio un beso. Atrás quedó su primera discusión. Salvador le ayudó con la maleta y llegaron a la casa del joven. Allí estaba una familia muy humilde pero con mucha calidad humana. La madre del joven nada más verla le dijo:

—Yo sabía que mi Salvador tenía muy buen gusto, y traería una chica así de guapa y simpática.
—Mamá, se llama Isabel.
—Pues yo me llamo Pepa, hija y que sepas que estás en tu casa.

El padre ya la había visto antes, pero no como la novia de su hijo sino como una amiga. También le dijo su nombre:
—Aunque ya nos conocemos, yo me llamo Salvador y te digo lo mismo que mi señora, espero que te sientas como en tu casa.

—Muchas gracias a los dos.

Salvador no se lo podía creer, Isabel estaba en su casa. Él le ayudó a instalarse en lo que sería su habitación. Le explicó que aquella habitación había pertenecido a su hermana mayor que vivía con su marido, y que ya tendría la oportunidad de conocerla. Una vez que colocó su ropa, Salvador decidió que fueran a ver los caballos que él tenía en el campo. Allí hicieron el amor en plena naturaleza, ambos eran unos apasionados del campo.

—Isabel.
—¿Qué?

—¿Sabes que te quiero como creo que nunca voy a querer a nadie?
—Yo a ti también te quiero. Una vez estuve enamorada de un chico, siempre he estado enamorada de él, a pesar de conocer a tanta gente, porque tú sabes que en este mundo se conocen a muchos hombres, nunca me había vuelto a enamorar. Bueno yo creía que eso era amor. Pero hace unos meses llegó un “listo” a una plaza de toros en la que yo me encontraba y entonces me explicó lo que era amor de verdad. Eso me hizo comprender que lo que había sentido antes era más bien una obsesión que amor. Las cosas de la vida.

A Salvador le encantaba escucharla hablar. Isabel cuando hablaba generaba un aura a su alrededor que envolvía a todos los amantes de la buena expresión, eso unido a su dulzura hacía sentir a Salvador el hombre más afortunado de la tierra. —Torero, ¿cómo crees que le he caído a tus padres?

—Muy mal, creo que esta noche te van a echar a la calle y vas a tener que dormir en el portal. Pero no te preocupes que yo voy a bajar contigo y vamos a pegarnos un buen tentadero.

—¿Y si la ganadera no te deja?
—Pues me salto y tiento con la luna, quiera o no la ganadera.

Ambos con ese lenguaje tan especial que muy pocos conocían se entendían a la perfección mientras que las caricias por parte de Salvador no faltaban. Isabel también era cariñosa pero lo demostraba un poco menos.

Al día siguiente, Salvador le dio una sorpresa a Isabel nada más levantarse. Él la cogió de la mano y le enseñó su pueblo. Llegaron a una preciosa plaza, allí muchos los miraban, eso era normal. Isabel como también era de pueblo no se extrañaba de aquellas miradas y comentarios.

—Mira Isabel aquí trabajo durante la semana, en esa obra de ahí.

—Sí, pues debes colocarte pronto con una figu - ra del toreo que los albañiles pasan mucho frío en invierno y mucho calor en verano. Claro, pero mientras llega esa figura que quiera contar contigo hay que hacer lo que sea.

—Ven, sube por esta escalera.

Él cogió su llavero y entre un manojo de llaves, atrapó una y abrió un candado que separaba una puerta de un pasillo. Con su hombro empujó la puerta, y apareció un piso todo en bruto.
—Isabel, te presentó la que será nuestra casa.

—Salvador, ¿qué dices?
—Este piso es mío, me lo entregan en septiembre y quiero compartirlo contigo.
—Es precioso, qué grande es.
—Tiene tres habitaciones, y habrá que poner literas porque pienso tener siete u ocho hijos. —¿Nada más ocho?
—Bueno, mejor los que dios quiera. Dame un beso y dime que vas a compartir este piso conmigo.

—Sí, claro que lo compartiré, pero lo de ocho hijos habrá que discutirlo. Te quiero.
Llegó el domingo, Salvador preparaba el lío, como dicen los taurinos para irse a torear, y en la habitación contigua Isabel recogía sus pertenencias para regresar a su casa. La dejó en la estación de autobuses y esperó a que partiera.

Pero eso de las despedidas pronto lo tuvieron que olvidar. Isabel se encontraba muy a gusto en su trabajo, pero aspiraba a algo más, a tener más responsabilidad de la que hasta ahora había tenido, y el destino le jugó una buena pasada. A ella la contrataron para una emisora de radio en el pueblo de Salvador, que casi era más bien una capital que un pueblo. Ella comenzó trabajando tan sólo tres días a la semana, pero pronto fue contratada todos los días. Supo conectar pronto con aquella audiencia. Dejó atrás toda su vida, se separó de su familia, a la cual veía muy poco, de sus amigos y en definitiva, de su vida anterior. Pero a cambio había conseguido estar junto a la persona que amaba y un trabajo que le hacía sentirse una mujer realizada. Se fueron a vivir juntos, a un pisito pequeño que Isabel había alquilado. Allí esperarían hasta que a Salvador le

entregaran el suyo. Isabel era muy buena cocinera y Salvador disfrutaba al máximo de los platos que ella preparaba, siempre reservando las grasas ya que Salvador necesitaba estar en forma.

Mientras más días pasaban más feliz se sentían, la convivencia no le era difícil. Tenía todo lo que una persona necesita para ser feliz, alguien que se bebía los vientos por ella, salud y un trabajo que no era una obligación, sino más bien un hobby. Su trabajo le permitió hacerse una persona muy popular entre los casi treinta y cinco mil habitantes de aquel pueblo. Cada día en su programa recibía muchas llamadas de personas que querían dedicar canciones, felicitar a otras, e incluso compartir un ratito de charla con una de las periodistas más queridas de la emisora por la audiencia.

Comenzó la temporada, hasta ahora la convivencia con Salvador había ido muy bien, pero el hecho de estar separados tanto tiempo les causó algunos problemas. Salvador hacía largos viajes debido a su profesión y ella estaba completamente sumida en su trabajo, la radio era su otra gran pasión. Cuando Salvador llegaba de hacer esos largos viajes, le apetecía estar junto a Isabel, pero la profesión de ésta, no le permitía estar junto a ella todo el tiempo que él quería. La convivencia empezó a complicarse, Salvador cuando llegaba al piso y percibía que Isabel no estaba se ponía del mal humor. Si salían a tomar algo, los oyentes de Isabel la iban parando por la calle para comentarles cosas del programa. Al joven banderillero aquello de tener que compartir su mujer con tanta gente no le estaba gustando.

Una vez concluida la temporada taurina, uno de los primeros días de Octubre, Salvador llegó a casa más temprano de lo habitual. Isabel había estado cocinando el plato preferido de Salvador, solomillo a la pimienta con papas al horno. Lo tenía todo preparado para hacer una cena romántica. Ella se encontraba m en una pequeña habitación que estaba un poco aislada del piso, allí era donde Isabel preparaba cada noche sus guiones para el día siguiente y donde se ponía al tanto de lo que ocurría cada día en el mundo. Salvador entró sin hacer ruido, algo muy habitual en él y dejó sus llaves y abrigo en la mesa de la entrada. Ya Isabel le había fallado, le encantaba que le abriera la puerta y lo recibiera con un beso si se encontraba en casa. Entró en la cocina, vio que había preparado su plato preferido. Salvador siguió el pasillo e irrumpió en la habitación donde se encontraba la joven. Ella estaba muy sumida en su trabajo.

—¡Hola feo! No te he sentido entrar.
—Ya me lo he imaginado.

—Perdona, pero es que tengo el programa de ma- ñana muy atrasado.

Salvador miraba a Isabel, con un silencio muy largo, ella se percato de momento que algo no iba bien, se sentía incómoda con aquellas miradas que le estaba lanzando, no sabía por dónde iba a salir aquella situación. Tras varios segundos mirándola espetó:

—Isabel, estoy harto.
—¿De qué estás harto? ¿Te ha ocurrido algún problema en tu trabajo?
—No, deja lo que estés haciendo por favor. Será mejor que hablemos.
—¿Te ocurre algo?
—No, nada. Solo quiero hablar contigo.

Isabel cerró su portátil, salió delante de él de la habitación y se dirigió a la cocina. Allí comenzó

a preparar la cena. Echó los solomillos en la plancha y metió en el horno unas patatas a rodajas.

—Siempre igual, Isabel. Deja de hacer cosas, te he dicho que vamos a hablar.
—Pero, Salvador, no te entiendo. ¿Por qué te has enfadado?

—Isabel, no estoy enfadado, solo te estoy pidiendo que hablemos. ¿Puede ser o no?
—Sí, claro. ¿Pero no te parece que estás un po- quito desagradable?

—Bueno, pues si piensas eso, perdóname, no es esa mi intención.
—¿Qué es lo que tenemos que hablar?
—¿Isabel, no crees que nos estamos distanciando un poco?
—No lo sé.

—Estamos demasiado sumidos en nuestros trabajos. Ya no es nada como al principio.
—¿Qué me quieres decir, que deje mi trabajo?

—No, tampoco te pido eso, sólo te digo que no me gusta compartirte con tu trabajo y tus oyentes. Si salimos de casa a pasear y a tener un rato de intimidad, te habrás podido dar cuenta de que no hay un momento en que la gente no te pare por la calle. Nos están interrumpiendo continuamente, y eso me está tocando las narices. No podemos vivir como una pareja normal, no sé si te has dado cuenta.
Isabel veía un poco de egoísmo por parte de Salvador, pero ella siempre era tolerante y canalizó aquel pensamiento sin llegar a expresarlo. Y le dio la vuelta al pensamiento que le había venido.

—Sí, pero entiéndeme, Salvador, no puedo ser desagradable con la gente, es mi audiencia y tengo que atenderla.

—No te estoy pidiendo eso. Sólo te pido que te desconectes un poco de tu trabajo y pongas un poco de más atención a nuestra relación. Ha sido todo muy especial para que se vaya ahora todo por la borda.

—Salvador, te entiendo, intentaré desconectarme. Pero considero que tú también tienes que poner un poco de tu parte. Sé lo que significa para ti tu mun- do, y nunca te pediré que lo abandones, pero rechaza algunas cosas como las voy a rechazar yo para poder compartir más tiempo juntos.

—Vale. ¿Todo aclarado?

Isabel asintió con la cabeza. Los solomillos seguían asándose en la plancha, Salvador se fue a tomar una ducha. Isabel una vez habiendo preparado la cena, decidió arreglarse un poco más para la ocasión. Se puso un pequeño camisón de raso azul pavo, se perfumó, se puso brillo en sus labios y se recogió el pelo, dejándose caer algunos mechones que le cubrían un poco su rostro, lo que le daba un toque muy sensual. Salvador salió del cuarto de baño, se dirigió hacía el salón. Allí le esperaba una mesa que no le faltaba ni un detalle, su mujer era un ser muy especial y gran amante de cuidar los detalles en la mesa. Él se interesó por la comida, pero cuando la vio aparecer nada le podía interesar más, su prioridad cambió.

—Isabel, estás preciosa.

—Muchas gracias.
Se acercó hasta él y le dio un beso.

—¿De dónde has sacado ese camisón? ¿Lo tenías guardado para hoy?
—No, me lo he comprado nuevo.
—Pues estás más guapa que nunca. ¿Sabrás que esta noche no te escapas?
—Sí, pero vamos a comer que se van a enfriar los solomillos.
—Esos pueden esperar.

Él la cogió en brazos y la tumbó en el sofá, apagó las luces y dejó solo la luz que venía de la velas que ella había colocado en la mesa. Él se quitó la camisa del pijama y se sentó junto a ella. Comenzó a acariciarle hasta el último rincón de su cuerpo. La siguió besando y le hizo el amor con más esmero que nunca.

—Salvador, te quiero.
—Yo a ti también. Ahora sí vamos a comer.

Ella siguió tumbada en el sofá y él partía el solomillo y le daba de comer. El postre vino luego y se lo comieron en la cama.

Eran las siete menos cuarto de la mañana, y sonaba el despertador. Salvador se levantaba de la cama, sacaba con mucho cuidado el brazo que rodeaba a Isabel para no despertarla. Se colocó la ropa de trabajo y besó a su novia, que le deseaba medio dormida que tuviera un buen día.

Ella siguió durmiendo hasta las siete y media, que volvía a sonar el despertador. Ella se levantó, se dirigió a la cocina como cada mañana y se tomó un vaso de zumo de naranja. Hizo su cama, recogió un poco todo lo que había quedado de la cena romántica que habían tenido la noche anterior. Después se metió en el cuarto de baño, buscó lo que se iba a poner en el armario y salió camino del trabajo. No solía tardar mucho en arreglarse, no era muy amante de los maquillajes, aunque los usaba en algunas ocasiones. Siempre lucía un rostro muy natural.

Hizo su parada habitual en el kiosco de su amiga Marisa que se encontraba en la esquina de su calle, compró el periódico para ponerse al día de lo que decía la prensa escrita, ya que muchas de aquellas noticias le servirían para desarrollarlas en el magazín matutino que hacía cada mañana. Tras desayunar, entró en el trabajo, lo primero que hizo fue entrar en el despacho de su jefe.

—Rodrigo tengo que hablar contigo.
—¿Isabel, tienes algún problema?
—No. Ahora tengo que preparar el programa.

—Bueno, pues cuando termines te espero aquí en mi despacho.
—Vale, luego hablamos, artista, que tengas un buen programa hoy.

Isabel conectó su ordenador y comenzó a trabajar, junto con todo su equipo. Ana, su fiel compañe- ra, había llegado un poco antes hoy y ya tenía mucho trabajo adelantado. Ana notó que su compañera tenía una sonrisa muy especial aquella mañana.

—¿Isabel tienes hoy una cosa muy especial en tu cara?

—¿Qué tengo? Tú sabes que yo no me maquillo nunca, tan sólo me he echado la crema hidratante, un poco de colorete y poco de brillo en los labios.

—Pues haber si me dices el nombre de esa cre - ma hidratante, que da esa sonrisa tan especial que traes esta mañana.

—Ana, déjate de tonterías, que luego ya sabes lo que pasa, siempre tenemos que ir a contra reloj.
—Venga tonta. Cuéntame, ¿a qué se debe esa sonrisa tan especial?
—Ana, luego te lo cuento por favor.
—No venga, si podemos estar trabajando y hablando a la vez.
—Tú sabes que yo no. Si te lo cuento te pondrás a trabajar de una puñetera vez?
—Sí, si en el fondo estás deseando contármelo.

—Anoche estaba sentada en el ordenador preparando la sección literaria de hoy, estaba buscando información sobre el autor. Salvador llegó sobre las ocho y media. No lo oí entrar, llegó a mi estudio y me dijo que teníamos que hablar, estaba muy enfadado, piensa que ambos estamos demasiado sumidos en nuestros trabajos.

—Eso ya te lo he advertido yo en algunas ocasiones. ¿Y qué?

—Había preparado su plato preferido para cenar. Después de hablar, él con un tono más alto de lo normal, se metió a ducharse. Preparé una cena muy romántica. Hubo aperitivo y postre, fueron dos “tentaderos” de ensueño.

—¿Qué es un tentadero?

—Si fueras un poco aficionada a los toros lo sa - brías, pero como no me haces caso, pues por eso no sabes lo que es.

—Ya te he dicho mil veces Isabel que la fiesta nacional no me gusta. Bueno volviendo a lo mismo, Salvador es muy bueno y no debes perderlo, además tiene un culo que pone cachonda a la más pintada.

—Ana te estás colando, que ese trasero tiene dueña. Hoy voy hablar con el jefe y le voy a decir que quiero que reduzca mi contrato a media jornada. Y los fines de semana de ahora en adelante los voy a pasar con él.

—Eso está muy bien.

Ambas siguieron trabajando. Llegó la una y media, concluyó el magazín.
—Yo me despido hasta mañana que volveremos con más actualidad. Espero que a partir de las diez estéis ahí detrás de vuestros receptores esperándome a mí y a mi genial equipo, que sin ellos sería imposible poder hacer este magazín. Un fuerte abrazo, que pasen un buen día y mañana volvemos a estar con ustedes desde la 102,5 de la Frecuencia Modulada.

Isabel salió del estudio y entró en el despacho de su jefe que se encontraba reunido en ese momento con los encargados de publicidad. Ella le dijo que no pasaba nada, que volvería más tarde. Rodrigo asintió con la cabeza.

La periodista volvió cuando vio pasar por delante de la puerta de su despacho a los agentes publicitarios de la emisora.

—¿Puedo pasar?
—Claro, Isabel. Siento que hayas tenido que esperar.

—¿Qué te ocurre?
—Nada, que me estoy planteando trabajar un poco menos, mi garganta y mi mente necesita un descanso. Tú como profesional sabes que hay ocasiones en las que necesitamos un descanso. Y a mí me ha llegado ese momento.

—¿No habrás tenido aquí problemas con nadie?

—No, Rodrigo, simplemente necesito darme un descanso, quiero plantearme formar una familia con Salvador.

—Eso está muy bien. Bueno, pues reduciremos la jornada a tres días en semana.
—Perfecto. Muchas gracias, Carlos.

Isabel volvió a casa pronto a esperar que llegara Salvador para contarle todo. Ella suponía que aquella noticia le agradaría mucho. Cuando llegó a casa, le contó lo decisión que había tomado a Salvador. Él le dio dos besos y un fuerte abrazo, mientras bromeaban con el tentadero de la noche anterior, y con el comentario de Ana sobre el trasero de Salvador.

—Ana dice que pones cachonda a muchas mujeres con tu trasero.

—Ya lo sabía.
—Eres un creído, no es para tanto.
—Si tú lo dices. También tengo que escuchar co

mentarios sobre esos labios tan carnosos y tan perfilados que tú tienes, y te aseguro que me entran ganas de partirles la cara cuando un compañero me da esa broma.

—Pues debes ser inteligente, y piensa que solo son tuyos. Yo me siento orgullosa que me digan que tienes un trasero muy buenorro. Ana está todo el día haciéndome comentarios sobre ti y yo no me enfado, lo que salta a la vista es absurdo obviarlo.

—Pero Ana te aprecia, es muy divertida y lo hace para provocarte y sacarte información y aprender de ese vocabulario tuyo del toreo y el sexo.

—¿Sabes la expresión que más gracia le hace? Cuando nos estamos contando intimidades, y le digo que no pudimos hacer nada porque la plaza estaba encharcada. Eso cuando se lo explique se moría de la risa, cuando ella se lo contó a su pareja, él le dijo que yo estaba loca y ella más loca aún por escucharme. Pero él también le preguntó que qué significaba. Ella le contestó que estábamos locas pero que a él le comía la curiosidad, y que se trataba de cuando la mujer está con la menstruación y no es muy agradable mantener relaciones, y lo decían así porque los toreros cuando la plaza está encharcada no pueden torear. Ana es una cachonda mental y yo lo paso muy bien con ella. Me ha ayudado mucho a adaptarme en la emisora. Ella tiene una

personalidad muy peculiar y es un poco la que manda.

—Pues sí, es una buena amiga que has encontra - do ahí y eso no se encuentra todos los días. Se aproximaba la temporada y Salvador comenzaba a prepararse en los tentaderos, mientras acompañaba al torero con el cual se había colocado aquella temporada. También eran fechas de tener festivales muchos fines de semana. Isabel solía irse con su fa- milia en las ausencias de Salvador, a rodearse de los suyos, y en otras ocasiones lo acompañaba. Fueron pasando los días y se adentró ya la temporada taurina. Salvador pasaba muchos días ausentado de su casa y lejos de Isabel. Llegaron los San Fermines, allí toreaba Salvador una corrida en los primeros días de encierros. Isabel siempre había soñado sentir el ambiente de las calles de Pamplona en los días en honor
a su santo patrón, aunque ella pensaba que aquella
afición se movía con mucho ruido y quizás no le iban
a permitir ver la corrida como ella quería, pero era
una tarde muy especial para el hombre con el que
compartía ya más de dos años juntos y quería estar
cerca de él. Ella nunca le había costado tomar decisiones y viajar sola, desde que era muy joven lo había estado haciendo, ya que había cursado su carrera en Madrid. Cogió un avión en Málaga, hizo escala
en Madrid y llegó a Pamplona. En el viaje pensaba
en Salvador, llevaba ya algunas semanas sin verlo, y
además sabía que estaba muy dolorido porque había
sufrido una tremenda voltereta mientras toreaba en
un pueblo de Aranjuez la tarde anterior y lo estaba
pasando mal. Salvador no se imaginaba que Isabel
pudiera aparecer por allí. Ella llegó sobre las nueve
de la noche del martes, había hablado hacía un momento con él y le dijo que acababa de llegar, ella no
le desveló que estaba en Pamplona y mucho menos
que se hospedaba en el mismo hotel que él. Lo mejor
de todo sería la noticia que le iba a dar.

Isabel llegó por fin al hotel, lo tenía todo planeado bajaría a la cafetería y desde allí lo llamaría al móvil y le pediría que bajara. Pero nada salió como ella esperaba. Cuando bajó a la cafetería, Salvador ya se encontraba allí en compañía de una mujer rubia, ella se quedó pasmada. Era la peor sensación que había sufrido nunca, se unía rabia, impotencia y un cúmulo de sensaciones que nunca antes había sentido. Salvador giró la cabeza y vio a Isabel agarrada al pasamano de la escalera. Ella se volvió y comenzó a subir sin soltar una palabra. Salvador corrió tras ella, pero a ella no le servirían ninguna de las explicaciones que él le diera:

—Isabel, por favor no te enfades. No es lo que tú piensas. Para mí tú lo eres todo, por favor te quiero. Perdóname. No me hagas esto. Te necesito. Maña- na es una tarde muy importante para mí, por favor quédate. Es una amiga, te voy a explicar.

Salvador no fue capaz de mirarla a la cara, se arrepentía de haberla traicionado, no se lo merecía. Era consciente de todo lo que ella había dejado en el camino para estar con él. Pero no sabía que hacer, se despidió de la chica y se subió a la habitación, ahora tenía una responsabilidad grande y

un gran problema que resolver. Él sabía que Isabel aquello no se lo iba a perdonar.

La joven sin hacer ningún comentario recogió sus cosas se fue al aeropuerto y volvió a su casa. Allí empaquetó todas sus pertenencias, dejó una bonita carta en su trabajo y se trasladó a su pueblo. Se lo contó todo a sus padres y con su secreto se marchó a Madrid en contra de la voluntad de éstos. Pensaba que su trabajo era lo único que la podría sacar de aquella grave situación, además dentro de ocho meses tendría que alimentar a otra boca más. Llegó a Madrid y buscó calor en un viejo amigo que le acompañó siempre en lo bueno y lo malo durante su estancia en la capital. Comenzó trabajando en un restaurante de cocina andaluza, la cocina se le daba muy bien y mientras encontraba algún trabajo relacionado con lo suyo tendría que conseguir dinero para no tener que gastar todos sus ahorros. Le alquiló un habitación a una señora mayor, que tenía de todo menos comprensión. Era una señora de setenta y nueve años, que tenía un piso bastante grande en la zona del cementerio de la Almudena. A las ocho de la noche quitaba la electricidad para no gastar, Isabel muchos días pasaba mucho frío al no tener suficiente agua caliente para ducharse. Para leer o escribir tuvo que comprarse una linterna que iba por pilas que se colocaba con un aro en la frente, al igual que los cascos de los mineros. Isabel quería salir de allí a toda costa pero no se lo podía permitir, Madrid no es una ciudad barata para vivir. Ella no quería contar nada a sus padres, ni tampoco dar muchas explicaciones a nadie para que Salvador no la localizara. Poco a poco fue ahorrando algo para cuando llegara su bebé.
Salvador no dejaba de llamarla pero ella estaba decidida a no descolgar el móvil. También le dejó dicho a sus padres que por favor no le dijeran dónde estaba. Para él la vida había dejado de tener sentido desde que Isabel se marchó de su lado.

Capítulo III

Iban pasando los meses e Isabel pensaba si le diría lo de su embarazo o no. Ella por un lado pensaba no decírselo, pero por otro, también sabía que los que habían sido sus suegros no tenían culpa de nada y tenían derecho a conocer a su nieto. Isabel no aparecía por Sevilla y trabajaba de sol a sol para recaudar como las hormigas para cuando no pudiera trabajar. Lo que peor pasaba eran las noches, el olor corporal de Salvador le asaltaba junto a muchos recuerdos que se guardaba muy dentro de ella, aquella mirada que le dedicó en aquella plaza de toros por primera vez, tantas tardes y kilómetros que lo acompañó, sus paseos a caballo, y todo la hacía sentirse aún peor. Cuando recordaba la imagen que había visto en Pamplona se sentía una mujer desafortunada. Pero Isabel siempre se caracterizó por ser una mujer fuerte, se subía su autoestima pensando en la cara que tendría su bebé. Cuando cumplió los ocho meses se fue hasta Sevilla, quería que su hijo fuera sevillano y andaluz.

En pleno mes de febrero nacía Manuel, era un niño precioso se parecía muchísimo a su padre. Tenía una tez muy morena como su padre, con el pelo rizado como su madre y había sacado los ojos celestes de su abuelo materno, era muy grande, pesó tres kilos novecientos y llegó al mundo por parto natural, su mamá se portó como toda una valiente y Manuel rebozaba salud. Fue un parto casi perfecto, el destino quiso que Isabel no sufriera fuertes dolores físicos, ya le dolía el alma demasiado debido a la ausencia del padre de su hijo, lo necesitó mucho más de lo que ella se pudiera imaginar. Tras llegar a la habitación, le asaltó un pensamiento que le aturdía, no le podía negar a Salvador poder vivir ese momento, ver la cara de su hijo y tampoco a sus abuelos. Ahora su vida cobraba sentido con la presencia de su hijo y quería dormir con la conciencia tranquila. Isabel tomó la decisión de llamar a Salvador. Él se encontraba de viaje y venía para torear en Sevilla, torearía aquel domingo un festival en un pueblo cercano.

—Salvador, soy Isabel.

Salvador no daba crédito a lo que estaba oyendo. Tuvo que parar el coche en la carretera, no se lo podía creer.

—Sí, Salvador no te extrañes soy Isabel, ¿Dónde estás?

—Voy de camino a Sevilla, toreo allí mañana — Pues ven al hospital.
—¿Te ha ocurrido algo?

—Sí, dame un toque cuando estés en la puerta, bajaran a buscarte y si puedes ven acompañado de tus padres.

—¿De mis padres? Sí, pero dime que pasa. Voy para allá enseguida. Estoy cerca del hospital, en un hora estoy ahí.

Una vez en la puerta llamó a Isabel. Ella le pidió a uno de sus hermanos que bajara en busca del nuevo papá, que no se imaginaba lo que allí le esperaba. Cuando iban en el ascensor le preguntó a su excuñado que estaba ocurriendo, él le contestó que no era nadie para contarle, cuando se

abrió el ascensor, se encontró con una gran cigüeña que decoraba el frontal de aquella sala. A Salvador le comenzaron a temblar las piernas. En la puerta de la habitación trescientos dieciséis, lo dejo solo su excuñado. Él con mucho cuidado abrió la puerta y encontró en la cama a Isabel que estaba más guapa que nunca con una bata blanca, que atenuaba mucho más su piel morena. Junto a ella había un capacho decorado con adornos celeste y por encima asomaba una pequeña cabecita con un pelo muy negro.

Isabel cuando lo vio entrar se hizo la fuerte y le dijo:

—Era lo quise decirte en Pamplona.
—Isabel...
Fue lo único que fue capaz de decir. Se acercó

hasta el moisés. Isabel le dijo que aunque estaba dormido podía cogerlo. Salvador no paraba de llorar, era la sensación más bonita que había sentido nunca, su emoción era incontrolable, lo había paralizado. Se sentó junto a Isabel en la cama y no podía quitarle la mirada aquella cosita tan pequeña que tan solo verlo le había cambiado su vida.

Isabel no pronunció ninguna palabra, sólo sabía observar la imagen que tenía en su frente y sintió tristeza por haber estado sola en un momento tan importante para sus vidas. Salvador después de mucho rato mirándolo decidió levantar la cabeza y mirar a la que a pesar de todo, era la mujer de su vida y con lágrimas en los ojos se atrevió a decirle:

—Isabel, ¿cómo se llama?
—He decidido ponerle Manuel como mi abuelo. —¿Por qué no me lo dijiste?
—No creí que te interesara.
—¿Isabel todavía no me has perdonado?

—Si te he perdonado me has dado lo más bonito que tengo en la vida. Pero yo no creo que yo te tenga que perdonar nada, él que te tienes que perdonar eres tú a ti mismo.

—¿Y entonces por qué no empezamos de nuevo?

—Porque que te haya perdonado no quiere decir que vaya a volver contigo, no puedo estar con una persona en la que no confío.

—Pero me dejarás verlo.
—Por supuesto, si no ten por seguro que no te hubieras enterado.
—¿Y cuándo salgas de aquí qué harás?

—Estaré algunas semanas con mis padres y después me trasladaré otra vez a Madrid. Tengo un trabajo importante a la vista.

—En mi pueblo parece que la gente no me perdonan que la persona que compartía las mañanas con ellos se haya marchado por mi culpa. Cuando te fuiste dejé el piso y me fui de nuevo con mis padres.

—Creo que debes traer a tus padres a ver a tu hijo, ellos no tienen culpa de nada.

—Isabel no creo que pueda vivir sin verlo. —Lo vas a poder ver cada vez que quieras.

Salvador no quiso marcharse de allí hasta la misma hora en que tuvo que irse al hotel a vestirse para torear. Aquella tarde todo lo que hizo en la plaza lo hizo por y para su hijo, ahora tenía un sensación nueva cuando se ponía el traje de torear, la responsabilidad era mayor. Una vez que terminó corrió otra vez al lado de Isabel, quiso pasar la noche junto a su hijo. Isabel le permitió que se quedara. Ella se quedó dormida después de darle el pecho a Manuel, que lucía la misma sonrisa que su mama. Salvador se acercó a la mamá de su pequeño y le dio un beso, Isabel estaba muy dormida, pero se dio cuenta de lo que había sucedido, y siguió haciéndose la dormida. El nuevo papa demostraba ser un buen padre, estuvo toda la noche pendiente de la mamá y del recién nacido.

A la mañana siguiente llamó a sus padres que se trasladaron a Sevilla para conocer a su nuevo nieto. El matrimonio no daba crédito a lo que su hijo les contaba. Cada dos palabras repetía:

— “Mama es precioso”.
Su madre le contestaba:

—Lo tienes merecido que se haya ido de tu lado, lo vas a pagar durante toda tu vida.

Él era consciente que ahora vendría el peor momento, tener que separarse no sólo de su hijo, sino también de la que había sido su mujer. Él estaba seguro que nadie ocuparía el lugar que ella había ocupado desde el mismo día en que la conoció.

Dos días después, tanto Isabel como su hijo Manuel recibieron el alta médica. Estaría durante unos días en casa de sus padres, pero tenía claro que pronto se trasladaría a Madrid. Allí tenía un proyecto de trabajo muy importante. Mientras estuvo en casa de su padres, Salvador venía cada día a ver a su hijo, lo paseaba y lo cuidaba como un padre ejemplar. A Isabel la miraba con melancolía, se arrepentía con todas su fuerzas de haberle hecho daño, pero él sabía y demás que Isabel no se echaría atrás en su decisión, no confiaba en él.

Manuel tras el paseo que su padre le había dado se quedó dormido. Salvador le pidió a Isabel que fueran a tomar algo, que tenía que hablar con ella. Ella accedió y se fueron a tomar un café.

—Isabel sé que no te vas a echar atrás en tu decisión, pero por si te sirve de algo quiero que sepas que estoy tremendamente arrepentido de haberte hecho tanto daño. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, y Manuel ya es mi locura. Nunca pensé que se pudiera querer tanto a una cosita tan pequeña y tan encantadora. ¿Bueno y cuando te vas para Madrid?

—Pronto.
—¿Y tienes trabajo o tendrás que seguir trabajando tantas horas en ese restaurante?
—No, Salvador. Tengo un proyecto de trabajo importante.

—Bueno, a pesar de que tengas trabajo, quiero que me dejes ayudarte con los gastos del niño. Pon una cantidad y yo te la doy todos los meses. Manuel también es mi hijo. Déjame contribuir en algo, ya que no voy a poder estar a su lado todo el tiempo que yo desearía.

—Vale, pero hazlo porque realmente lo quieras hacer, no porque pienses que yo lo vaya a

necesitar. —¿Isabel y quién cuidará del niño?

—En esta empresa que voy a trabajar tenemos una guardería en el lugar en que trabajamos y podemos ir de vez en cuando a verlos y estar un ratito con nuestros bebés.

—¿Y yo podré ir a verlo a Madrid?

—Cada vez que quieras, te repito que si no hubiera querido que lo vieras no te hubieras enterado, pero no hubiera sido justo por mi parte, eres su padre y haberte negado estar a su lado sería de mala persona.

Isabel se levantó de la mesa para ir al servicio, Salvador con espontaneidad le cogió la mano. Ella sufrió un momento de flaqueza.

—Isabel, por favor dime que me perdonas.

—Te he dicho que ya te he perdonado pero que eso no significa que vaya a volver contigo. Lo sacri- fiqué todo una vez y no lo voy a volver hacer ahora. Porque entonces no me sirvió de nada y ahora mu- cho menos. Si lo has hecho una vez, lo volverás hacer. No quiero sufrir más ni por nada ni por nadie.

Él le siguió acariciando su mano. Isabel sentía muchas sensaciones, tantas que el impulsó de Salvador tuvo respuesta, le dio un beso y ella se dejó llevar como si se tratara de la primera vez. Pero tras un instante empezaron a llegar a su mente la imagen del hotel de Pamplona, y le pidió que la soltase. A Salvador le caían dos lágrimas por su rostro. Isabel que no podía ver a nadie llorar, le preguntó llorando que porque había tenido que romperlo todo, que porque no pensó en ella cuando estaba con aquella otra mujer. Ella no sabía en algunos momentos si perdonar o seguir con su decisión, pero algo en su interior le decía que se la volvería a jugar de nuevo, si volvía con él.

Salvador mirando hacia el suelo y tragando saliva dijo:

—Aquella mujer como tantas otras no han sido capaces de hacerme tan feliz como lo hiciste tú. Y aún sin estar conmigo, dándome a Manuel me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Pronto el joven cambió de tercio:
—Isabel, ¿tú lo ves el más bonito del mundo?

—Claro. Es precioso, se parece mucho a ti. Dios ha querido que tenga tu rostro a mi lado para que nunca pueda olvidarte.

—¿Por qué no me das otra oportunidad?

—Ya te lo he dicho. No puedo estar con una persona que una noche me hace la mujer más feliz del mundo y al otro día me la juega con otra.

—Por favor, vamos a intentarlo de nuevo.

Isabel dudo por un momento, no tenía claro si estaba siendo justa con su hijo, eso era lo que más le preocupaba, pero entendía que era su vida y vivir con esa desconfianza no le haría bien a ninguno de los tres.

—Salvador, no le des más vueltas. A tu hijo lo vas a tener siempre ahí, pero lo nuestro no va a poder ser. Tú te encargaste de destrozar una historia preciosa por una noche de placer con otra. Lo siento, y piensa que esto me duele a mí, quizás más que a ti, porque estoy privando a mi hijo de que esté junto a su padre. A mí me fallaste como pareja, espero que a tu hijo nunca jamás le falles, porque eso si que no te lo voy a perdonar.

Salvador con lágrimas en sus ojos, se despidió de Isabel, tras haber permanecido junto a ella mientras le daba el pecho a Manuel. Miraba aquella estampa tan tierna y no se podía perdonar lo que había hecho. Isabel había estado sola durante todo su embarazo y todo por su culpa.

Pasaron algunas semanas. Mientras tanto Sal - vador, a pesar de estar en plena temporada, todos sus ratos libres lo aprovechaba para ir a visitar a su hijo, que crecía por día, y además así poder estar un ratito junto a Isabel.

Isabel hizo las maletas y se fue a Madrid, tal y como tenía previsto. Nada más llegar comenzó a instalarse, ahora tenía un acompañante, su hijo Manuel y todo el equipaje que un bebé conlleva.

El trabajo le salió tal y como tenía previsto. Entró a trabajar en una cadena de televisión madrileña. Con ese sueldo podía pagar el piso y permitirse con lo que Salvador le daba salir adelante con su hijo sin problemas.

Isabel cada mañana se montaba en el metro para llegar a su trabajo con Manuel. Los fines de semana trabajaba en un portal taurino escribiendo las crónicas taurinas de los pueblos de los alrededores de Madrid.

Tras estar un mes en Madrid conoció a un joven en su trabajo, era fotógrafo y había sido novillero, José Ramón. Se entendían a la perfección, y él fue el que le ofreció el trabajo para los fines de semanas. Isabel siempre iba acompañada de su hijo, excepto cuando venían sus padres a visitarla. José Ramón se convirtió en sus pies y sus manos, un amigo, un compañero, su hermano, lo era todo para ella. Salvador cada día llamaba a Isabel para preguntarle por el bebé, y a veces había días en los que la llamaba tres o cuatro veces, con la excusa de preguntar por Manuel podía escuchar la voz de la que siempre sería su gran amor.

Terminó la temporada. El torero con el cual iba Salvador iba a matar unos toros en un pueblo de Toledo. Le comentó a Isabel si podría ir a ver al niño y que si uno de esos días podía llevárselo con él al campo. Isabel le dijo que si no hacía mucho frío, que sin problemas y preguntó quién lo cuidaría mientras él toreaba. Él le dijo que no torearía ese día, que lo sustituían sus compañeros.

Los toros se matarían el fin de semana, pero Sal - vador decidió irse el jueves con sus padres para que vieran al pequeño.

Isabel llegaba de trabajar sobre las siete de la tarde, José Ramón la dejo en la puerta de su bloque. Subió al piso, dejo las llaves encima de la mesa y al pequeño en su carro dormido, mientras ella se disponía a preparar el baño para el pequeño. Llamaron al timbre. Isabel corrió el

pasillo adelante y cogió el telefonillo.

—¿Quién es?
—Soy Salvador ¿puedo subir?

Isabel se alegraba de que viniera a ver al niño. Le abrió rápido. Al momento el ascensor se abría. Isabel no creyó que fuera Salvador, a él le gustaba más subir por las escaleras. Pero sí era él, venía acompañado de sus padres. A ella le agradó mucho verlos. Les tenía mucho cariño, con ella siempre se portaron muy bien.

—¡Pepa y Salvador, que alegría veros! ¿Cómo es- táis?
—Muy bien chica, ¿Y tú como te desenvuelves en una ciudad tan grande y con un niño pequeño?
—Pues bien.

Sus padres le quitaron todo el protagonismo a Salvador, el cual solo recibió dos besos, y no le preguntó ni por la reciente voltereta que había sufrido en Zaragoza.

Sus padres y Salvador se acercaron a Manuel, que dormía como un ángel. Pronto se despertó.

—Está precioso.
Y su abuelo le bromeaba diciéndole:

—Manuel, éste es el mejor par de banderillas que ha puesto tu padre en su vida. Haber si tu sales figura del toreo, porque por falta de inculcártelo no va hacer con los papas tan aficionados que tienes.

—Qué sea lo que quiera él ser en la vida, ¿no es mejor así?
Comentó Isabel mirando a Salvador, éste no podía parar de mirarla. Isabel se dirigió al baño, donde había dejado la bañera preparada para bañar a Manuel. Tras apagar el grifo, fue a la habitación para coger la ropa del pequeño. Salvador se fue tras ella buscándola. Pudo comprobar que no estaba ni en el baño ni en la habitación. Siguió, y en la siguiente puerta, una habitación que parecía de caramelo, pintada en beige con unos osos en color celeste muy grandes que seguro acaparaban toda la atención de su hijo. También pudo observar como tenía sobre un mueble donde se guardaba parte de la ropa del pequeño una foto suya vestido de torero. Salvador se sintió orgulloso de Isabel, al comprobar cómo se preocupaba por su hijo y como había luchado sola. Isabel estaba de espalda y cuando se volvió con la ropa entre sus manos, se quedó asombrada y pensó que Salvador estaba más guapo que nunca, pero su mirada estaba triste. Venía vestido con una cazadora roja, unos pantalones azules, una camisa azul de cuadros y pudo entrever que traía puesta la correa que ella le había regalado y la que tenía marcada en su interior sus iniciales.

—¿Qué haces ahí? Me has asustado.
—Estaba mirándote y viendo la habitación que le has preparado a Manuel.

—Sí, compré pintura y los osos se los ha regalado un compañero, José Ramón, quiere mucho a Manuel y se porta muy bien con nosotros.

A Salvador aquello no le hizo demasiada gracia. —¿Quién es?

—Es un compañero, me ha ayudado mucho en mi estancia en Madrid. Bueno, hablando de estancia ¿Dónde vais a quedaros?

—Buscaré un hotel para mí y para mis padres.

—No me parece bien, que para dos días que vienen tus padres se queden en un hotel. Se pueden quedar aquí, yo duermo en esta cama y ellos en mi habitación. Y tú si quieres puedes dormir en el sofá, es sofá cama.

A Salvador se le iluminó la cara. Podría dormir cerca de su hijo por una noche y bajo el mismo techo de la mujer que no podía lograr olvidar. Salieron los dos de la habitación. Se dirigieron al salón, allí se encontraba Manuel con sus abuelos, que estaban disfrutando de lo lindo y no se cansaban de decirle piropos y darle besos. Salvador le comentó a sus padres que no se irían a ningún hotel, mientras sostenía a su hijo en brazos, pasarían allí su estancia.

Ella ordenó a Salvador que se llevara el niño al baño, que tenía el agua preparada. En el baño no cabían todos, sus padres creyeron conveniente que Salvador estuviera junto a su hijo. Isabel le pidió que lo sujetara y comenzará a quitarle algo de ropa. El papá comenzó a mirar los botones y pensar que era una difícil tarea la que le habían encargado, pronto desistió. Al momento llegó Isabel, que lucía un chaleco negro de cuello alto y un cinturón ancho, con unos vaqueros ajustados, se había quedado más delgada tras el embarazo, pero estaba igual de linda que siempre.

—¿Salvador por qué no le has quitado la ropa? —Porque pienso que se me va a caer.

Manuel ajeno a la historia que habían vividos sus padres, le sonreía a ambos como si nada hubiera ocurrido. Salvador la observaba mientras bañaba al pequeño, y ella intentaba que participara en el baño. Sus abuelos no podían pasar ni un momento sin estar a su lado, y preguntaban tras de la puerta que si quedaba mucho.

—¿Cómo te encuentras?
—Bien, muy centrada en mi trabajo y Manuel. —¿Estás con alguien?

Tras un remordimiento de conciencia por lo preguntado, reaccionó.
—Lo siento no quería preguntarte eso.
—No te preocupes, no estoy con nadie. No me queda tiempo, Manuel me ocupa todo el día.

—¿Por qué no dejas de trabajar? Si quieres yo te puedo dar más dinero, bueno tu sabes que Manuel tiene un dinero en el banco, puedes disponer de él.

—No, Salvador, trabajar me ayuda.
—¿Te ayuda a qué?

—A sentirme bien y realizada, y ver que mi esfuerzo está siendo recompensado. Mis padres ya me lo han propuesto, pero no estoy dispuesta a dejar mi trabajo.

— Bueno, si esa es tu decisión, está bien.

Salieron del baño. Manuel estaba para comérselo, lucía un pijama celeste a juego con sus ojos, y olía a gloria. Su padre se lo dio a su abuela y bajó por el equipaje. Tuvo que dar dos viajes, ya que traía los capotes y no se atrevió a dejarlos en el coche. El barrio era muy tranquilo, pero no Salvador estaría más seguro si los tenía arriba que en el coche. Los dejó tras de la puerta y distribuyó las maletas. Isabel le dijo que la suya la podía poner en la habitación del pequeño y que si necesitaba colgar las camisas en su habitación había hueco y perchas. Salvador siguió las indicaciones de Isabel, pero ella fue detrás de él y le colgó las camisas porque sabía que las tendría que planchar cuando se las fuera a poner si las dejaba como él las había colgado.

Los abuelos se ducharon. Isabel mientras preparaba la cena, Salvador cuidaba de Manuel que pronto comenzó a llorar porque tenía hambre. Isabel salió de la cocina con el biberón, algo que alegró mucho a Manuel. El papá quiso darle de comer, ya que no había sido capaz de bañarlo. Se lo bebió todo y se quedó dormido en brazos de su padre.

—Isabel, el niño se ha quedado dormido. —¿Quieres que lo acueste o prefieres tenerlo un ratito en brazos? Es muy bueno y no se va a despertar.

—Isabel, gracias.
—¿Por qué?

—Por permitirme pasar este fin de semana aquí contigo y con mi hijo.
—Salvador lo hago por él.

Isabel colocó la mesa y la cena para todos, Salvador se metió a ducharse tras soltar a Manuel en la cuna y taparlo, cenó con su hijo en sus brazos. Después de sacar las mantas y las sábanas para el sofá cama donde dormiría, Isabel se metió a darse una ducha. Recogió la cocina, con la ayuda de su exsuegra Pepa, que era una mujer muy activa. Los dos Salvadores se quedaron viendo la tele que tenían puesta muy bajito para no despertar al pequeño.

Isabel y Pepa aparecieron en el comedor. La abuela pronto indicó a todos que estaba muy cansada y que se iba a la cama. Tras de ella se fue su marido.

Salvador le dijo que se tumbara en el sofá, que él se sentaría en el otro sillón. Ella le dijo que no, que tendría que encender el portátil, que mandaría un correo electrónico a su jefe para comunicarle que al día siguiente no iba a ir a trabajar, le parecía de mala educación dejar sola a la visita en casa.

Salvador con su expresión le dio las gracias por el gesto que había tenido con sus padres. Mandó el correo y apagó el ordenador. Salvador apagó la tele y echó su cabeza hacía atrás en el sofá. Tenía un pijama celeste, estaba con el pelo mojado y desprendía un olor que inundaba todo el salón.

—Salvador estoy muy cansada me voy a la cama. —Quédate aquí un ratito conmigo por favor. Lo necesito.

—¿Te ocurre algo?
—Sí, me duele mucho la espalda. Mira.

Le enseñó el derrame que le ocupaba toda la espalda, ella se quedó impresionada.
—Salvador, por dios. Debes ir a visitar un médico.

—¿Para qué? Esto no duele nada, hay cosas que duelen mucho más. Este dolor es soportable comparado con otros.

Isabel se sentía un poco culpable, pero pronto le venía el recuerdo de Pamplona. Ella fue al baño y cogió una crema. Él pensaba que ella iba a dormir, cuando de nuevo aparece.

—Ayúdame a hacerte la cama por favor, túmbate y descúbrete la espalda te voy a untar un poco de pomada y así te desaparecerá ese derrame.

Ella le echó un poco de crema, y él se encogió al sentir el frío en la espalda. Pero al sentir el calor de las manos de Isabel, se relajó y pasaron por su cabeza muchos momentos. Pronto Manuel comienza a llorar, algo inusual en él. Isabel corre para cogerlo tras lavarse las manos. Aparece en el salón otra vez, ahora con el pequeño, que no había manera de calmarlo. Lo cogió su padre, Manuel pronto paró de llorar y se lo colocó sobre su pecho y comenzó a jugar con él. El juego duró hasta la una de la madrugada, hora en que Manuel se volvió a quedar dormido sobre su padre. Isabel cogió al niño y le dio las buenas noches.

—Isabel, por favor, déjame darte un beso, ya no puedo aguantar más.

Isabel intentó escaparse con Manuel en sus brazos pero no pudo. Salvador se arrodilló en el sofá y le dio un beso.

—Te quiero como nunca voy a querer a nadie, espero que nunca se te olvide esto que te digo.

Isabel se fue a su cama. Acostó a Manuel y luego se metió en la suya que estaba junto a la cuna. No podía parar de pensar en que tras el muro estaba acostado el hombre de su vida. Se levantó, fue a la cocina para prepararse una infusión, no podía dormir. Una vez en la cocina estaba cogiendo un vaso, cuando dos manos la agarran por detrás.

—Isabel, no digas nada.
—No, Salvador, por favor no lo hagas.
—Déjate llevar como aquella tarde en Antequera,

y no digas nada.

Ella llevaba un camisón rosa de tirantas muy fi - nas y muy cortito, que resaltaban más los rasgos de la joven. Él venía en calzoncillos. Comenzó a darle besos por el cuello y a acariciarle sus pechos, conocía sus puntos débiles a la perfección. Isabel pensaba que estaba viviendo un sueño, su olor la estaba volviendo loca. Salvador la empujó hacía él y le dijo que no le apetecía hacerlo en la cocina. Ella le dijo que se fueran a la habitación del bebé. Ya llevaba el camisón en las manos, Salvador se lo había quitado. La tumbó en la cama y la hizo sentir como muy pocas veces lo había hecho antes. Ella no daba crédito al cúmulo de sensaciones que estaba sintiendo. Él la penetró con todas sus fuerzas y ella le daba besos con tanta delicadeza que aún le daban más fuerza a Salvador, su actitud daba a entender que llevaba algún tiempo sin mantener relaciones. Isabel se quedó dormida al momento, mientras Salvador la observaba y le besaba los pechos,

sabía que eso le gustaba mucho. Él se sentía el hombre más feliz del mundo. Isabel durmió como su bebé. Estaba rendida del día de trabajo que había tenido y de tantos pensamientos como le habían pasado por su cabeza tras estar junto al papá de su pequeño de nuevo. Salvador aguardaba para que nunca amaneciera.

Los abuelos se fueron a desayunar a la calle, pronto pudieron comprobar lo que había ocurrido aquella noche. Preferían dejarlos solos aquella ma- ñana tan especial para ver si las cosas se arreglaban de una vez.

Salvador seguía dormido abrazándola. Los dos estaban desnudos. Isabel dormía sobre el pecho de él. Pronto Manuel comienza a llorar. Isabel se des- pierta sobresaltada. Ella tras haber tenido un sueño tan profundo no sabía que había ocurrido, pero al momento pudo percibir que el hombre que estaba en aquella cama junto a ella no era otro que el padre de su hijo. Le pasaron mil cosas por la cabeza, pero al igual que Salvador no supo qué decir. Ambos se miraron, parecía como si se tratara de la primera vez para ambos. Salvador optó por no decir nada, tan sólo fue capaz de decir:

—Manuel se ha despertado.
—Sí, es su hora. Dijo Isabel.
Pero pronto aquello fue una falsa alarma. Los

dos se asomaron a la cuna y pudieron comprobar que Manuel dormía de nuevo.

Los dos se miraron, siendo ya conscientes de lo que había ocurrido la noche anterior. La primera en hablar fue Isabel. Salvador se temía lo peor.

—Salvador, ¿por qué ha tenido que ocurrir? —Los dos deseábamos que ocurriera. ¿Te arrepientes?

—Nunca me arrepiento de lo que hago, aunque tenga las peores consecuencias. El verbo “arrepentirse” no figura en mi diccionario, el arrepentimien- to no sirve de nada.

Isabel miró a Salvador:
—¿Tú si te arrepientes?

—No, para nada. Me arrepiento de otras cosas que he hecho en mi vida, de esto ten por seguro que no.

Isabel pensaba en muchas cosas, le pasaban muchísimas cosas por la cabeza, y entre ellas la escena de Salvador en aquel hotel de Pamplona con otra mujer. Salvador le dijo que ya que Manuel aún seguía dormido porque no permanecían en la cama. A pesar de la estrechez, a Salvador le había parecido una noche de ensueño. Nunca sintió tanto placer con una mujer. A Isabel le había ocurrido un poco de lo mismo, nunca tuvo una noche como aquella, se debía al haber estado tanto tiempo sin estar juntos.

—¿Salvador, qué hemos hecho?
—Nada, ambos lo quisimos así.

—Sí, pero ahora nos va a costar mucho más separarnos.

Salvador empezó a escuchar la palabra que había temido escuchar durante toda la noche. Pronto se incorporó, acarició el rostro de Isabel:

—No, por favor, no nos separemos. Te prometo que nunca volveré a hacerte daño. Eso fue una aventura de un rato, que no significó nada. Me gus- taría borrarlo de nuestra historia, pero no puedo hacerlo. Déjame estar junto a mi hijo y hacerte la mujer más feliz del mundo.

A Isabel cada vez que le hablaba de su hijo, le sacaba su lado más tierno y le dolía mucho privarlo de estar junto a su padre. Aquello la hizo pensar:

—Salvador, pasaremos este fin de semana jun- tos, y déjame tiempo para pensar.

Él volvía a coger aire. Abrazaba fuertemente a Isabel, que no sabía aún si estaba haciendo bien o mal ante aquella situación. Salvador pronto comenzó a hacerle el amor de nuevo, Isabel se dejaba llevar hasta que pronto cogió las riendas y volvieron a disfrutar uno del otro de nuevo. A ella su intuición femenina le hacía percibir que Salvador llevaba algún tiempo sin estar con ninguna mujer, eran demasiadas las ansias que mostraba. A ambos aquella noche les sirvió para reflexionar y probar cosas nuevas en la cama, que hasta entonces no habían experimentado.

Por la mañana aparecieron los abuelos, que pronto detectaron que había ocurrido algo, la cara de ambos los delataba con solo mirarlols. Pasó aquel fin de semana y para Salvador fue un sueño que ha- bía imaginado muchas noches, el cual le sería muy difícil de olvidar, y sobre todo superar la distancia que Isabel le planteó de nuevo.

Capítulo IV

Pasaron algunos meses, Manuel iba creciendo por día y su madre se sentía orgullosa de ver cómo su hijo empezaba a balbucear sus primeras palabras. Como iba atendiendo cuando su mamá le iba leyendo los cuentos que ella misma se inventaba. En todos sus relatos los protagonistas eran niños y animales. Ella le contaba la infancia que ella había vivido junto a sus hermanos y sus padres rodeada de naturaleza, toros, vacas, cabras, ovejas, caballos, perros y gatos. Manuel atendía como si de un niño mayor se tratará, ella ya iba preparándolo y le decía que tenía que vivir su infancia lo más feliz posible porque esa sería la clave para poder afrontar todos los obstáculos que la vida le presentara en la vida. También le hablaba de su padre, que la había hecho muy feliz pero que por problemas de los mayores tenían que vivir separados. Manuel escuchaba a su mama sin dar sentido a lo que oía, era demasiado pequeño para comprender, pera a Isabel le servía de terapia, era la manera que había buscado para desahogarse. Le contaba como sus papás se habían conocido, y la profesión de ambos, le ponía videos donde salía su padre, su abuelo y uno de sus tíos toreando, le mostraba fotos mientras Manuel dejaba caer su baba sobre ellas y la refregaba con sus manitas.

Salvador seguía visitando a su hijo y a Isabel, e intentaba seguir luchando por esa familia que había perdido, pero ella tras mucho pensarlo no quería sufrir más y sabía que tarde o temprano, el padre de su hijo podía volver a las andadas. Aquella desconfianza hacia él no la dejaría ser feliz, y optó por no brindarse ninguna segunda oportunidad.

Uno de los fines de semana en los que Salvador fue a visitar a su hijo, Isabel le dijo que tenía que hablar muy seriamente con él. El banderillero se hizo ilusiones pero sabía que el semblante de ella no le anunciaba una buena noticia. Tras dar de comer a Manuel, que ya balbuceaba con la comida y bañó a su padre de papilla, éste le limpió la boca y las manitas, el niño ya empezaba a sentir una gran admiración por él a pesar del poco tiempo que permanecían juntos. Manuel le sonreía cuando su padre se iba hacia él con una cucharada de comida en la mano. Tras risas y cucharadas cerró esos tremendos ojos celestes que iluminaban la vida de aquellos dos jóvenes. Él era el único testigo que había quedado de aquel amor que en su día se tuvieron, y por el cual Salvador seguía luchando, a pesar de la negativa de Isabel.

—Salvador, es necesario que hablemos. —¿Qué te pasa?

—Sabes que me vine de Madrid y tengo que empezar a trabajar, para sobrevivir, sabes que mis padres no permitirán que a nuestro bebé le falte de nada. Pero yo me siento mal y tengo que luchar para salir adelante.

—No hace falta que trabajes, yo os mantendré a los dos.

—No, siempre te he dejado claro que no me gusta que me mantengan y el niño apórtale lo que puedas, no quiero que su nombre ande cuando aún no tiene uso de razón en los papeles de un juzgado. Aquí está, puedes venir a verlo cuando quieras y cuando sea un poco más mayor, te lo llevas los días que establezcamos nosotros, no un juez. ¿Si te parece bien?

—Estoy de acuerdo y no sabes cuánto me arrepiento de todo lo que ha ocurrido.

—Bueno, la vida te pone piedras en el camino y hay que superarlas. Yo he decidido no sufrir más ni por ti ni por nadie, espero que respetes mi decisión y te deseo lo mejor.

—¿Esto es un adiós para siempre?

—La palabra siempre no me gusta, y la de nunca menos aún. Deja que el destino decida. Lo único que te voy a pedir es que a mí me fallaste en su día, pero a mi hijo nunca le falles, porque eso sí que no te lo voy a perdonar. Ya te la advertí en el hospital.

Salvador se silenció por un tiempo, se quedó pensando y sin mediar palabra salió de la casa. Tenía claro que la que había sido la mujer de su vida, ya había decidido que seguiría la vida hacia adelante sin agarrarse de su mano.

Isabel se encontraba en una situación económica más que complicada, desde ese momento comenzó a moverse en los portales para buscar trabajo. Ella no tenía idiomas, pero sí varios títulos que le permitían optar a trabajos de distintos ámbitos profesionales. Su pasión era la radio, pero sabía que era harto complicado encontrar un puesto de periodista.

A los dos días de buscar, la llamaron para dirigir el departamento comercial de una importante cadena de franquicias y pasar por una entrevista. Al día siguiente acudió a la cita, con un aspecto tranquilo a pesar de su necesidad por conseguir un empleo. Se encontró con un señor bajito con una mirada clara, que le inspiró confianza y accedió al puesto en ese mismo instante. El director de la empresa, vio en ella que tenía mucha capacidad para empatizar con la gente y eso era justo lo que buscaban. Isabel firmó un contrato de tres meses. Y comenzó a trabajar con unas ganas inmensas aunque echaba mucho de menos a su pequeño. En meses fue capaz de vender un número considerable de franquicias y hacer una cartera de clientes más que importante. Este trabajo le llenaba, no tanto como la radio, pero se sentía feliz. Isabel no quería estar encerrada, quería libertad, estar en la calle y conocer gente, porque le aportaban muchos contactos importantes que el día de mañana podría utilizar para otros negocios.

Así salió adelante, tras el duro varapalo que la vida le había dado con el padre de su hijo, su trabajo, sus continuos viajes, las primeras palabras de Manuel y las aficiones que éste le mostraba eran los ingredientes que le llenaban su vida de satisfacción.

Acudía cada mañana a la oficina sin saber cuál sería la aventura que tendría que vivir, la empresa se volvió como una obra de teatro, y cada día era diferente y en algunos casos, llegaba a ser rocambolesco. La empresa empezó a entrar en declive, y ella desde fuera veía que allí se estaban cuajando operaciones que rozaban la ilegalidad. Ella era una pieza clave en la empresa y estaba teniendo que dar la cara con los clientes en asuntos que no le incumbían, eran situaciones que le hacían sentirse mal. Isabel era fiel a lo que decía y le gustaba ser legal hasta el final, y allí no la dejaban. Su acti- tud tan de verdad, junto a sus principios le impedía vender más franquicias, estaba vendiendo humo y se sentía mal consigo misma. Todos los días veía como algún compañero se iba o lo echaban. Tras mucho meditarlo, decidió marcharse, se rumoreaba que pronto la policía intervendría la empresa por estafas y falsedad documental, y decidió abandonar. Había estado allí durante dos años, cogió el florero de su despacho que era lo único de su propiedad, se despidió de sus compañeros y le dijo a su jefe que se iba. El jefe se quedó a

cuadros, sabía que perdía una gran comercial, que controlaba todos sus franquiciados, y a la que muchos le tenían especial cariño. El jefe junto con la jefa del departamento de compras, María del Mar, tras su renuncia, tuvieron una reunión urgente, sabían que Isabel controlaba a todos sus franquiciados. Las últimas noticias que habían saltado en los medios no beneficiaban para nada a la empresa. Estaban inmersos en una grave crisis, de la cual no podrían salir si los franquiciados no consumían sus productos y las franquicias ya no se vendían con tanta facilidad por mala reputación.

Tras varias semanas, Isabel empezó a disfrutar de su hijo, a recuperar el tiempo perdido. Manuel era muy parlanchín y nunca estaba serio. Una mañana llegó a su casa una compañera, Bianka la que había sido directora del departamento jurídico de la empresa y le comentó a Isabel que tenían que hablar con ella en privado. Habían gestado una bonita amistad.
—¿Qué pasa, Bianka?

—Tengo que darte una mala noticia.
—¿De qué se trata, Bianka? Me estás asustando. —Nos acusan de haber cobrado cantidades inde

bidas en la empresa por parte de ciertos franquiciados.
—¿Cómo?

—Lo que te digo, Isabel, en breve los medios se pondrán en contacto con nosotros y tenemos que estar prevenidas y respaldadas por buenos abogados. He contratado a Guillermo Díaz, es un abogado penalista y saldremos ilesas de esto. Es uno de los mejores despachos que hay en Sevilla.

Isabel no daba crédito. Su empatía con los clientes de la empresa y manejar tanta información la llevaron a ser cabeza de turco para los directivos de la empresa que querían salir ilesos de la estafa millonaria que habían cometido a organismos públicos.

Bianka estaba muy tranquila y siempre le decía a Isabel que mantuviera la calma. En una semana ya era de dominio público que Isabel junto a su compañera se había apropiado de cantidades indebidas y falsedad documental. Bianka parecía tener un as debajo de la manga porque estaba muy tranquila.

Isabel empezó a no poder dormir demasiado por las noches, pensaba en su pequeño y en que si esto llegaría a más, quién se haría cargo de él. Aún no sabían nada pero las penas iban de tres a cinco años en caso de ser acusada de apropiación indebida y falsedad documental. Aunque se tranquilizabapensando que era complicado ir a la cárcel, teniendo una responsabilidad familiar y sin antecedentes penales.

Se desvelaba en las noches y se llevaba horas mirando a su pequeño, y aunque era una mujer muy fuerte, sus ganas de luchar empezaban a decaer. Pasaban los días, no tenía ganas de levantarse, por muchas sonrisas que le dedicaba su hijo y tener el total apoyo de sus padres, no podía poner freno a su mente y parar de pensar cosas muy desagradables. Estaba siempre muy callada y su madre notaba algo extraño, pero no le decía nada. Isabel hacía días que pensaba en cómo encontrar un agujero y quitarse la vida sin testigos. Su vida se convirtió en un tormento, ella sólo veía como solución irse, no pensaba en su pequeño y si lo hacía, era para sentirse más culpable aún. Los días pasaban y la situación se volvía insostenible y ella no contaba nada. Su

madre que empezó a notar que su hija había perdido toda su vitalidad, las ganas de luchar, decidió que era mejor que se volvieran a casa. Recogieron, Isabel y su pequeño se instalaron en la casa de sus padres. Isabel le cogió fobia a salir y encontrarse con gente, huía para no saludar. La gente no reparaba en preguntar en el problema que había tenido en la empresa, ya que era de dominio público y por el papá de su pequeño. Ella todo le parecía un mundo, no sabía cómo buscar una salida en aquel agujero negro que había caído. No podía parar su cabeza, todo lo veía por el lado negativo y no era capaz de encontrarse a sí misma.

Una mañana recibió una llamada de su amiga Ana, esa amiga que siempre había estado ahí, a la cual le contaba ella le contaba muchas cosas y comenzó a llorar. Llevaba días sin dormir, su mente no la podía parar, su hijo no le importaba y atrás quedaron todas sus ilusiones profesionales y personales. Solo quería estar sola.
—¿Isabel, qué te pasa?

—Ya no puedo más, no veo la luz, no puedo controlar mi mente. Solo pienso en cosas malas. Y si el juicio llega a salir mal, ¿Qué pasará con mi pequeño? Tengo miles de problemas, y le estoy haciendo daño a mis padres. No sé cómo superar esto.

Ana, que sabía de la personalidad y el buen ánimo de su amiga, veía que tenía un grave problema. Llamó a los padres de Isabel y le dijo lo que había acontecido y la conversación que habían mantenido.

Su madre buscó un psiquiatra, tras hablar con ella y hacerla entender que tenía que luchar por su hijo, asintió ir a la consulta de aquel doctor. A la semana acudieron a su primera cita. Cuando llegó encontró un chico sentado en los bancos de la consulta que estaba junto a su bicicleta. Su madre fue al baño. Isabel estaba sentada frente al joven, que tenía una mirada muy clara y profunda, pero le rebozaba una tremenda tristeza. De ella se apoderó un tremendo sentimiento de culpabilidad, y comenzó a preguntarse:

—¿Tendrá este chico familia? ¿Porque estará aquí solo?.
No hablaba con nadie, solo miraba su bicicleta, una BH verde muy antigua.

Él se quedó allí. Ya era su turno de pasar a ver al médico. Era un señor con una mirada muy tranquila que desprendía paz. Y el psiquiatra sintió desde el primer momento que aquella chica saldría del agujero porque se le veía en sus ojos el instinto de salir y reflotar. Tras una larga charla, donde apareció la traición de Salvador y la de los directivos de aquella empresa, el médico detectó que los pilares de la vida de aquella chica estaban íntegros, había tenido una infancia muy feliz y eso le harían remontar de nuevo su vida junto a su hijo. El médico le preguntó que aficiones tenía, ella le dijo que el toro y el caballo. Le preguntó cuánto tiempo hacía que no montaba a caballo que era una terapia muy buena para salir del agujero en el que estaba inmersa. Le contestó que hacía mucho, y que era algo que le llenaba la vida. Tras la charla mantenida con aquel hombre que se convirtió en su ángel, llegó a la conclusión que aquel chico que estaba con la bicicleta no tenía familia, nadie en quien apoyarse y ella lo tenía todo. Eso la hacía sentirse más culpable aún.

Llegaron de su primera consulta y su padre le comentó cómo le había ido, la complicidad de Isabel con su padre era mayor a la que pudiera tener con cualquier persona. Ella le comentó que

le había dicho el médico que montar a caballo sería una buena terapia. Su padre, que sabía que Isabel pasaba por muy mal momento, se presentó al otro día con una yegua hispano-árabe castaña morcilla que le había dejado un amigo porque no tenía tiempo para cuidarla. Isabel pasaba algunas horas con su hijo, pero siempre buscaba un hueco para encerrarse en su habitación y olvidarse del mundo.

Ya empezaban los medicamentos a regular su sueño, y ella cada día pensaba más en el chico de la bicicleta. Ella estaba rodeada de gente que la quería, aquel chico estaba en el agujero negro metido si tener a nadie a quien acudir. Se sentía culpable, se quería quitar la vida mientras otros luchaban por no perderla, aquello le dolía profundamente.

Una tarde despertó de la siesta y se encontró a su hijo Manuel toreando con una pequeña muletilla, y pegó un muletazo que emocionó a su madre, y sobre todo a su abuelo, porque sabían que tenía un gran temple en sus muñecas a pesar de ser muy pequeño. Escuchó el relincho de aquella yegua, Isabel vio que estaba llena de barro y con muy mal aspecto. Cogió sus botas de montar, cogió la jáquima y la amarró para bañarla. Aquel animal la miraba de una manera triste, Isabel comenzó a acariciarla y a hablarle. Llegó su padre.

—Isabel, este animal es un aparato. Esta mañana la he montado y los aficionados te miran porque es un pedazo de jaco.

—Sí, es verdad, papá, pero está triste.

—Si la han castigado mucho, ves la nariz como la tiene. Le he puesto el hierro ese antiguo que tengo ahí y va mucho mejor. Deberías montarla yo no me fio mucho de mi rodilla. Si te pega un ¨castaña- zo¨ que sea a ti, a mí ya me han dado bastantes los toros.

Comenzaron a reírse, era la primera carcajada que daba después de mucho tiempo. Su padre se sentaba en una silla que tenía cerca de la zona donde duchaban al animal con su nieto en brazos, él era su gran pasión. No sólo tenían un gran parecido físico, sino también sus aficiones, encajaba a la perfección con su nieto al igual que con su hija, aunque en muchos momentos del día también conseguía sacarlo de sus casillas.

Isabel cuando vio la yegua brillar, decidió tirarle la montura y subirse. Aunque no le apetecía andar por el pueblo, si dar un paseo por el campo y reflexionar. Durante aquel paseo, le contó a la yegua muchas cosas y el animal parecía comprenderla. El aire fresco del campo hacía a Isabel coger aire nuevo, se refugiaba en los momentos buenos con el padre de su hijo, en su infancia y ya empezaba a ver algo de luz.

Aquella yegua se volvió indispensable en su vida, todas las mañanas la recibía con un relincho y ella era la única capaz de cogerla a campo abierto, con tan solo llamarla. La recuperación iba viento en popa para el animal para ella.

—Papá, me gustaría que pudiéramos quedárnos - la. Tengo algunos ahorros, pero no puedo tirar de ellos, porque no sé cuánto nos llevará el abogado.

Su padre con un gesto triste, le dijo que no se preocupara, que por lo pronto se quedaría en casa. Ella le contestó que no podría soportar que aquel animal se lo llevarán, guardaba los mejores

secretos de ella, el animal se convirtió en su mejor confidente.

Cada vez que llegaba una carta certificada, Isabel pasaba un día malo, sabía que en breve tendría que entregar su vivienda al banco por no poder pagarla, pero entendía que pagar su libertad era mucho más importante. La vivienda era algo material y recuperable, la libertad era imprescindible para ver crecer a su hijo y estar junto a él.

Salvador iba apareciendo cada vez menos en su vida, si en la de su hijo. Con el tiempo se convenció de que había perdido a la madre de su hijo, y comenzó a conformarse. Ella seguía yendo algunos fines de semana a casa de su amiga Ana, al pueblo del papá de su pequeño para que su hijo estuviera más cerca de la familia paterna. Él se sentía impotente y culpable de la situación que sufría Isabel, pero por más que quería ofrecerle su ayuda sabía que Isabel tenía mucho orgullo y no la aceptaría. Él siempre le decía que tenía un torero dentro, se reponía de todas las cornadas que la vida le daba. Tenía claro que su hijo tenía la mejor mamá que se pudiera tener, solo vivía para su hijo. Le constaba que era un niño muy querido y consentido por toda su familia materna y por los buenos amigos de su mamá. Manuel vivía en plena libertad y eso junto a su forma de ser lo hacía ser un niño muy simpático, además había heredado de su madre la capacidad de empatizar con las personas con tan solo pronunciar unas palabras.

Salvador hablaba mucho con Isabel sobre el pequeño, los dos sabían que era un niño especial y tenía un don que desarrollaría en algo con el tiempo. Lloraba en muy pocas ocasiones y su personalidad era muy peculiar a pesar de su corta edad. Era un niño con el comportamiento de un hombre, el mundo del toro le atraía de igual manera que a sus papás. Le llamaban mucho la atención, la ropa, las correas, los perfumes, las gafas de sol, los relojes y las carteras. Siempre le estaba pidiendo a su padre que le guardara su ropa, para él su papá era su héroe. Salvador le dedicaba mucho tiempo a jugar, montaban a caballo, lo llevaba a entrenar y algún tiempo lo compartían los tres juntos para que Manuel creciera con total normalidad.

Pasaron dos años, Isabel se encontraba aún desubicada y no sabía cómo encauzar su vida. Trabajaba algunos días en el restaurante de unos amigos, pero eso no era futuro para ella, ella era ambiciosa y quería más.

En mayo, recibía la carta de su juicio y se lo comunicaba su abogado, Guillermo, un señor que le mostró su apoyo en todo momento, y que a Isabel le inspiraba mucha confianza. Además, Bianka, guar- daba un as en su manga que lo sacaría en el juicio. Ella no sabía de qué se trataba pero debía ser algo muy importante dado que a ella la inundaba la tranquilidad.

El día 15 mayo a las doce de la mañana llegaba el juicio, llegaron por un lado el abogado de la parte contraria y más tarde subían el abogado junto a Bianka e Isabel, y los padres de ambas. El abogado tenía mucha confianza porque había habido un cambio de fiscal de última hora, y era una persona más afable que el anterior. Isabel y Bianka fueron llamadas por el oficial de la sala y entraron junto al letrado, que en todo momento le pedían que estuvieran tranquilas. La primera en declarar fue Isabel, que se emocionaba y le pasaban mil cosas por la cabeza, mientras estaba sentada en el banquillo, algo tan desagradable que nunca estaría recompensado ni con todo el oro del mundo para ella.

El fiscal le preguntó:

—Señora, tengo entendido que abrió usted más de cien franquicias y que ninguno de sus franquiciados se encuentran aquí como testigos en su contra. ¿Guarda usted relación con algunos de ellos?

—Con todos.
—¿Ha tenido con alguno de ellos algún problema?

—Yo nunca cogí dinero en esa empresa, tan solo recibí ciertos regalos en especies por algunos inmobiliarios conocidos.

—¿Decidió usted irse o la despidieron?

—Me fui yo porque no me gusta ser ilegal con la gente, y sabía que ese modelo de negocio que vendían ya no era rentable. Iba en contra de mis principios.
Le tocó el turno a Bianka, ella se levantó se acercó al estrado y le dio al fiscal una documentación que Isabel no alcanzaba a entender de qué se podía tratar. El fiscal se quedó a cuadros y dijo que quería hablar a solas con los letrados.

A los pocos minutos salían ambos de la sala, y Guillermo se acercó hacía ellas, le puso la mano en el hombro a Isabel, y soltó:

—La pesadilla ha terminado, esperaremos a la sentencia pero será a vuestro favor, dado que la documentación que ha presentado mi compi, ha dejado muy claro dónde han ido a parar esas cantidades que se os reclamaban.

Isabel no podía creer que aquella pesadilla ya tenía fin. Guillermo le dio un fuerte abrazo y le dijo, que ya le pasaría la minuta, y una copia de la sentencia por si en algún momento le tenían que dar en la nariz a alguien. Se despidieron. Isabel se fue a comer con sus padres para celebrarlo. Otro reto superado y ahora tenía que pensar qué hacer con su vida.

Ella comenzaba a coger aire, a disfrutar de sus aficiones y buscando todo aquello que le hacía sen- tir bien. Leía mucho sobre las depresiones, era una enfermedad en la cual ella nunca había creído. Pero el destino le hizo pasar un bache y sufrirla de manera muy fuerte y entender que la mente te puede jugar malas pasadas. Después de devorar libros sobre la enfermedad, de entrenamiento personal y ver muchos tutoriales, llegó a la conclusión que todos en la cabeza tenemos una pila con un lado positivo y otro negativo, la glándula que había fabricado la parte positiva en su mente durante los treinta y cinco años de su vida le había dejado de funcionar. Había que ponerla en marcha otra vez. Aprendió en esos videos y lecturas que había que visualizar lo que querías conseguir en la vida, cada noche le dedicaba unos minutos a entrenar su mente y así fue aumentando hasta que fue capaz de dominarla por completo. No fue una tarea fácil, pero lo logró después de muchos días de entrenamientos. Ordenaba sus prioridades, la agilidad mental que la vida le había regalado empezaba a aparecer de nuevo. Ella por sí sola llegó a la conclusión que pensar en positivo, atraía todos los objetivos que te marcarás.

Pasaron varios meses, y una mañana de agosto, recibió una llamada de un señor.

—Buenos días, ¿Hablo con Isabel Báez? —Sí, ¿Quién es?

—Soy Francisco Moreno, periodista y director de una de las emisoras más importantes de Málaga. Me gustaría hablar con usted.

—Claro dígame.

—Estoy en Sevilla, me ha dado su teléfono su amiga Bianka y estoy buscando alguien para la retransmisión de la feria de Málaga, hemos tenido una baja y hemos pensado en usted. ¿Querría participar en este proyecto?

Isabel cogía aire, para asimilar lo que le estaba pasando. Sin pensar contestó:
—Claro, hace tiempo que no lo hago pero hay que ser valiente, y lo tengo claro. Eso me dará vida. Es a finales de esta semana.

—Si tendrías que venirte ya mañana. Tienes en el restaurante que está junto a la Plaza Nueva, en el Hotel Inglaterra, los billetes de tren para que no tengas que ir en coche y un adelanto para sufragar los gastos.

—Muchas gracias, pero no me conoce. ¿Está seguro que quiere contar conmigo?

—Te he escuchado en otras emisoras, he leído varios artículos y tienes los conocimientos más que necesarios para llevar a cabo este proyecto. Te veo en Málaga mañana.

—Muchas gracias por brindarme tanta confian- za, pero haré el viaje en coche.

—Sin problemas, coge las facturas de los gastos de desplazamientos y déjalos en la emisora, al concluir te serán abonados.

—Perfecto. Así lo haré, nos vemos mañana.

Capítulo V

Isabel optó por irse en su coche. Quería tenerlo cerca por si le ocurría algo a Manuel poder desplazarse lo antes posible. Llegó muy temprano y sin contarle a nadie, excepto a sus padres del trabajo que iba a desempeñar y el viaje que tenía que hacer. A su padre se le llenaron sus ojos de lágrimas y se sentía muy orgulloso de su hija. Sabía mejor que nadie que la afición que tenía a los toros era enorme, y los muchos conocimientos que había cosechado después de sacrificar parte de su juventud. Tenía claro que no fallaría y sobre todo cogería aire para seguir, después de la tremenda depresión que estaba superando.

Isabel llegó a Málaga, se fue a la radio, recogió sus acreditaciones, su reserva de hotel y se dirigió a la plaza para tomar nota de todos los detalles de toros y cuadrillas, para poder hacer su trabajo correctamente. Al pasar por la plaza se encontraba con muchas caras conocidas que la saludaban y le daban la enhorabuena por el pequeño tan guapo que tenía, y el arte que demostraba con la muleta y el capote en las fotos que ella subía en sus redes sociales.
Cuando llegó al despacho para que le fueran facilitados los datos, vio que Salvador había entrado de última hora a sustituir a un compañero. Ella miraba por todos lados y evitó ir al sorteo para no encontrarse con él. Sus últimas conversaciones solo habían sido debido al niño, no hablaban de sus profesiones ni ningún otro aspecto.

Comenzó el festejo, Isabel estaba en fila barrera en la zona de sol, junto al compañero que le habían asignado para comentar la novillada. Cogía aire por minuto, hacía lo que le apasionaba en aquel momento y le invitaba a reflexionar que hacer con su vida. Era el primer día de retransmisión y tenía más que claro que la palabra depresión desaparecería de su mente. Iba a luchar con uñas y dientes para tener una vida plena con su hijo. El cómo lo encontraría en breve.

Terminó el festejo y se fue al hotel, decidió tomarse algo en la cafetería de abajo antes de subir a su habitación, estaba sentada y se pidió un sándwich. Al poco tiempo de estar allí, vio entrar a Salvador con toda la cuadrilla, había dos chicas rubias en la barra de la cafetería que conversaban y no le quitaban la mirada a los chicos que entraban. Salvador no se percató que Isabel estaba allí sentada, se levantó se dirigió a la barra y le dio un beso en la boca a una de las chicas. Isabel se extrañó de la gran dureza que había adquirido tras superar la depresión. No sentía nada, su corazón estaba en calma, ella misma se sorprendía cómo era capaz de canalizar el dolor, nada le afectaba, solo lo que incumbía a su hijo y a sus padres. Tenía claro que su corazón estaría cerrado por mucho tiempo, no huiría de la situación que tenía delante de sus ojos, e incluso pensó estar algún tiempo más allí sentada. Ya habían pasado cuatro años de lo que ocurrió y se habían curtido su corazón y sus sentimientos.

Salvador terminó de comer, y volvió a la barra con las chicas junto con uno de sus compañeros. Estaban muy sonrientes y ella observaba que Salvador estaba bebiendo demasiado. Era curioso, no había llamado a su hijo tras terminar el festejo, algo que siempre venía haciendo.

Isabel miraba su móvil, y anotaba en su agenda datos de la ganadería y anécdotas para la retransmisión del día siguiente. La cafetería estaba llena, era zona de paso para la gente que iba para la feria. Suena su teléfono, era su amiga Bianka:

—¿Dónde estás amiga?

—Estoy en Málaga, voy a trabajar unos días, estoy retrasmitiendo la feria. Gracias amiga por tu recomendación.

—¿Estás más animada?
— Sí, ¿Estás sentada?
—Sí, ¿por qué?

—Estoy sentada en la cafetería del hotel, Salvador ha toreado hoy la novillada. Está aquí. —¿Qué? ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha visto?

—No, no me ha visto, está sentado con la chica de Pamplona y está bebiendo demasiado, nunca lo vi beber así.

—Pues mira, chica, llego la hora de que te bus - ques a alguien para que te quite las penas, tengo azúcar en mis manos y te va a endulzar la vida alguien, que ya es hora. No estés triste y no mires para atrás. No te merece, vales demasiado aunque tú no te lo creas.

—Bianka, puedes estar tranquila, siento tal indiferencia que ni yo misma me lo creo, mi corazón se ha vuelto de acero, lo siento como un desconocido.

En ese momento apareció un chico rubio, con barba, de ojos verdes, muy alto y le preguntó a Isabel:

—¿Me puedo sentar? No hay sitio. Te importaría. Isabel despidió a Bianka.

–¿Amiga, qué te ha pasado? ¿Con quién hablas? ¿se ha acercado Salvador?
–No, Bianka, es un chico que me ha pedido sentarse en la mesa donde estoy, hay mucha gente, no hay sitio y hay mucho ruido. Hablamos mañana. Un beso, cuídate.

—Amiga, si es guapo no lo dejes escapar, ese chico mismo, llévatelo a la cama. Tú puedes, quítate las penas. Te quiero, amiga.

Con esas palabras Bianka se despedía. Era una amiga fiel, siempre estaba ahí y tenía el don de sol- tar cosas que luego sucedían, aunque ella luego ni recordaba haberlas dicho.

El chico se sentó en la mesa, traía una camisa blanca impoluta de lino por fuera, un pantalón beig y unos botines color marrón. Era muy guapo. Isabel no sabía para donde mirar, no quería perderse los movimientos de Salvador, pero le parecía de mala educación no hablar con aquel hombre, que tenía un español no muy acentuado.

—¿Eres de Málaga?
—No, de Sevilla.
—¿Has venido para la feria?
—No, estoy trabajando.
—¿Qué trabajas?

–Soy periodista y estaré aquí hasta el domingo o lunes, cuando termine la feria taurina, trabajo para una emisora de radio.

—Wow, impresionante. Nunca vi toros. —Deberías ver una corrida, ¿No eres de aquí por tu acento?

—Nací en Málaga, con seis años me fui a California con mi padrino, mis padres fallecieron en un accidente de tráfico. Fue el último deseo de mi padre, que me llevara.

—Lo siento.
—¿Estás en hotel?
—Sí, me hospedo aquí.
—Yo también, no conozco nadie solo tú. —Yo me llamo Isabel ¿y tú?

—David. Llevo aquí una semana pero no sé qué hacer ni dónde ir. Solo gimnasio y pasear.

—Pues Málaga es bonita y hay muchas cosas para visitar.
—Si, ¿puedes ser mi amiga?

—Claro, ¿por qué no?
—Yo estaré aquí hasta el lunes también. Te parece que mañana me digas cómo ir a los toros. —Claro, por la mañana a las once salgo para la plaza, te espero en la puerta del hotel.

—¿Tú casada?
—No, separada.
—Yo viudo hace tres años.
—Lo siento.
—¿Qué edad?
—Caurenta.
—Yo cuarenta y uno.
—¿Eres mamá?
—Sí, tengo un niño de cinco años.

—Wow, yo no pude ser padre mi mujer enfermó tras casarnos.
—Lo siento David, eres joven, es una sensación que debes vivir. Es algo indescriptible.
—¿Eres periodista?
—Sí, pero sólo ejerzo en algunas ocasiones, cuando me llaman.

—Yo piloto.
—Uff, qué responsabilidad.
—¿Te gusta volar?

—Bueno, a mí me encanta la libertad y eso de volar lo tiene, pero creo que volar con la responsabilidad de llevar la vida de tanta gente en tus manos, no creo que me guste.

—Oh, todas chicas dicen que quieren volar y que donde la llevaré. Tú no ¿Dónde te gustaría volar? —Me apasiona el mundo del toro, México y Colombia, lo visitaré algún día.
—¿Puedo llevarte?

—Claro, si el destino lo tiene así guardado, por qué no.
—Hablas bonito y audaz. Me siento libre como un pájaro cuando hablo contigo.
—Gracias.
En ese momento Isabel ve que alguien se acerca a la mesa, era Salvador.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?
—A ti eso te importa muy poco.
—¿Qué haces aquí?
—No te debe importar eso.
—¿Y éste quién es?

—Se acaba de sentar porque no había sitio. Mira, Salvador, disfruta y déjame en paz.

Salvador se dio la vuelta, pegó fuertemente con el vaso en la mesa y salió de la cafetería de muy malas maneras. La chica se fue detrás de él, mientras le rogaba que se tranquilizara. Salvador seguía su rumbo sin hacer ningún caso a las palabras de aquella mujer. Estaba claro que no había podido olvidar a la madre de su hijo, la complicidad había sido demasiada.

Isabel se disculpó ante David, le explicó que era el papá de su hijo, que hacía más de cuatros años que no estaban juntos y que él no asumía que ella lo hubiera dejado. Lo había hecho por una infidelidad. Era curioso cómo le contaba aquel hombre parte de su vida, sin apenas conocerlo. Ella consideró que le parecía una falta de respeto no explicar la escena que había tenido que vivir, sólo por haberse sentado a su lado. David seguía preguntándole, y ella contestaba sin apenas importarle, era consciente que no lo conocía de nada. No lo vería a partir de esa noche más, así que lo hizo sin mirar las consecuencias.

—¿Te arrepientes de haberlo dejado?
—No, para nada, fue una decisión que medité mucho por mi hijo, pero la vida solo se vive una vez. Y no lo iba a permitir. Decidí seguir mi vida sola y hoy no me arrepiento, tenía claro que su papá me la volvería a jugar, me negaba a vivir una relación junto a un hombre que sólo me aportaría dudas y desconfianza.

—Si te encuentras mal, hablamos mañana. No ha sido algo agradable, pero si te apetece podemos desayunar juntos. Te invito a desayunar y dar un paseo por la playa que ayuda a calmar los problemas, si tu trabajo te lo permite y te apetece, claro.

Por su cabeza pasaron mil cosas pero accedió a la invitación, tardó en contestar, no le gustaba discutir y la situación vivida con Salvador no fue nada agradable. Pero por otro lado se sentía bien hablando con aquel hombre, no le tenía que dar explicaciones a nadie, ¿Por qué no iba a vivir aquellos días con aquel hombre? El destino había querido que estuviera a su lado en aquel encuentro tan desafortunado con el padre de su hijo.

—Si desayuno contigo, estoy sola aquí también, hasta las once no tengo que estar en mi trabajo. Muchas gracias por tu invitación y perdona por este incidente.

—Gracias a ti por permitirme sentarme en tu mesa cuando no había sitio. Ha sido un placer conocerte. Me llamó la atención la templanza con la que has resuelto esta situación, sin apenas temblarte la voz. Te veo mañana y que tengas dulces sueños. Que descanses.

—Igualmente, hasta mañana.

Isabel se levantó de la mesa cogió su bolso y se despidió de David, con la mano le dijo adiós. Él la miraba sonriente y le dio las gracias por todo. Pare- cía educado.

Isabel subió en el ascensor y antes de hacerlo, se encontró con unos amigos ganaderos. Habló durante unos minutos con ellos, mientras David permanecía en hall de hotel observándola. Miraba un cartel donde se anunciaban las actuaciones de la feria. Ella se sentía observada y le llamaba mucho la atención, aquel chico tenía curiosidad por ella. Tras la conversación con sus amigos llegó a su habitación y llamó a su príncipe, que le decía que era la mejor mamá del mundo y ella sentía que se le llenaba el alma. Estaba feliz con sus abuelos. Le contaba a su mamá que estaba en la piscina porque hacía mucho calor y había estado toda la tarde montando a caballo con el abuelo. Isabel terminó la llamada cuando comentó con su padre la novillada, que había sido televisada y recibió la enhorabuena de su progenitor por la retrasmisión de la tarde.

Amanecía un día con un poco de viento pero con un sol radiante. Isabel escogió un vestido blanco y unas zapatillas de espartos en color rojo, y una cesta del mismo color. Su piel morena resaltaba sobre la blancura de su vestido. Se colocó un turbante del color de sus zapatos, se pintó los labios de un tono coral que resaltaba más la sensualidad de sus labios carnosos. Se perfumó y se fue a la calle después de haberles dado los buenos días a sus padres y a su pequeño.

Bajó a la recepción del hotel y David no estaba, le pareció extraño, mientras hablaron la noche anterior había mirado el un reloj que lucía en su muñeca en varias ocasiones. Al momento entraba por la puerta principal del hotel. Venía con unas bermudas color azul y un polo color blanco, sus gafas de sol de aviador y una gorra de color azul, que ponía en letras celestes bordadas, ”BASICS”. Ella tenía las gafas de sol en las manos, el chico aún seguía con ellas puestas.

—Buenos días, amiga de Sevilla. ¿Qué tal has dormido?
—Bien ¿Y tú?

—Como un bebé, ayer caminé demasiado y estuve mucho tiempo en el gimnasio. Este calor es fuerte para mí.

—Me alegro.
—Vamos a desayunar.

Él le abrió la puerta del hotel y comenzaron a caminar. Llegaron a una cafetería cercana a la playa con unas vistas muy bonitas, por la cual salía un olor a bollería que daban ganas de comerse todo lo que había en las vitrinas. Todo estaba colocado con sumo cuidado, y la limpieza era inmejorable en aquel local.

—¿Café o leche?
—No, David, leche manchada en taza.
—Ok, yo zumo de naranja.
—Media tostada con jamón y aceite.
—Ok, yo también.

Se acercó el camarero y tomó nota de todo. Isabel miraba aquel chico y se respondía: “Voy a vivir el momento, sólo verlo me alegra la vida”. Ella se encontraba desubicada, desde hacía años no salía, no intimidaba con hombres y aquella situación la ponía nerviosa en exceso. Tenía que estar tranquila y no distraerse de su trabajo.

Eran las nueve y media de la mañana, terminaron de desayunar y el comandante de vuelo se sentía muy satisfecho con aquel desayuno tan diferente a los que había tenido hasta entonces en su tierra natal. Ahora estaba con una compañía que le empezaba a agradar demasiado. David le propuso dar un paseo por la playa. Le confesó que sentía Málaga como su casa, que después de 36 años fuera de su tierra sentía sus papás cerca de él. Aquella historia conmovía a Isabel a pesar de haberse vuelto menos sentimental, tras los varapalos que le había dado la vida. Cuando se levantó las gafas y le vio aquellos ojos verdes llorosos, se convenció que la historia de aquel hombre era verdad.

David era muy atento. Comenzaron a andar por la orilla y él le cogió los zapatos y la cesta, ella observaba esos detalles porque nunca antes los había tenido por parte de nadie. Llegaron a las hamacas de un hotel que se encontraban cerca de la orilla. Le preguntó que si quería descansar un tiempo, llevaban más de treinta minutos caminando. Empezaba a hacer un poco de calor, pero no era demasiado fuerte, ya que la brisa del mar lo calmaba.

—Isabel, gracias por acompañarme. No es un paseo fácil para mí, es la primera vez que vuelvo a la ciudad que me vio nacer, y después de la muerte de Elsa, mi mujer, tenía mucha curiosidad por volver y sentir mis raíces cerca. Era algo que me causaba respeto.

—Debió ser muy duro quedarte sin tus padres siendo tan pequeño, volver a una ciudad nueva con alguien que no era de tu familia y luego perder a tu mujer. ¿No te volviste un tipo duro?

—No, desde muy pequeño aprendí que cada uno traemos nuestros logros y fracasos escritos, y hay que aprender de ellos. No es fácil, pero se logra, vivir con esas ausencias si sabes conformarte y apoyándote en la fé. Mi padrino me suplió todo el cariño que no tuve de mis papás, me dio una buena vida, y todo lo que hoy soy es gracias a él.

—Y a tu esfuerzo.
—Háblame de ti, ¿Qué sientes ahora?

—Siento que el papá de mi hijo, al vernos ayer juntos me empezará a complicar la vida, porque se ha hecho una idea equivocada de lo que vio. Pero no es algo que me preocupe en exceso. Estuve muy enamorada de él, soy una persona que cuando entrega su corazón lo da muy de verdad y no me gustan las traiciones, y él lo hizo. Cuando mi corazón siente es todo o nada. Él me traicionó de la manera más cruel. Es algo que me ha dejado muy afectada y ahora será complicado volver a confiar en alguien.

—¿Él es buen papa?

—Sí, quiere mucho a su hijo, pero lleva una vida un poco desordenada y mi hijo tiene unos horarios y un orden que no se deben alterar. Tiene una infancia muy feliz, pasa mucho tiempo con mis padres y vive como un salvaje en plena naturaleza rodeado de animales. Tiene un sentido de la libertad que luego le servirá para afrontar con más fuerza los problemas que le

tenga guardado la vida.

—Me pareces que tienes las ideas muy claras, eres una mujer que sabe lo que quiere. Me gusta mucho hablar contigo. Ayer cruzamos pocas palabras pero creo que te sientes sola igual que yo.

—La verdad es que sí. Después de terminar con mi ex, me centré en mi hijo y en el trabajo, y sobre todo en superar una fuerte depresión que cogí. Ahora no sé si estaría preparada para tener una relación, es algo que no me planteo.

—¿Por qué? ¿Pareces una mujer alegre?

—Bueno, la verdad es que siempre fui muy alegre y optimista, pero la vida te pone barreras que hay que saltar, y luego cuando vienen muchos obstáculos seguidos, ya cuesta ser optimista y se pierde la alegría. Caí en un agujero negro, que he conseguido salir a base de mucho esfuerzo.

—Es curioso todo lo que me cuentas. Me gusta estar contigo. Yo desde que murió Elsa solo quiero volar y llegar al cargo máximo en mi profesión. Pero cuando llego a casa me doy cuenta que está vacía. Siempre quise volver a Málaga o Andalucía, buscar mis raíces y volver a crear un hogar. Me gustaría volver a casa, encontrar una esposa y tener un bebé. Formar la familia que nunca tuve. Mi infancia fue muy dura, mi padrino me dejó en el colegio de lunes a domingo, no podía cuidarme. Mis compañeros sabían que yo estaba sólo en la vida, y eso les hacía ir en contra de mí con más fuerza. Pero debi- do a esa lucha constante, he aprendido a ser más fuerte en la vida. Extrañé mucho a mis papás y había momentos que me sentía muy sólo. Esa infancia provocó que no fuera una persona de muchos amigos, siempre fui solitario y mi juventud la pasé estudiando para llegar hasta donde estoy hoy.

—Bueno, David, formar una familia no es tan fácil, si no te quieres equivocar. Tienes que encontrar una pareja que te haga feliz y que quiera ser mamá. Pero yo pienso que cada uno tenemos nuestro desti- no y luchar contra eso es imposible, ni para lo bueno ni para lo malo cómo tú bien has dicho antes, ¿No lo has intentando con nadie después de tu mujer?

—Sí, pero no asumen la responsabilidad y solo las tuve que dejar ir. Las chicas se dejan llevar por lo que ven, vivir conmigo es complicado, porque paso muchas horas fuera de casa, y se aburren.

—Eres un chico muy atractivo, no te debe ser difícil encontrar chicas.

—Pero ninguna me ha trasmitido la paz que tú me estás dando ahora. Y quiero que sepas que me estás acompañando en un momento muy duro para mí. Nunca olvidaré que estuviste a mi lado cuando comencé a tener vagos recuerdos de la infancia que dejé en este lugar.

—Bueno, espero ser tu amiga por mucho tiempo y poder vivir muchos momentos más. Hoy verás una corrida de toros y te explicaré todos los detalles. Espero que te guste. Vámonos que llego tarde.

—Ok. Si te hace feliz. Vamos.

Abordaron un taxi que los condujo hasta los alrededores de la plaza. David veía que muchos

hombres saludaban a la chica, y le preguntaban por su padre. Ella le explicaba los accesos de la plaza y le dijo que ahora tenían que estar en silencio que entrarían en el sorteo, que era donde estaban los seis toros que se iban a lidiar por la tarde. Él le llamaba mucho la atención el aura que desprendía aquella mujer, su rostro no mostraba las batallas que había tenido que superar, ni tampoco su mirada. Le desconcertaba. Ella en voz baja le decía:

—David, ahora introducirán los números de los toros apuntados en pequeños papeles y uno de los miembros de las tres cuadrillas que torean hoy, que son los hombres que ayudan al torero, sacarán dos papeles metiendo la mano en el sombrero. Y esos papelitos dirán que toros torearán cada uno. Espero que vayas entendiendo algo de lo que te cuento.

A pesar de haber viajado alrededor del mundo por su profesión nunca había visto nada igual. La manera en que Isabel se lo contaba le hacía tener una gran curiosidad, pero no sabía si era lo qué le contaban o por la pasión que le ponía quién se lo contaba. Ella tomaba notas y luego se dirigieron al gabinete de prensa de la plaza, que le aportó toda la información de las reses que se lidiarían en la tarde noche. Mientras David veía los toros en el corral para el día siguiente, y se asombraba.

—Wow Isabel. Es increíble. ¿Un hombre lucha contra eso?
—Sí, David, se juegan la vida.
—Y tantos hombres ahí arriba ¿todos luchan?

¿Cómo los romanos?
Tras soltar unas carcajadas ella le aclaró:

—No, cada hombre que lucha, como tú dices llevan tres hombres que se les denominan banderilleros, que lo ayudan en la plaza por si el toro lo coge. Dos picadores que suben a caballo y pican los toros para medir la fuerza del animal. Un mozo de espadas junto con un ayuda que es quien lo visten, el traje de un torero pesa y lleva sus trucos para colocárselo, le lleva los instrumentos que usan para torear, además del chófer y sus representantes.

—Wow, ¿todos esos van juntos?

—Sí, se le denomina una cuadrilla pero cada uno ocupa su lugar. ¡En tu primera corrida no vas a aprender todo!

—Bueno, anoche leí cosas sobre eso. ¿Cuándo el torero gana la lucha que le dan de premio?

—Las orejas y el rabo.
—Oh, qué dolor. ¿Le cortan?

—Sí, pero cuando muere el animal. Yo entiendo que todo te llame tanto la atención, soy consciente que no haber nacido en este mundo te pueda provocar un poco de rechazo y lo veas como una crueldad. También lo respeto, pero yo no sabría explicarte cómo se siente esta afición. Es un gusanillo en el estómago que te hace evadirte de todo lo que tengas en la cabeza en ese momento de problemas o preocupaciones. Para mí siempre fue y es mi escape de vida como yo le denomino.

Salieron de la plaza. David seguía preguntando por todo y en este caso eran las puertas y preguntaba porque había una puerta más grande que todas las demás, Isabel le explicaba que era por donde los toreros salían a hombros cuando cortaban las orejas, era una parte más de la liturgia y también formaba parte del triunfo.

David no salía de su asombro. No sabía detectar que era lo que tanto le atraía, si aquel mundo que acababa de descubrir o era la persona que se lo estaba contando. Estaba impaciente porque llegará la noche para ver la corrida junto a Isabel, era increíble el respeto que había visto en los momentos del sorteo y la cantidad de entresijos que encerraba aquel mundo tan desconocido para él hasta ese momento. Ella buscó una acreditación más para que pudiera estar a su lado, y así, poder ir contándole que significado tenía cada momento de la lidia en los espacios de publicidad. La complicidad entre ambos comenzaba a hacerse un hueco importante sin apenas ser conscientes.

Decidieron ir andando al hotel. David le propuso a Isabel comer juntos si ella no tenía ningún inconveniente. Ella se empezaba a sentir protegida al lado de aquel hombre. Fueron caminando y terminaron en un chiringuito a pie de playa cercano al hotel donde se hospedaban. Él quería comer un espeto de sardina, le quedaba un leve recuerdo de cuando sus padres le daban en la playa con mucho cuidado para no tragar ninguna espina. Las sardinas las acompañaron con salmorejo y pescado frito. David le gustaba escuchar a Isabel mientras le explicaba los nombres de los platos que estaban comiendo. Él estaba seguro que aquella mujer había escogido la profesión correcta, tenía una gran facilidad para atraer la atención de los que la escuchaban. Era una gran comunicadora.

Isabel sentía que aquel hombre le había cambiado algo en su mirada, tenía los ojos más verdes o más brillantes. David pensaba lo mismo de ella, ella notaba algo extraño pero no sabía identificar el qué. Terminaron de comer, él le dijo si quería una copa, ella le contestó que solo bebía ocasionalmente y no le gustaba el alcohol. El asintió y le aclaró que igual que a él.

Salieron del chiringuito, la corrida era a las nueve de la noche y él sentía que no se quería separar de aquella mujer, que le hablaba y llenaba su mundo. No recordaba desde cuando no sentía aquello. En un primer momento pensó que se debía a que todo lo que le contaba tenía un gran sentido, y le hacía tener un contacto muy especial con sus raíces, algo que había buscado durante mucho tiempo. David sentía algo dentro que le impulsaba a decirle algo, pero al estar tanto tiempo aislado en su mundo tras haber perdido a su esposa, no sabía cómo ella se lo iba a tomar y no sabía cómo hacerlo. Además ni él mismo era consciente de lo que le estaba ocurriendo. Sólo había tenido sexo hasta entonces y en América se era más directo que aquí, según había podido leer en artículos de expertos sociólogos. Pero sin pensarlo lo lanzó:

—Me haces sentir como esas gaviotas, hablas bonito y audaz. Me gusta escucharte. Me he vuelto adicto a tus palabras. Creo que esta sensación sólo la he sentido a tu lado y cuando vuelo.

Ella tenía las gafas de sol puestas, sus ojos lo marcaban todo, y él no pudo detectar que expresión tenía Isabel tras escuchar aquello. Ella miró el mar y cogió aire. Se sentía alagada por lo que escuchaba. Sin pensar en las consecuencias, le respondió.

—¿Por qué dices que te has vuelto adicto a mis palabras?

—Porque hice este viaje con el corazón vacío y ahora parece que al conocerte se llenaron todos los huecos.

—David, vas un poco rápido.
—No, te digo lo que siento. Mi padrino me educó, y me enseño a decir lo que siento. ¿Y tú que sientes?

—Protección, curiosidad por saber qué hay de - trás de esa mirada.
—¿Tú no confías en mí? Piensas que estoy bus- cando sexo. Te equivocas, Isabel.

—No, David, en este momento no confío en nadie, dejé todo para irme a formar un hogar con un hombre al que en su día le di todo. Y me traicionó de la manera más cruel, y en un momento en el cual lo necesitaba en exceso por mi estado. Fui a buscarlo para decirle que estaba esperando un hijo de él, y me lo encontré con otra. No quiero sufrir más, ni volver a equivocarme.

—¡Oh my God! Lo siento mucho, pero Isabel el amor es como el mar, si es de verdad al final sube como las olas, no lo puedes impedir. Primero quiero ser tu amigo, pero soy sincero contigo y te digo lo que estoy empezando a sentir. Con el tiempo creerás lo que te digo.

Ella se asombraba por momento al escuchar las palabras de aquel rubio de ojos verdes que le estaba atrapando demasiado la mente, y peor aún sería que le atrapara sus sentimientos. Ahora tenía un hijo y no era una decisión fácil. Hubo un momento de silencio, Isabel miraba el mar que estaba con olas muy fuertes y se sentía impotente, ante aquella situación. Le pasaban mil cosas por la cabeza. Ella pensaba si sigue aquí tan cerca va a suceder algo. No quería retroceder en todo lo que había conseguido para salir de la fuerte depresión que había sufrido y un desengaño la podría llevar ahí de nuevo. Pero no se podía negar a ella misma que estaba empezando a sentir una sensación muy fuerte al no querer separarse de su lado. Él miraba fijamente el mar, pensaba en sus padres y en lo poco que decía recordar de su corta infancia en Málaga. Había recuerdos que se mezclaban con vivencias con su padrino, de su mujer y la sonrisa de aquella mujer que acababa de conocer.

Él le dijo que se encontraba con una fuerte opresión en el pecho y quería estar solo, que no se enojara. Ella lo entendió y se despidió con una sonrisa, al pasar al lado del comandante, él le cogió la mano y le dio las gracias por estar a su lado. Isabel llevaba en la mano su bolso, y cuando sintió el tacto de él, la sangre le corría demasiado rápido. Esbozó otra sonrisa y volvió al hotel.

Mientras caminaba, pensaba en David y se sentía afortunada, a pesar de todo, tenía una familia muy grande, y él no tenía a nadie. La vida le había arrebatado la felicidad en dos ocasiones, y se merecía encontrar a alguien y ser feliz. Después le asaltaba la duda: ¿Cómo un hombre tan guapo y con tanta educación no había encontrado una pareja tras perder a su mujer?

Se fue a su habitación. Se dio una ducha, se lavó el pelo y se recogió su cabello en un moño. Se puso una lencera blanca que le resaltaba de manera más sensual su belleza natural y su piel bronceada. Su aspecto físico era como su personalidad, sin filtros ni maquillajes. Isabel comenzó de un día para otro a lucir una piel más fina y un brillo en los ojos di- ferente, pero sobre todo su sentido del humor empezaba a salir a retazos después de haberlo tenido muy encerrado dentro de ella. Sonó su teléfono, era Salvador.

—Dime, ¿Qué ocurre?

—Te voy a decir algo, mi hijo es mío y pronto tendrás noticias de mi abogado. Ya llegó la hora que esté a mi lado como dios manda.

—Tu hijo no está a tu lado porque tú no has tratado de estar más tiempo con él. Yo nunca te negué que estuvieras a su lado.

—Pues ahora voy a comenzar a luchar por él. Más vale tarde que nunca.

—Bueno si así lo deseas. Haz lo que creas conveniente. No voy a discutir contigo ahora, ni me apetece ni es necesario. Sólo te voy advertir que tendrás tus derechos pero también las obligaciones que dejaste de cumplir y yo nunca te he reclamado. Suerte.

Isabel se tiró sobre la cama y comenzó a llorar. No quería pasar por ese trámite y sobre todo no quería que su hijo perdiera esa estabilidad que disfrutaba en todos los sentidos, en sus horarios, en sus comidas, etc. En el fondo ella sabía que su padre lo adoraba, pero la vida de Salvador era difícil de compatibilizar con la de su hijo, y además en la distancia. Ella nunca le había negado que pudiera estar con él, e incluso en sus visitas se iba con los dos para que el niño no notará ninguna falta cuando estaba con su padre. También ayudaba a Salvador que no tenía tanta agilidad mental a contestar las preguntas que Manuel ya lanzaba cómo el por qué no vivían juntos. Y en muchas ocasiones mientras Salvador estaba en su temporada, ella lo llevaba a ver a sus abuelos paternos, entendía que también eran su familia. Lo llevaba a muchos sitios donde su padre toreaba para que el niño no creciera con esa ausencia. En el aspecto económico, Salvador había aportado sólo al principio, pero para ella era algo que no le quitaba el sueño y por lo cual nunca le reclamaría nada, ya había tocado fondo y sabía que tarde o temprano volvería a disfrutar de una estabilidad económica. Ya estaba en el camino. Tenía el apoyo de sus padres, lo primero era recuperarse y encontrar la manera de llegar a esa estabilidad que tanto le preocupaba.

Estuvo llorando durante una hora y le envió un mensaje de WhatsApp a su amiga Bianka. Ella no contestaba. Se sentía sola, no podía contarles a sus padres y no encontraba consuelo a las palabras que el padre de su hijo le había lanzado. Al momento sonó el teléfono de la habitación. Era recepción y le comunicaban que había un chico que había preguntado el número de su habitación y le había dejado algo que tenían que entregarle. Ella pensó que podría ser Salvador parar seguir molestándola o alguien de la emisora. Sólo había hecho colgar cuando llamaron a la puerta de su habitación. Era un empleado del hotel con un tremendo ramo de margaritas amarillas y blancas. A su mente llegó la imagen de David. Lo recogió y le dio las gracias al chico por hacerle la entrega. Ella entró, puso el ramo sobre la cama y vio que había una tarjeta naranja en el interior del ramo. Al momento pudo leer:

Solo hace dos horas que no te veo y ya te extraño. Necesito escuchar tus palabras. Me has curado el corazón. Eres especial.

Gracias por todo.
David A. D.

Ella no sabía qué hacer. Llamaba a Bianka y no cogía el teléfono. Su amiga Ana tampoco, ya no

sabía cómo canalizar lo que sentía, se lo tenía que contar a alguien. Si ese hombre se presentaba en su habitación que le decía, como actuaba. Las palabras de Salvador la entristecían y el ramo de flo- res le alegraba la vida. Nunca nadie había tenido un detalle así. Ella pensaba que eso sólo ocurría en las películas, o aquellos que les eran infieles a sus mujeres para remediar su error. Pero mientras su cabeza no paraba de buscar paz, volvió a sonar el teléfono de la habitación. Ella no se atrevía a cogerlo, ahora si sabía que era el piloto y le tenía que dar al menos las gracias. Tras sonar tres veces, se decidió a cogerlo. Antes de que él dijera nada, ella sin poder reprimir sus palabras, espetó:

—David, gracias por el ramo de flores. Nunca tuve un detalle así de nadie. Las flores han llegado en un momento complicado. Gracias de corazón.

—¿Qué te pasó, bebé?
—Es largo de contar. Quiero estar sola.

—No estarás sola. Voy para tu habitación. Entiendo que dudes de mí, todo va rápido pero solo deseo poder hablar contigo. ¿Puedo? Estoy en la puerta de tu habitación. Ábreme por favor. Si no abres también lo entenderé y no será motivo para enojarme.

Ella colgó y no sabía qué hacer. Le asaltaban mil dudas: ¿Y si aquel hombre se trataba de un loco? Pero parecía educado. ¿Y si la necesitaba de ver- dad y le estaba negando su comprensión en un momento difícil para él? Estaba sólo en Málaga y en la vida. Mientras pensaba cogió la bata a juego con la lencera que lucía, se la colocó, se puso bien el pelo, se echó brillo en los labios y descalza se dirigió a la puerta con la valentía que siempre la había caracterizado. Allí estaba David con la mano en el quicio de la puerta mirando hacia abajo, apareció con una camisa a medio abrochar celeste, unas bermudas azules y unos deportes blancos. Lucía gafas de ver. David miraba a Isabel y pensaba que sonrisa más tremenda, pero como si la amistad fuera de años, le notó en la mirada que había llorado. Ahora no había gafas de sol de por medio y podía mirarla a los ojos. Los ojos de Isabel eran transparentes y dejaban entrever todo lo que había en su alma. David era muy inteligente y observador.

—¿Por qué has llorado? Ha sido el papá de tu hijo. ¿Vino aquí? ¿Qué te ha reclamado?

—Nada, David, estás de vacaciones. No es justo que nos conociéramos anoche y yo ya te esté agobiando con mis problemas.

—Yo también te conté los míos, te pedí que me dejarás solo en la playa y lo has respetado. Cuéntame tú ahora.

—El papá de Manuel me ha hecho una llamada cuando he llegado a mi habitación, me ha advertido que tendré noticias pronto de sus abogados. No quiero pasar por un juzgado ni nada que pueda herir o alterar la infancia de mi hijo. Para mí es lo más importante que tengo en la vida.

David se encontraba sentado en uno de los sillones que había en la habitación junto a la cristalera de la terraza, Isabel estaba en la cama sentada con una de sus piernas flexionadas frente a él, a través de su bata se dejaban entrever sus encantos. Él la miraba fijamente y se decía es linda, no necesita pinturas, no hay nada artificial en ella, en su mira- da se muestra tal cual es. Ella

comenzó a derramar algunas lágrimas, al sentir la comprensión de aquella persona que en pocas horas se había convertido en un bastón para ella. Él se colocó a su lado y le hizo girar su cara hacía él, Isabel se hecho un poco hacía atrás pero topó con el cabecero de la cama. Cuando ella sintió las manos de aquel hombre, el corazón le empezaba a latir muy rápido. No sabía si se encontraba preparada para dar un paso más.

—No te preocupes, todo va a salir bien. No me gusta verte llorar. Me gusta ver tu sonrisa. Eres una persona muy especial, y debes ser amada por alguien de verdad, que te cuide y te proteja a ti y a tú hijo.

Él se aguantó las ganas de besarla, le dio un beso en la frente y le limpió las lágrimas. Le cogió su mano.

—No quiero verte llorar. No vayas nunca por delante de la vida, el destino marca todo a su tiempo. Yo cuando era muy pequeño lo aprendí al perder a mis padres. Por eso cuando perdí a mi esposa supe conformarme y vivir el presente. Anduve vacío pero siempre hacía adelante. Dime a que hora nos vemos en la puerta del hotel para ir a la corrida. Me gusta aprender todo lo que tú sabes.

—A las siete y media será buena hora, para qué puedas vivir el ambiente.
—Prométeme que durante estos días solo pensa- rás en tu trabajo y en cosas bonitas.

Isabel bajo su cabeza, y él, con toda la ternura que ella le causaba en ese momento le levanto su barbilla y le dijo de nuevo:

—Prométemelo

—Te lo prometo. Ahora tengo que ordenar mi mente, me quedan tres horas de retransmisión y tengo que tener la cabeza despejada.

—Ok a las siete y media estoy abajo. Y cuando bajes esa escalera que sea sonriendo.

Él le apretó la mano y salió de aquella habitación como todo un caballero. Isabel no quería pensar en lo ocurrido, pero le empezaba a dar un voto de confianza a aquel hombre que había aparecido por el fruto de la casualidad.

Isabel se puso delante del armario y no sabía que ropa ponerse para asistir a la corrida. Empezaba a tener esas sensaciones de sentir ganas de nuevo de lucir bonita y ser coqueta, era algo que la depresión se había llevado con ella. Pero de un día para otro, su actitud había cambiado. Se decantó por un vestido negro, abrochado delante, con un pequeño adorno en la parte inferior y dejaba sus hombros fuera. Se soltó su melena rizada y las argollas plateadas de tamaño mediano que le hacían resaltar más sus rasgos. Se maquillaba poco, no era muy partidaria de lucir el rostro con maquillaje, sólo en ocasiones muy especiales. Se colocó unas zapatillas altas de espartos en color beig con adornos en negro atadas al tobillo, que dejaban ver sus dedos de los pies pintados de color rojo. Cogió su maletín, al mirarse al espejo, se santiguo y pensó que sus labios debían lucir más fuerte. Se los pintó de un color más intenso aún que el de la mañana. Había visto muchos videos de entrenamiento personal, los especialistas no se cansaban de repetir que lo primero era mirarse al espejo y sentirte segura de una misma, eso sería la fuerza para comenzar

un camino.

Se volvió a la habitación porque se había dejado sus gafas de visión en el bolso de la mañana. Salía a las siete y treinta y dos minutos. El ascensor no llegaba y decidió bajar por las escaleras. Estaba en la segunda planta, solo había cuatro tramos de escaleras que bajar, y aquel calzado que llevaba eran de cuñas altas pero le permitían andar bien y segura.

David estaba en el hall hablando por teléfono y ella cuando lo vio, respiro hondo y pensó: — Madre mía, no se puede estar más guapo.

Lucía un pantalón azul y una cubana rosa de lino, que le resaltaba su piel sonrosada de la brisa del mar. Él estaba de espalda, hablaba en inglés y cuando se volvió observó que ella bajaba el penúltimo escalón y se dirigía frente a él. Tuvo el mismo pensamiento que ella: – Oh, my god. She is beautifull.

Isabel no era una mujer con un cuerpo espectacular, su cuerpo era rellenito pero con curvas, pero era su aura y su forma de hablar y andar lo que atraía a los hombres. Y aquel piloto estaba embelesado cuando la veía hacer cualquier movimiento o pronunciar cualquier palabra.

David colgó la llamada. Se dirigió hacia a ella.

—Estás preciosa. Así me gusta verte, con una mirada brillante y esa sonrisa que nos ayuda a ser feliz a los demás.

—Tú también estás muy guapo. Esta tarde vas a encontrar novia.

—No quiero novia, ni sexo, quiero un hogar y un abrazo cuando lo necesite. Estoy harto de sexo, de mujeres, no necesito eso.

—¿Interrumpí tu llamada?
—No, hablaba con mi padrino.
—¿Qué tal tu padrino?
—Muy bien.
—¿Qué te dice?

—Le he contado que he conocido a una chica que me hace feliz cuando está a mi lado.
Se quedó atónita con la facilidad que se expresaba, mientras sonreía le contestó:
—Y tu padrino te habrá dicho que vas un poco rápido si la conociste anoche. ¿No crees?

—No, me ha dicho que ande con cuidado porque nos separan muchos kilómetros, pero si estoy seguro que no te deje escapar y te haga feliz.

—Entonces tu padrino está más loco que tú. A David no le sentó nada bien la expresión de

Isabel, ella descubrió su enojo y le pidió perdón. Le dijo que no se precipitara, que había varios días por delante que ya el tiempo iría marcándolo todo como ya le había dicho en otras conversaciones que habían tenido. Él la miró y le sonrío, dejando entrever esos dientes tan blancos, y le dedicó una sonrisa.

—En California que nos digan loco no nos sienta muy bien, pero el enfado no fue grande, así que déjame aprovechar estos días contigo. Olvidemos todo y sólo para conocernos.

—David, yo después de esa depresión de la que te hablé, he aprendido que la vida solo se vive una vez, he estado durante seis meses buscando un agujero para quitarme la vida, sin importarme nada. Siempre he sido una mujer fuerte, si me he tenido que arrepentir de algo en algún momento de mi vida, ha sido de lo que he hecho, no de lo que no hice. He aprendido de esta lección a vivir intensamente, y a sacar de todo el lado positivo. Si en estos días descubrimos que hay sentimientos entre nosotros, estate tranquilo yo te lo voy a contar.

—Yo quiero decirte, que desde anoche cuando me senté a tu lado y tus ojos me miraron y me sonreíste, no puedo parar de pensar en ti.

—Bueno vamos para la plaza, yo ahora tengo que centrarme en mi trabajo, son tres horas que no puedo ni debo pensar en nada.

—Ok.

David le dio un pellizco en su mejilla, le sonrió y salieron del hotel. Decidieron ir caminando. Al llegar a la plaza, a Isabel empezaron a pararla gente conocida, era una corrida de Juan Pedro Domecq, para Morante de la Puebla, Andrés Roca Rey y Pa- blo Aguado. Había mucha gente de Sevilla en los alrededores de la Malagueta. Entraron por el patio de cuadrillas, ya estaban allí los caballos de picar y los picadores calentando. Ella fue explicándole cada uno de los detalles que se iban encontrando, le decía porque taponaban las orejas a los caballos de picar con papel de periódico mojado, que se denominaba tronarlos, y cuál era la misión de los hombres que subían a caballo. David mientras lo oía encogía su cabeza como si se lo estuvieran haciendo a él. Él le hacía saber que había volado a muchos sitios del mundo, que llevaba años conociendo muchos países donde había estado en fiestas durante su es- tancia, pero que nunca había conocido nada igual.

Accedieron a la plaza, que estaba engalanada muy bonita, aquella corrida se hacía en memoria de la figura de Picasso. David asintió cuando ella le preguntó que si conocía al pintor, que esos carteles eran algunas de sus obras. Se acercaba la hora, Isabel iba repasando sus datos y David permanecía sentado a su lado. Cuando ella le preguntaba que le parecía, él contestaba que no podía asimilar tantas cosas, tanto color, tanta alegría y tantas mujeres bonitas. Ella le dijo que lo asimilaría cuando viera muchas corridas y torear en el campo, y con cara de humor le aseguraba que más botones tenía un avión para pilotarlo y era capaz de hacerlo. El sentido del humor de Andalucía no era fácil de entender para un americano, pero las bromas de ella las detectaba al momento. Ya empezaba a caer el sol, él le echaba fotos a todo y a Isabel le robó muchas sin su consentimiento.

Sonaron los clarines, y la música se dispuso a tocar para comenzar el paseíllo. Ella ya tenía los cascos puestos, cuando los toreros salían por la puerta y hacían sus cruces en el suelo para ser protegidos durante la corrida. Isabel delante del micrófono se olvidaba de todo y empezaba a contar lo que pasaba. Él al escuchar la música, se levantó sus gafas de visión, que usaba para el lejos y se limpió las lágrimas, se había emocionado sin saber porque. Le cogió la mano a Isabel y le dio un apretón, le daba las gracias guiñándole el ojo izquierdo junto con una sonrisa. Ella lo

pudo leer en sus labios, pero no quitaba su atención a lo que acontecía. David desde que salió el primer toro, no quería perderse nada de lo que pasaba en el ruedo. A su derecha había un señor mayor sentado, que también le iba aportando conocimientos de la corrida, ya que él tenía mucha curiosidad por saber qué significado tenía todo. Uno de los banderilleros de Morante recibió una fuerte voltereta, algo que hizo a David levantarse y preguntaba a su compañero de asiento, si estaba muerto. El señor le contestaba que no, que los toreros eran atletas y hacían mucho deporte para no sufrir lesiones en momentos como esos, estaban hechos de otra pasta le recalcaba.

Llegó el descanso de Isabel en el tercer toro. —¿Qué tal, David? ¿Te gusta?

—Si mucho, me sorprende ese hombre que ha cogido y se levantó, wow. ¿Tu papá que hacía?

—Era picador.
—¿Igual que el de los caballos?
—Sí. David, tengo que seguir.

Se volvió a colocar los cascos, y retransmitía la segunda parte de la corrida. A David le asombraba cuanto hablaba Isabel, no tenía apenas nada apuntado en sus folios, se preguntaba de donde le salían tantos datos y conocimientos de lo que allí pasaba, de donde era capaz de sacar tanta información, tantos nombres y casi adivinaba que iba a pasar. En el tercer toro de la tarde Morante puso la plaza boca abajo con el capote, y le consiguió cortar una oreja al cuarto de la tarde, tras fallar con la espada. Más tarde también lo hacía Pablo Aguado cortando dos, y perdonándole la vida al de Juan Pedro. David tuvo la suerte del principiante y pudo ver un hecho histórico en el coso malagueño, el indulto de un toro. Roca Rey no tuvo suerte en su lote, pero estuvo muy valiente con los dos astados que había lidiado.

Tras terminar, Isabel recibió la llamada de sus padres y salieron de la plaza, ahora ella asistía como moderadora a la tertulia que se celebraba en el hotel donde se hospedaba, con los protagonistas de la tarde. Una vez fuera, ella le comunico que aún no había terminado su trabajo, que ahora le quedaba moderar la tertulia y debían coger un taxi hasta el hotel para llegar antes de que se formarán atascos en las inmediaciones de la plaza. En el camino de vuelta ella le dijo que si quería descansar, que la tertulia duraría una hora y media. Él le preguntó que si podía observar y escuchar, quería aprender de lo que decían. Ella le dijo que podía asistir sin ningún problema. Durante el transcurso de la tertulia, David no podía parar de mirarla y escucharla, los tenía a todos embelesados. Muchas veces se preguntaba cómo podía despertar en él aquella atracción una mujer que acababa de conocer. Tras concluir la tertulia le preguntó a David, si quería una foto con los protagonistas para que pudiera presumir en San Diego, él dijo que sí pero que ella se pusiera a su lado, así también podría contar que tenía la amiga más bonita de Sevilla.

Una vez concluida la tertulia y tras despedirse de los compañeros, se fue hacía David de nuevo, que observaba sentado en uno de los sillones del hall las fotos que había hecho durante toda la tarde.

—Ahora si he terminado mi jornada. ¿Qué hacemos? ¿Te apetece comer algo? Subo a mi habitación, dejo el maletín y nos vamos.

Cuando se disponía a coger el ascensor, Isabel tropezó con un amigo que hacía años que no veía. Nacho era un chico que había querido ser torero en la misma década que su hermano pequeño y

pasó mucho tiempo en la finca donde trabajó el padre de Isabel como ma- yoral de la ganadería.

—Isabel, no me puedo creer que me encuentre aquí contigo. ¿Qué haces por aquí?
—Estoy trabajando, Nacho, en una emisora de radio.

—Cuánto me alegro de encontrarte. Que bien te veo. Me enteré que te separaste y volviste de Madrid. Bueno yo también, ahora ya por lo menos veo a mis niños. Esta noche voy a una fiesta flamenca cerca de aquí, que han organizado unos amigos. Vente si no tienes nada planeado. A ti te gusta el flamenco y pasamos una noche de las que nos gustan a nosotros.

David miraba atentamente a lo que pasaba y se sentía incómodo. El saludo de Isabel con aquel chico había sido demasiado efusivo, y no le hizo mucha gracia. Pero ella con mucha educación, le dijo:

—Nacho, estoy con un amigo de San Diego, te lo voy a presentar. Él se llama David, hoy vio su primera corrida y le ha gustado mucho.

—Eso es bueno que se haga aficionado y cuente allí en California como es la Fiesta Nacional.

—David, soy Nacho, encantado y estás invitado con mi buena amiga a una fiesta esta noche. En la calle paralela a ésta, hay un restaurante llamado “Al sur” sobre las doce nos vemos allí. Y cuídala, has conocido una gran mujer.

Nacho le dio un apretón de manos a David y un abrazo a Isabel, le tenía un cariño especial, se conocían desde que eran niños.

—Isabel, no entendí ese chico. ¿Una fiesta flamen- ca?

—David, ese chico lo conozco desde que era niña, era amigo de uno de mis hermano que también intentó ser torero. Y nos invita esta noche a una fiesta flamenca, donde habrá música flamenca en directo. Si no te apetece no vamos.

—Quiero comer. Estoy hambriento. Luego vemos que hacemos.
—Dame dos minutos, voy un momento a mi habitación.

—Yo también subo a la mía por un jersey, coge algo para abrigarte se levantó mucho viento.
—De acuerdo, nos vemos en cinco minutos aquí.

Isabel subió a su habitación, cogió una chaqueta color beig, con unos ribetes en negro que había comprado hacía pocos días y aún no la había estrenado. Le quedaba muy bien con su vestido e iba a juego con sus zapatillas. Se volvió a perfumar y a retocar sus labios con un color rosa fucsia muy intenso que fue el elegido para aquella tarde. Cuando bajo el piloto, se había quitado la camisa y lucía un polo a rayas azul y blanco con los cuellos hacía arriba, estaba muy guapo. Ella se fue hasta donde estaba él, durante el trayecto la saludaban miembros de las diferentes cuadrillas. David no le quitaba ojo de encima. Le llamaba la atención con que respeto se dirigían a ella y todos la conocían. Al llegar a su lado, David seguía con sus halagos.

—Wow, estás preciosa, tu chaqueta parece torera.

—Sí, hay unas corridas que se llaman goyescas, y se parece un poco, pero mi chaqueta es menos llamativa. ¿Qué quieres comer? Damos un paseo para encontrar dónde podamos comer tranquilos. Aquí con los toreros de la corrida de mañana hay mucha gente.

—Me parece bien. Quiero pizza.
—¿Pizza?
—Sí, hoy vi una en un cartel y me dieron ganas. —Ok, pues vamos a buscar pizza.

Se detuvieron en la puerta del hotel, para ver porque calle cogían, había mucha gente por todos lados. David iba delante y ella detrás. Él miró a su alrededor y no la vio en el tumulto de la gente, la encontró al momento y la cogió de la mano, le dijo que así no la perdería de vista y sería más fácil avanzar. Ella le agradaba cada detalle que recibía de aquel hombre, pero también le hacía sentir miedo. ¿Qué pasaría después de vivir aquellos días con él?

A lo lejos encontraron un cartel luminoso que ponía pizzas. Llegaron a la pizzería y ella optó por pedir también lo mismo junto con una ensalada que compartieron. David comía mucho, pero tenía un cuerpo escultural, debía pasar horas en el gimnasio, su profesión se lo requería. Ambos cenaron y después se fueron a una heladería cercana. Él tomo un helado de vainilla con tiras de chocolate, era su preferido, y ella una tarrina de nata con piñones caramelizados. A él se le había quedado la parte superior de su labio manchada de helado, ella quiso limpiarlo pero se arrepintió y solo le señaló. Él cogió una servilleta y se limpió.

—¿Te apetece que hablemos de nosotros? —¿Qué estudiaste y dónde?

—Estudié en Madrid la carrera de periodismo y luego hice un máster en protocolo y relaciones públicas. ¿Y tú?

—Yo estudié en la Universidad Estatal de San Diego y luego entré en la escuela de pilotos. Después mi primer empleo fue en la compañía Qatar Airways como asistente y ahora estoy en Southwest Airlines como comandante.

—¿Eso debe ser complicado saber que llevas la responsabilidad de trasladar tanta gente en tus manos?

—No, yo soy afortunado en mi trabajo. Soy muy feliz mientras vuelo.
—¿Siempre quisiste ser piloto?

—No, cuando era niño quería ser presidente del gobierno, pero cuando mis padres murieron, murió ese sueño conmigo. Y cuando volé con mi padrino, que fue el último deseo de mi padre, descubrí que quería llevar a la gente a un lugar seguro, costara lo que costara.

—Qué bonito David. Yo he conocido a mucha gente, ya sabes que soy habladora y expresiva, pero nunca he conocido un piloto, y ahora conozco a uno que quiso ser presidente cuando era niño. Antes que se me olvide, me gustaría darte las gracias por las flores que me has regalado hoy. Nunca nadie tuvo ese detalle conmigo. Además llegaron en un momento que necesitaba el apoyo de alguien, no es fácil para mí que me hablen del tema juicio con mi hijo. No olvidaré nunca ese detalle. Gracias de corazón.

—No es nada, tú has estado conmigo en el momento que me he reencontrado con mis raíces y no fue fácil. Siempre irás en mi mente cuando recuerde ese instante, aunque lo que desearía es volver algún día para siempre a mi tierra madre patria. Aquí me siento bien y libre.

—Nada es imposible,David.
—¿Tú ahora que haces? ¿La radio?

—Bueno, estoy en un momento de mi vida, que tengo que decidir qué hacer. Ya tengo un proyecto muy avanzado, se trata de una inmobiliaria para inversores. Tengo buenos contactos en las entidades bancarias y creo que lo voy a conseguir.

—Bebé, todo lo que en la vida se hace poniendo ganas y emoción, al final llega.

Isabel se comía la tarrina de helado con mucho cuidado, tenía mucha sensibilidad en los dientes con el frío y ya estaba terminando, David estaba muy cerca, y le preguntó si le dejaba probar su helado, ella se lo acercó y él le echó a un lado la mano con la que lo sostenía, y la besó. Fue un beso apasionado y muy largo. A ella le pasaron mil cosas por la cabeza, aunque sabía que pasaría en breve, en ese momento no se lo esperaba y se dejó llevar. No sabía qué hacer, ni que responder, le daba vergüenza mirarle a los ojos. Él le cogió su barbilla y le subió la mirada frente a él, le preguntó si no lo había gustado, y ella contestó que como podía pensar eso. La volvió a besar. Se levantaron de la mesa, fueron cerca del mar y él le confesó que había conocido muchas chicas después de perder a su mujer, pero que ella había conseguido curarle el corazón en unas horas, su vida se le había dado la vuelta. Llevaba meses pensando en formar una familia, tener su hogar y muchos hijos aquí en España. Sentía que ese sueño podía estar muy cerca. Ella le aseguraba que iba un poco rápido, que ya se había precipitado una vez e intentaría no hacerlo nunca más, el tiempo sería el único que destaparía si todo llegaría a buen puerto para ambos.

Siguieron caminando. A ella le apetecía ir a la fiesta flamenca, y así se lo propuso. Él le contesto que le hacía feliz todo lo que a ella le hacía sentir bien. Llegaron al local e Isabel se reencontró allí con muchos conocidos del mundo del toro y del flamen- co. Ambas cosas le apasionaban desde que era muy pequeña. Había un gran ambiente y en ese momento estaba bailando un bailaor mientras cantaba un cantaor de Granada, que en su forma de expresar el cante recordaba a Camarón.

—Bebé, siento algo aquí dentro en el pecho cuando escucho a este hombre cantar.

—Si el arte no tiene fronteras y cuando trasmite, lo hace de forma universal. Me alegro que te guste. Además llevas sangre andaluza.

Al momento apareció Nacho, le preguntó que querían tomar. Se miraron, y ambos pidieron a la vez una copa. Él la miro, y le dijo:

—¿Te quieres emborrachar?

—No, solo es una copa, esta noche lo requiere. Si pedimos un refresco nos mirarán como extraterrestres. ¿No crees?

—Sí, eso creo. Quiero celebrar ese beso.

Se acercó a ella, la volvió a besar y le dio un fuerte abrazo. Algo que para ella fue muy reconfortante. En ese momento apareció Nacho con las copas, y le dijo a Isabel sin tapujos:

—No dejes escapar a este tío, y pégate un tentadero con él esta noche, que no tienes nada que perder. La vida sólo se vive una vez. Y él que no supo respetarte que se joda ahora. Y en tu hijo no pienses, que esos crecen y se van. Yo ahora me veo solo. Disfruta amiga, que ese piloto se bebe los vientos por ti. Y si eso lo has conseguido en horas, imagínate en días. Me gusta verte feliz, sabes que te aprecio a ti y a toda tu familia. Vive amiga, vive. Ese hombre es legal contigo, sólo hay que ver cómo te mira.

—Nacho, tú y tus locuras, lo acabo de conocer, parece buena persona y muy educado.

Estaban sentados en una mesa cerca del escenario, él no le dejaba de hacer caricias y besarla, parecían dos quinceañeros. Llegó Nacho otra vez y le dijo a David que iba a sacar a bailar sevillanas a Isabel. Ella se quitó la chaqueta y quiso bailarlas, hacía mucho tiempo que no lo hacía, pero era algo que nunca se olvidaba. David la observaba y se preguntaba que la suerte había estado de su lado al encontrarse con aquella mujer. Al terminar de bailar eran las tres de la mañana. Se acercó a la mesa donde estaban sentados y le dijo a David que si se iban, ella se encontraba cansada y si seguía allí no se recogería hasta por la mañana, el flamenco era su música favorita y le hacía perder la noción del tiempo. David buscó a Nacho le dio las gracias por la experiencia nueva que había vivido, le transmitió que se iba a descansar y que en San Diego tenía un amigo para lo que necesitara. Ella lo esperaba, imaginó que fue a darle las gracias, él demostraba ser una persona muy agradecida. Nacho se volvió hacía Isabel y se despidió con un fuerte abrazo.

—Amigo David, no te olvides nunca que con esta mujer aprenderás de toros seguro. Su manera de contar las cosas hace que todo el mundo la quiera. Un placer haberte conocido y conócela, que a mí nunca me lo permitió y muchas veces lo intenté. No es una chica fácil de conocer, pero has encontrado aquí una amiga para siempre. A disfrutar. Isabel dale recuerdos a tu familia, sabes que también es la mía. Os quiero.

—Ok, Nacho, a ti no hace falta decirte que te diviertas, siempre lo hiciste muy bien. Pero cuídate.

Salieron de aquel local cogidos de la mano, el piloto le apretaba la mano en algunas ocasiones mientras andaban hacía el hotel, la provocaba para atraer su atención mientras caminaba con la cabeza mirando el suelo. Ella pensaba si seguía hacía adelante con aquello, a todo lo que tendría que hacer frente en su vida. Llegaron a la puerta de la habitación, él le dijo que no tenían que hacerlo si no estaba segura, que les quedaba toda la vida por delante. Él tenía muy claro que volvería cerca de ella. La volvió a besar mientras la agarraba por la cintura, y la subía hacia arriba con todas sus fuerzas.

—Entiendo que pienses que es demasiado pronto para hacerlo. Creo que me he enamorado de nuevo y de una manera como nunca. Mañana cuando despiertes estaré aquí para darte los buenos días.

Ella le cogió la cara con sus manos y le dio un fuerte beso, era la primera vez que ella tomaba la iniciativa. Le volvió a dar las gracias por todo. Él le respondió con un beso en la frente y la dejo

en la puerta de su habitación, después de desearle que tuviera dulces sueños.

Eran las ocho de la mañana, Isabel se despertaba, ya que no había echado la cortina interior de la ventana para tapar la claridad, le daba de lleno en la cara. Se levantó, cerro la cortina para evitar la fuerte luz del sol que entraba, pero fue en vano, ya no podía dormir pensando en todo lo que había pasado en tan sólo un día y medio. Le aterraba perder la cabeza por alguien que no sabía cuándo lo volvería a ver de nuevo, pero por otro lado tenía claro que la vida estaba hecha para los valientes.

Cogió su móvil y vio que había mensajes de grupos de amigos y familia. Puso el cojín de la cama en su espalda para estar más incorporada, y empezó a ver los mensajes del grupo familiar, uno de ellos cumplía años y lo felicitaban. Era demasiado temprano para llamar a su hijo, al cual echaba mucho de menos. Al momento llegó un mensaje en su móvil de un número que no era español.

—Buenos días, bebé, ¿Qué tal has dormido? Ella le contestó:
—Buenos días, ¿Eres David?

—Sí, soy yo, espero que no te moleste. Vi que tenías una tarjeta con tu número en la funda del móvil, y lo guardé.

—No me molesta, te lo hubiera dado si me lo hubieras pedido.
—¿Te puedo enviar algo a la habitación?

—Si es lo que quieres, hazlo. Espero que no sea un avión, va a ser complicado.

Tras soltar unas carcajadas mientras leía el mensaje desde su cama, el piloto le enviaba unos emojis con sonrisas y contestaba.

—Ok. Lo hago y a las nueve te espero abajo.

A los diez minutos, había en la puerta de su habitación un chico con otro ramo de flores, éste tenía tonos rosas y celestes y desprendía un olor muy agradable. Ella le dio las gracias al chico y no daba crédito, venía acompañada de otra tarjeta:

Veinte años volando con las nubes muy cerca, y es la primera vez que me hacen tocarlas sin tener que subir a ningún avión. Te estás convirtiendo en un ser muy especial para mí.

DAVID A. D.

Suena el móvil y era él de nuevo, le dedicaba una canción “You are the reason” de Calum Scott. Ella no daba crédito ¿Cómo le podía estar pasando eso a ella? Nunca creyó que esos detalles existieran fuera de las pantallas de los cines.

Recibía otra llamada y era su amiga Bianka, ella le contó cada detalle y le pidió que guardara silencio y le diera su opinión. Bianka habló como Isabel ya se temía que lo haría.

—Tú vive, y si piensas que está contigo para la cama y a ti te apetece, hazlo, tú no pierdes nada, no tienes que darle explicaciones a nadie. Y con respecto a Salvador no tengas miedo, él no

tomará ninguna acción legal, él no está bien desde que terminasteis, él sabe que tiene unas obligaciones que no ha cumplido y no te va a molestar. Solo es cuestión de tiempo, ese será el que lo hará entender que te perdió para siempre.

—Pero este chico es tremendo, no se puede estar más bueno. Y se lleva todo el día conmigo, ayer me envió un ramo de flores con una dedicatoria y ahora me acaba de llegar otro ramo con otra tarjeta. Nosotras no estamos acostumbrada a esto. ¿Y si es un loco?

—Amiga que no pienses en el mañana, vive hoy. Y los extranjeros son diferentes a los españoles, ellos dicen lo que sienten, los de aquí se acobardan cuando se enamoran. Vive que ya has sufrido bastante. Estás en el ambiente que siempre te gustó y si es un sueño vívelo antes que te despiertes. Disfrútalo. Tú eres más que inteligente para detectar si se trata de un loco o no.

Ella seguía tumbada en la cama sin poder dar crédito a todo lo que estaba viviendo.
—¿Pero Bianka cómo me puede pasar esto a mí?

—¿Por qué no amiga? Tú eres una mujer muy linda, tienes mucho encanto con los hombres. Tú no lo ves, pero lo tienes. Y si ese chico ha sufrido todo lo que me cuentas y es inteligente, ha detectado pronto que eres una gran mujer y se ha enamorado. Chica te dejo, y vive. Ten claro que en la vida real pasan esas cosas, te ha pasado, te lo merecerías. Un beso y cuídate. Cuéntame por mensaje que ocurre, quiero saber. Siempre te dije que tu felicidad venía de lejos.

—Estás loca, pero sabes que te quiero. Ya te cuento. Un beso.

Se levantó de la cama, y se puso un bikini color azul cobalto sin tirantas y una camiseta rosa con una bermuda blanca, con sus botines. Se estaba echando protección en su rostro, cuando llamaban a la puerta de su habitación. Ella con la cara llena de crema, abrió y era él. Venía con una camiseta verde agua y un bañador celeste con una palmeras de color blanco, unos botines y una toalla del hotel en sus manos. Se acercó a ella y la besó.

—¿Bebé, cómo has dormido?
—Muy bien ¿Y tú?

—Yo también he dormido mucho. Estas noches pasadas todavía venía en mí el jet lag, pero ya pasó. Ahora descanso bien. Estoy acostumbrado a padecerlo, porque cuando vuelo muchas horas me cuesta dormir, pero una vez en mi destino lo hago como un recién nacido.

—Hoy no trabajo, David, es una corrida de rejones y mi trabajo lo hacen otros compañeros. Es un día libre.

—¿Qué es una corrida de rejones?

—Los toreros torean subidos a caballo. Es muy bonito, quizás que te llame la atención más que la de ayer. Las personas que nunca lo han visto, quedan muy sorprendidos, ahora no solo es torear si no también tener controlado al caballo delante del toro. Deben ponerse de acuerdo el rejoneador y el caballo.

—¿Cómo llevan los trapos encima de los caballos?

Entre carcajadas ella le seguía explicando.

—No, ellos torean con los caballos y les colocan los palos de colores como tú lo denominas, que son banderillas.

—Bebé, ese mundo es apasionante cuantas cosas hay que saber. ¿Tú como sabes todo eso?

—David, llevo desde que era una niña en ese mundo. Mi infancia se forjó en ese mundo y como me gustaba, pues he aprendido muchas cosas.

—Luego veo en internet información y fotos, podemos ir sí a ti te apetece.
—Me parece bien.

Desayunaron y se fueron a la playa. Empezaron a caminar, durante el paseo, David le preguntó que si hablaba inglés mientras la cogía de la mano. Ella le confesó que muy poco, que cuando estudió la carrera no hizo mucho caso al idioma, y sobornaba al profesor llevándolo a los toros. Le mentía diciéndole que le dolía la boca porque le acababan de apretar un aparato que tenía en los dientes y así evitaba hablar en clase. Que a día de hoy se arrepentía. Pero que algo le quedaba y seguro que con un poco de práctica recordaría todo de nuevo.

Él le pidió que le hablara de su pequeño y ella le mostró una foto en su móvil de Manuel toreando, él contestó que era increíble que tan pequeño ya quería ser torero. Que mejor idea era que fuera piloto o ingeniero, le respondió que tenía que ser en la vida lo que le hiciera feliz.

—¿Crees que si mañana yo me viniera de San Diego y formara una familia contigo, me aceptaría?

—Supongo que sí. Manuel es muy simpático y seguro que te aceptaría. Pero antes te tendrá que aceptar su madre.

—Su madre lo está haciendo ahora. Y nunca olvidaré este viaje, no sólo me reencontré con mis raíces, también ha aparecido una mujer muy importante en mi vida a la cual no voy a dejar escapar.

Llegaron a las hamacas donde habían estado sentado el día anterior. Él pagó al chico el alquiler, y descansaban mirando el mar. David se colocó a la sombra y ella un poco más al sol, era muy morena de piel y el sol no la quemaba demasiado. Sus hamacas eran dobles y estaban unidas con un colchón color azul claro. Ella observaba como aquel joven miraba el mar y al cielo. Se preguntaba qué pasaría por su cabeza en aquel momento, después de unos minutos de silencio entre ambos, ella lo rompió.

—¿David, qué piensas?

—Pienso que me quedan dos años de contrato y quiero venir aquí a estar siempre a tu lado. Desde la muerte de mi mujer no he vuelto a encontrar la paz que tú me das. No quiero perderte. ¿Tú que piensas de mí?

—Bueno, ya estás en la agenda de mi móvil. Es un paso. Pienso que como me ha podido pasar

esto a mí, no estaba en mis planes. Eres un chico muy guapo, inteligente y educado, tendrás mil chicas esperándote en los diferentes aeropuertos para violarte en los baños.

—Bebé, te dije ayer que estoy harto de sexo, que no quiero eso, quiero un hogar, una esposa que me cuide y yo a ella. Quiero ser padre y sentir esa sensación que con mi mujer la vida no me permitió.

—Pero David, solo hace un día que nos conoce- mos.

—A mí tampoco me pasó esto nunca, pero si me preguntas que pienso, te contesto. Me gusta decir la verdad y te voy a decir siempre lo que pienso.

Isabel puso su cabeza sobre el pecho del comandante, y él la rodeó con sus brazos. Pasaron horas allí sentado y decidieron darse un baño en el mar. David no estaba muy convencido pero lo hizo por ella. En la mar se dedicaron mil besos y arrumacos. Isabel sabía que no aguantarían mucho sin hacer el amor, todo iba demasiado rápido. Tras haber estado en la hamaca durante dos horas pensando, se convenció que en dos días ese hombre se marchaba y había que vivir de una manera intensa aquello, que consecuencias habría de todas formas, ya fueran negativas o positivas podría decir que lo había vivido. Estaba sintiendo una sensación tan increíble que estaba segura que la viviría hasta el final.

Tras salirse del agua, David le dijo que estaba hambriento y le había preparado una sorpresa, pero tenían que coger un taxi para llegar. Ella se vistió y él también se colocó su ropa. Él había reservado en un restaurante en unas de las zonas más altas de Málaga, con unas vistas increíble. Estaban solos en la parte superior del restaurante, acompañados por el ruido de una cascada de agua que caía entre las piedras. Isabel a veces se pellizcaba para ver que aquello que estaba viviendo era verdad.

—David, no tuviste que hacer esto.
—¿No te gusta? Hoy tenemos toda la tarde para nosotros, no tienes que trabajar. Disfrutemos. Tengo que recompensarte de alguna manera por curar mi corazón.

—No, David. Claro que me gusta, pero yo cuando soy feliz al lado de alguien me da igual estar debajo de un árbol con una manta y comer cualquier cosa.

—Ya sé que no eres ambiciosa, lo he podido ver. Es algo que me gusta de ti. Eres luchadora, nunca te das por vencida y eso me hace quererte más.

Ella lo pensó, pero creyó que ahora con dos copas de vino de por medio, lo podía hacer.
—David, en dos días nos tendremos que separar. ¿Qué pasará con nosotros si seguimos hasta el final?

—Yo nunca me he planteado dejar mi trabajo, me costó llegar y me quedan dos años de contrato, pero tengo que mirar muchas cosas. No sé por dónde empezar, pero volveré seguro. El tiempo no lo sé.

—Me atraes demasiado, y me va a costar. Yo por esto no quería abrir mi corazón de nuevo.

—Hablaremos todos los días, te mandaré fotos de todos los sitios donde vuele y mientras iré buscando la manera de volver aquí. ¿Madrid te gusta para vivir?

—Si me gustó el tiempo que estuve, pero no me gusta la ciudad para vivir, prefiero a las afueras donde haya algo de naturaleza. La ciudad me agobia, todo el mundo va muy rápido. Me gusta más la paz que sólo te puede aportar la naturaleza o el mar.

—Me gustaría pertenecer a tu vida y que tu pertenezcas a la mía. Siento que no me crees, pero es la realidad. No tengo ningún motivo para engañarte. Los platos que comieron tenían una gran variedad y estaban muy bien elaborados, las vistas que acompañaban la comida eran impresionantes. Aquel hombre no escatimo en ningún detalle para la primera cita con Isabel, las flores desprendían olor que embriagaba a cualquiera que los oliera, bajo la cascada había un chillout de madera con los cojines en tonos turquesas y blanco impolutos. Estaba reservado hasta las cinco de la tarde. Había una botella de champagne con una gran variedad de frutas. Allí se contaron mil cosas. Ella hablaba mucho más, pero para él escucharla era más que suficiente. Le contaba que el día que más se había reído en su vida, fue en Málaga con unas amigas que fueron a comprar unos caballos. Una de sus amigas había conocido un chico por una red social, y habían quedado para conocerse en persona. Le había dicho que era vigilante de seguridad y no era así, se encontraba internado en un psiquiátrico y tuvieron que hacer muchas maniobras para poderlo dejar de nuevo en el mismo sitio que lo habían recogido, además de haber pasado un miedo inmenso ante aquella situación. Él a pesar que había expresiones que no entendía muy bien de ella, tan sólo con mirarla a los ojos era capaz de sentir lo que ella quería decirle y las carcajadas inundaban la terraza en la que estaban. Cuando la veía reír así con aquella risa que se contagiaba con facilidad, no podía evitar reírse. Percibía su gran sentido del humor, él era más serio, pero la anécdota que le relataba en aquel momento, por su manera de contarla parecía tan real, que David sentía que la estaba viviendo junto a ella y sus amigas.

Ambos habían bebido vino en la comida y champagne con frutas en la tarde. Salieron de aquel lugar y un taxi los llevó de regreso al hotel. En el ascensor, él se acercó y le volvió a preguntar que sentía. Ella contestaba que estaba como flotando, que no estaba acostumbrada a beber y sentía que flotaba. Le dio un fuerte beso mientras la acorralaba con sus brazos, sus corazones latían demasiado rápido. Él fue a su habitación a tomar una ducha, le dijo que volvería en veinte minutos.

En la hora nunca fallaba, era muy puntual. Ella también tomó una ducha y se echó crema con olor a canela para nutrir su piel. Se puso una lencera rosa fucsia, se recogió el pelo y al momento llamaron a la puerta. Era David. Se abalanzó sobre ella:

—Sólo lo haré si tú quieres sentirlo también.

Ella lo besó y lo abrazó, mientras le susurraba al oído que la vida estaba hecha para los valientes. A él, el olor y la ternura que ella desprendía lo volvía loco por segundo. La dejó caer con mucho cuidado en la cama, y comenzó a besarla y fue bajando hasta sus pechos mientras ella le besaba sus hombros y el cuello. La desnudó con toda la templanza que pudo, mientras ella también lo desnudaba a él. Los ojos de él se volvían brillantes cuando ella se lo comía a besos y le acariciaba la espalda. Él no podía aguantar más y quería sentirla, ella también lo deseaba. El cabalgó sobre ella, después tomó las riendas ella sobre él. Terminaron dormidos uno encima del

otro. Habían sido demasiadas sensaciones las que se habían unido en un mismo día.

El primero en abrir los ojos fue él, la miraba mientras ella dormía de manera tan profunda, se le había caído la saliva por una de las comisuras de sus labios. Tras estar un rato observándola, ella abría los ojos también.
—Buenas tardes bebé, dormías muy profundamente y no quise despertarte.

—Pensé que el comandante más guapo de todo California se había ido después de hacerme el amor.

—No, no lo haré hasta la hora de coger mi vuelo. Estabas soñando, te escuché hablar mientras dormía.

—Sí, vivo los sueños muy de verdad, soñaba que iba andando por un campo lleno de girasoles.

—¿Te gustan los girasoles?
—Sí, ¿sabes por qué?
—No, dime.

—Porque cuando uno te mira ya te miran todos. Es la única flor que te miran todas a la vez. Además su leyenda es muy bonita.

—Cierto, nunca aprecié eso. ¿Cuál es su leyenda amor?

—Su nombre proviene de sol y flor, y su leyenda nace en la mitología griega. Dicen que una joven ninfa del agua llamada Clytie se enamoró del dios de la luz y el sol, Helios. Todos los días ella lo seguía con un amor tan fuerte que la hizo enfermar, se olvidó de comer y beber, pero él nunca le correspondió y los días pasaban. La ninfa poco a poco, comenzó a echar raíces hasta convertirse en una bella flor, que siempre estuvo mirando al sol para buscar una respuesta de su amor. De ahí que el girasol simbolice en algunas culturas la lealtad y la fidelidad infinita.

—Wow, que historia más bonita. No sabía. ¿Dónde aprendiste eso?
—David, me encanta leer, soy una devoradora de libros y en algún que otro me he encontrado con esta historia.
—Esa es mi chica. Una mujer culta y encantadora.

Ella le respondía con un fuerte abrazo a los halagos que le dedicaba. Ya la hora de la corrida había pasado, decidieron bañarse juntos y pasar encerrados en la habitación hasta el otro día. Isabel tendría que acudir de nuevo a su trabajo. Descubrieron sus gustos en la cama y aquella unión se reforzaba por momento. David era una persona con una gran capacidad y no pensaba en la despedida. Ella a veces si se entristecía pensando que en tan sólo un día, no podría ver los ojos verdes más bonitos y cariñosos que nunca la habían mirado.

Amanecía y ambos dormían de manera muy profunda. Estuvieron horas haciendo el amor y contándose vivencias de ambos, hablaron de mil cosas. A las nueve de la mañana sonaba el despertador de David. Ella estaba dormida en sus brazos, él estuvo un rato observándola y se dio cuenta que ella hoy tenía que estar a las once de la mañana en la plaza para hacer su trabajo. La despertó con besos y cosquillas. Ella era muy sensible y él escucharla reír de esa manera tan

divertida, lo hacía feliz, parecía una niña traviesa mientras reía a carcajadas, las cosquillas eran algo superior a ella.

—Amor, te has portado como un campeón esta noche.

—Me vas a avergonzar.
—Yo no podía esperar menos de ese cuerpo.

—Yo también lo pasé bien. Me gustó estar contigo.
—Yo creo que he recuperado la mitad de estos tres años que no hubo nada de sexo.

—No habrá sido para tanto, esto solo hizo empezar.

Él sonreía a las palabras de ella. La facilidad con la que hablaba de cualquier tema a él le hacía ver la vida más fácil. Él tras aquella conversación se puso triste mientras se colocaba la ropa de la tarde anterior para subir a su habitación a cambiarse. Ella le preguntó que le ocurría. Él no la quiso preocupar y le dijo que nada. Se habían estudiado mutuamente en las pocas horas que llevaban juntos, ella sabía que David era una persona muy hermética, pero tenía claro que poco a poco lo haría expresar todo lo que guardaba en su interior. Había temas que evitaba, le causaban dolor y los dejaba guardado dentro. Ese aspecto de él, a ella le causaba más ternura aún. Al momento, él bajó con toda su ropa recogida y la colocó en la habitación de ella. Isabel bromeaba.

—Ahora tengo un okupa en mi habitación. Pen- saré algo para echarlo o llamaré al gerente del hotel.

—Eso te será misión imposible. Bebé, quiero comer, estoy hambriento. Tengo que coger fuerzas para hoy.

—Eso está bien. El desgaste físico hay que reponerlo.

Ella lucía espléndida con un vestido vaquero de cuello camisero, un cinturón de lunares celeste y blanco con unas cuñas de espartos de plataforma que estilizaban su figura. Ella era amante de los lunares como buena andaluza. Estaba radiante. Aquella noche la había embellecido mucho más, el amor que estaba sintiendo le brotaba por los poros de la piel. Bajaron al comedor del hotel. David comenzaba con avena y leche, y terminaba con tostadas, jamón y aceite. Ella también probó algo dulce, y se decantó por comer tostadas con aceite y jamón, igual que él. Eran las diez y media de la mañana, y decidieron ir andando a la plaza. Él estuvo un tiempo en el gimnasio mientras ella leía la prensa de lo que había ocurrido el día anterior y preparaba sus anotaciones para la corrida de la noche. Tras concluir el sorteo, él la espero en la puerta grande de la Malagueta. Le dio un beso, la cogió de la mano y empezaron a caminar de nuevo hasta el hotel. Él decía que tenía mucho calor y le apetecía nadar. Se cambiaron de ropa, se colocaron los trajes de baños y se bajaron a la piscina del hotel. Jugaron en la piscina y luego se echaron en las tumbonas. Optaron por comer allí para no tener que salir del hotel y luego subieron a la habitación. Durmieron una siesta plácidamente después de hacer el amor, y aprovechar el tiempo que le quedaba a Isabel para volver a la plaza de nuevo. Llamó a Manuel, cogió su maletín y se dirigió a la plaza. Él la escuchaba hablar con su hijo y sus padres, y muy en el fondo, sentía celos de ella. Pero a la vez, sentía que era una madraza y adoraba a sus padres. En la conversación que mantuvo con su padre, él pudo percibir la gran conexión que tenían.

Ella se acercó a él con un vestido blanco con unas margaritas amarillas pintadas, la hacía lucir especial, le dio un beso y le dijo que descansará que cuando ella estuviera de vuelta tenía mucho trabajo por hacer. Él se reía y dejaba ver su dentadura impecable y perfecta. Le deseó suerte, a Isabel le extrañó, le aclaró que lo había aprendido el día que fue a la corrida, que todos se decían suerte. Ella abandonaba la habitación a las ocho de la tarde y se dirigía a la plaza para cumplir con su trabajo.

Esa tarde ella disfrutó mucho, Enrique Ponce cuajaba una faena histórica y ella lo podía contar. Ella era feliz haciendo radio, se olvidaba del mundo. El saber que la audiencia la escuchaba y respetaba sus opiniones, la impulsaba a no pensar en el agujero negro que había visto tan de cerca. Y por otro lado, estaba tocando el cielo junto aquel hombre que el destino le había dado para iniciar algo nuevo en su vida, no sabía dónde llegaría pero mientras lo disfrutaría de una forma muy intensa.

Tras terminar la corrida, acudió a la tertulia. Allí estaba David esperándola en uno de los asientos que había para los asistentes. Ella le guiñó el ojo y él le respondió con un beso y una sonrisa. Cuando estaba cerca de él Isabel se olvidaba del mundo, pero no podía perder su concentración para llevar a cabo la tertulia. Ese día había mucha gente de público, era la última corrida y una de las de más expectación. A la hora y media, los protagonistas se levantaban, Isabel se despedía de sus compañeros, dando las gracias a todos por contar con ella para la retransmisión de aquella feria y le dedicaba unas cálidas palabras al director de la emisora, por darle aquella oportunidad que había significado para ella mucho más de lo que nadie se podía imaginar.

Ella cogió su maletín y su bolso, y buscó a David entre la multitud de gente que había para saludar a los triunfadores de la tarde. Él le quitó el maletín de las manos y se lo llevó a la habitación.

—¿Bebé, tienes hambre?
—Sí, ¿tú también?
—Sí. Subimos esto, y cogemos algo para el frío.

Esta noche vuelve a hacer frio de nuevo. ¿Qué tal te fue?

—Pues bien, disfruté mucho. Siempre he sido muy seguidora de uno de los toreros de hoy. Se llama Enrique Ponce, es de Chiva, un pueblo de Va- lencia. Yo cuando estaba en el instituto ya llevaba su foto en las carpetas. Mis amigas me tomaban por loca porque entonces aún no era famoso. Siempre lo he admirado mucho y estuvo realmente bien con un toro muy complicado.

—Me alegro que disfrutes con lo que haces. Te quiero y me gusta verte feliz como ahora.

Ella estaba plena, pero sabía que al día siguiente por la mañana ya no la volverían a mirar aquellos ojos durante un tiempo o incluso nunca más. Ella preparaba su mente y su corazón para todo lo que pudiera venir.

Cogieron una chaqueta cada uno, y salieron del hotel. Cenaron junto al mar. Aquella era su última comida juntos. Él le dedicaba todas las caricias que Isabel nunca imaginó que pudiera recibir de nadie. Ella lo había estudiado, por su actitud, sus llamadas, sus redes sociales y había llegado a la conclusión, que luego él más tarde le confirmó.

—¿Bebé, sabes que pienso ahora?
—No sé, David, tal vez en la despedida.

—No es una despedida, es un hasta luego, volveré pronto aunque ahora no sepa por dónde empezar para venir aquí de nuevo.

—¿Dime qué pensabas?

—Pienso que eres lo único junto con mi padrino que le puedo agradecer a la vida. Y quiero que sepas que eres la única mujer en la que he confiado tras la muerte de mi mujer. Contigo todo es más fácil, yo me siento bien y te estoy mostrando mi verdadero yo. Estaré aquí para siempre, aunque mañana tengamos que estar un tiempo separado. Te prometo que volveré con todo preparado para hacer un hogar contigo y tener lo que siempre he soñado, mi propia familia.

—David, ya ves que en mi vida siempre he tratado con mucha gente, me he dado cuenta que has debido ser una persona solitaria, encerrada en ti mismo, e incluso antes de perder a tu mujer.

—Sí, amor. Así es.

—Pues las heridas para que se cierren hay que hablar de ellas, ¿Por qué has estado siempre encerrado en ti mismo?

—Bueno, de pequeño tenía que ser terco. Mi padrino trabajaba y decidió dejarme en la escuela. Allí otros chicos me acosaban por no tener padres y me tenía que defender. Después llegué a la universidad y tampoco me gustaba relacionarme con nadie. Pienso igual que tú, que la infancia es nuestros ci- mientos para ser feliz en la vida. Y ya cuando mi padrino me dijo que podía entrar en la Escuela de pilotos y lo logré, empecé a ver la vida de otra manera. Pero no fue nada fácil.

—Cariño, la vida nos aprieta a veces demasiado. Ninguno valoramos tener unos padres y sentirnos protegido hasta que no conocemos alguien que le faltaron. Mi padre tampoco tuvo madre, y si es verdad que a veces se le nota esa gran falta.

—Bueno, ahora lo que importa es que te he conocido, por casualidad, por el destino o por la naturaleza. Cada vez que viajo a sitios donde hay mucha naturaleza, que a mí me encanta, siempre intento visualizar mi sueño en ella.

—Yo vivo en plena naturaleza y he crecido en ella. Creo que es la mejor infancia que pueda tener un ser humano. Yo no puedo vivir sin ella.

—Eso me gusta. Cuando vuelva nuestro hogar estará cerca de ella.

Ella lo escuchaba hablar mientras cenaban y se preguntaba muchas cosas. Tenía claro que el tiempo sería el único que le daría respuestas a sus preguntas.

Pasearon cerca de la playa, él le intentaba dar calor abrazándola, hacía frío. Volvieron a su habitación, tenían que aprovechar su última noche. Hicieron el amor como si se tratara de la primera vez. Él era tierno en la cama, la trataba con tanta ternura que a ella la hacían enloquecer. Él la rodeaba con sus brazos, y durmieron toda la noche como dos niños. A las ocho de la

mañana vibro el teléfono de David, ella seguía dormida. Pero él aprovecho para mandarle a ella la foto de un girasol con un texto para desearle los buenos días. La besó, y la despertó con besos suaves en su rostro, en sus labios y en sus pechos y en todo su cuerpo. Ella abría los ojos y veía aquel hombre con aquella mirada tan bonita, que su instinto era ir en su busca, porque se había dado a querer en aquellos cuatro días de una manera muy intensa. Volvieron hacer el amor y se dieron una ducha. Estuvieron acostados hasta la hora de partir.

Sonó el móvil de Isabel, eran su hijo y sus padres. Tras acabar la conversación, vio un mensaje de WhatsApp de “Mi comandante”, así lo había grabado en su agenda. Era la foto de un girasol e iba acompañado con un texto.
He tenido la mejor de las suertes en conocerte. Hoy será un hasta luego, porque volveré por ti. Quiero y deseo que seas mi esposa. Es un poco pronto para todo esto, pero nunca lo tuve tan claro. No quiero una despedida triste. Piensa que sólo ha sido un comienzo. Este será el primer girasol de muchos. Buenos días bebé, te quiero.

Ella leía el mensaje en los brazos de él y se volvió para darle un beso. Ya llegaba la hora de recoger sus cosas e ir al aeropuerto. David quería llegar un poco antes para hacer unas gestiones. Isabel cogió su coche, metieron sus maletas y se trasladaron hasta allí. Él le dio un regalo a Isabel para su hijo, le regaló un polo color verde esperanza de una marca muy conocida y un bote de perfume para niños que olía muy bien. Mientras ella buscaba aparcamiento, el aprovechó para comprar esos detalles para Manuel. Isabel le dio las gracias por todo y un fuerte beso. Su vuelo tardaría algunas horas en llegar a San Diego y la llamaría en cuanto tocará tierra. Se dieron un beso y un abrazo que duro mucho, él le agradecía por haber aparecido en su vida. Ella se despidió de él sin mirar atrás, le había prometido que no se pondría triste para que él tampoco lo hiciera. Un fuerte apretón de manos fue el último gesto de cariño antes de la partida del comandante.

Isabel en dos horas llegaría a su casa junto a sus padres y su hijo, con más fuerza que nunca, tras haber vivido aquellos cuatros días tan intensos, tanto a nivel personal como profesional.

Capítulo VI

Era un martes muy caluroso, Isabel aguardaba el mensaje de David. Y a última hora de la tarde le llegaba la foto de un campo de girasoles. Tenían de diferencia horaria nueve horas. Él la llamó, tras el mensaje y le dijo que iba camino a casa y necesitaba dormir. Ella le contestó que estaba con Manuel en la piscina. A David le enamoró la sonrisa de aquel niño al verlo en la pequeña pantalla de su móvil, era como ver la de su madre. Manuel le decía su nombre y le comentaba que su mamá le había dicho que conducía aviones, que si algún día lo llevaría a él. David sentía impotencia al no poder estar cerca de ellos. Le respondió al pequeño que sería un placer poder llevarlo para que conociera la sensación tan increíble que causa volar. Manuel le aclaró que también tendría que llevar a todas sus novias. El piloto en un principio no entendió, después le explicó su madre, y le causó una gran carcajada. Veía que había heredado la facilidad de palabra de su mamá, además de un gran parecido físico. También preguntaba su edad, le llamaba la atención que tan pequeño pensara ya en eso. Isabel ya le había advertido que era como un hombre en pequeño, y que el regalo le había hecho muchísima ilusión, sobre todo el bote de perfume, era un apasionado de ellos desde que empezó a tener uso de razón, nunca salía sin perfumarse. También le gustaba la ropa y los complementos, pero los perfumes y los relojes eran sus favoritos. Su madre le obligó a darle las gracias al comandante por su regalo.

Isabel se alejó del pequeño y estuvo unos minutos hablando con él. Recordaban momentos que habían vivido, y se reían de cosas que sólo quedarían para ellos. Ella le decía que tenía una voz preciosa a través del teléfono, tardaban mucho en despedirse, les costaba mucho separarse aunque fuera en la pequeña pantalla.

Los días eran así desde aquel martes, un mensaje en la mañana con la foto de un girasol acompañado de unos buenos días mi reina. Se estaba acostumbrando a eso, y le faltaba el aire la mañana que él volaba a algún lugar y no recibía nada hasta que el comandante llegaba a su destino.

Aquel sería un verano dulce pero también muy amargo. Isabel perdía su otra mitad, su padre. Una mañana de septiembre muy temprano llegaba un familiar cercano con la noticia que su padre se había marchado para siempre. Su desgarro en el pecho fue desolador. Se quedó vacía, ahora su bastón de apoyo se había marchado. Fueron unos días muy duros. Tras la misa, la incineración y la gran cantidad de gente que les había acompañado en aquellos duros momentos, llegaba el momento de liberar el alma de su padre. Donde él lo había pedido, junto a los toros bravos, con una plaza de tientas muy cerca y donde siempre estaría algún que otro amigo cerca. Allí tuvo los mejores recuerdos de su paso por la vida. Así se hizo. Fue un momento muy duro para ella y la familia, pero eran conscientes que su padre era un gran amante de la naturaleza y allí encontraría la paz que se merecía. Había sembrado mucho en su paso por la tierra y ahora iría al sitio donde descansan las buenas personas. Ya se acababan esas charlas intensas mientras veían las corridas, esas pequeñas discusiones porque consentía demasiado a Manuel. Para su nieto fue un duro golpe perder a su abuelo. Pero Isabel ahora tenía que proteger a su hijo y a su madre, había sido una promesa que le hizo a su padre cuando se enteró de su partida. Sabía que su padre se sentiría muy orgulloso de ella viendo como sacaba a su hijo adelante y cuidaba de su madre junto a sus

hermanos. Para su madre también fue un duro golpe, llevaban más de cincuenta años juntos y a pesar de discutir mucho no podían pasar uno sin el otro. Pero era cierto que para Isabel empezaba una vida más vacía, había vivido junto a su padre tantos momentos, que esos recuerdos eran los que la hacían poder dar un poco sentido al hueco tan grande que se había hecho en su pecho.

Pasaban los días y los recuerdos junto a su pro - genitor de sus paseos a caballos, sus viajes por toda la geografía española y parte de la francesa, sus anécdotas tan geniales marcadas por su brutalidad, y eso la hacía conformarse con el duro golpe que había tenido que sufrir sin esperarlo. David había estado con ella en todo momento. Nadie sabía nada de aquel amor que vivía en silencio. Solo su amiga Bianka. Él se encontraba en Abu Dhabi cuando ella con el corazón partido le hizo una llamada y le contó lo que había ocurrido. David se quedó un poco desolado de no poderla acompañar en aquellos momentos tan duros. Él permaneció allí tres días y en todo momento la estuvo apoyando y mostrándole su protección. David era muy creyente y le gustaba ir a la iglesia a agradecer y pedir por sus seres queridos, y así lo hizo nada más terminar la llamada. Él era un hombre muy inteligente y astuto, en el corto tiempo que estuvo al lado de Isabel pudo comprobar que ella tenía una conexión más que especial con su padre, se denotaba en sus conversaciones y ahora entendía que era un golpe muy fuerte para ella.

Isabel durante los primeros, la tristeza se la comía por dentro aunque no la expresara demasiado en su exterior, pero una vez ya había tocado fondo y no lo volvería hacer. Ahora era tiempo de reflexión, y enfocarse en luchar por su hijo y cuidar de su madre, ella la necesitaba. Tenía que hacer algo de lo cual su padre se sintiera orgulloso y a ella le diera una estabilidad económica y profesional que hasta ahora no tenía. David era conocedor, de que a ella le preocupaba mucho su horizonte profesional y sabía que saldría adelante, y a veces le insinuaba ofrecerle ayuda económica, algo que ella rechazaba de inmediato. En multitud de ocasiones le repetía que los objetivos no llegaban hasta que no se tocaba fondo, quería seguir teniendo necesidad, eso provocaría que llegará el triunfo que visualizaba cada noche antes de dormir, ya era hora de poner todo en orden para alcanzar la recompensa.

Desde hacía años venía haciendo algunas ventas inmobiliarias con su compañero, pero sin tener nada organizado. Comenzaron creando una página web enfocada para inversores. Habían conseguido hacer pequeñas ventas y posteriores reventas para algunos inversores que comenzaban a confiar en ellos. Ambos tenían una gran cartera de contactos. Ya habían llegado a la venta en seis cifras y luchaban por conseguir más. Su compañero era una gran persona, la apoyaba en todo y ella tenía claro que aquella sociedad duraría por mucho tiempo, debido a que primaba la transparencia por ambas partes.

Con David hablaba a diario, era algo que seguía llevándolo en silencio. Los duros golpes le habían enseñado que la alegría que decía mostrar la gente por las cosas buenas que podían ocurrirle era falsa, por lo tanto su felicidad era suya y nadie tenía porqué saber nada, hasta que el comandante no regresara a España de nuevo. Ella tenía claro que él no podía incumplir su contrato, le quedaban dos años, si no había ningún cambio, David no se instalaría en su país de nacimiento hasta entonces. Sabían que hablaba con un chico, pero nadie sabía de quién se trataba excepto sus dos amigas íntimas. Él le seguía alegrando las mañanas con imágenes de girasoles y unos buenos días acompañados de textos que le llegaban al alma.

La sociedad creada con su compañero avanzaba cada día, consiguiendo contactos cada vez de

mayor importancia. Ella tenía claro que quería tener plena libertad para llevar a su hijo al colegio y acompañarlo en gran parte de su día a día, sin tener un horario estipulado por nadie. Una infancia feliz para su hijo era su prioridad, y para ello la presencia a su lado era vital.

Los días pasaban y las ventas que hacían iban destinadas a cubrir gastos, así pasaron meses. Tanto Isabel como su socio tenían claro que andar con fuego significaba quemarte, y estaban muy cerca de arreglar sus respectivas situaciones. Ya había pasado un año de trabajo intenso, y volvían al verano de nuevo. Era una estación mala para los inmobiliarios, pero tendrían una buena noticia. Ella iba para la playa con su pequeño, Manuel quería que su madre estuviera siempre a su lado cuando estaba con su progenitor, él estaba acostumbrado a ella y eso lo hacía feliz, Isabel no se lo podía negar, aunque no se sintiera cómoda tras el enfrentamiento sufrido en Málaga, Salvador optó por no tomar medidas legales. Desde la muerte de su abuelo, Manuel tenía miedo a no volver a ver a su madre si estaba mucho tiempo ausente. Ella lo acompañaba cuando iba a estar con su papá, Salvador no hacía mención a nada, sólo se limitaba a jugar el mayor tiempo posible con su pequeño, pero sólo tenía que mirar a Isabel a los ojos para saber que tenía el corazón ocupado de nuevo. En el fondo se alegraba, ella se merecía alguien que le diera estabilidad y una buena vida, sobre todo que no le fallara como había hecho él, era una mujer luchadora al máximo. Él sabía que triunfaría tarde o temprano. En un principio cuando la escuchaba hablar con los clientes se lo tomaba a broma, hablaban de grandes sumas de dinero. Ella se alejaba para mantener sus conversaciones más en privado, pero él ponía el oído para enterarse. Su hijo siempre iba muy bien vestido, y él tenía muy claro que no estaba estando a la altura como padre, pero quizás por la seguridad que le daba Isabel. Ella era capaz de sacar conejos de una chistera en caso que su hijo lo necesitara.

Estaba sentada en la orilla, cuando sonó su móvil. Era una de sus clientes.
—Hola, Isabel, ¿Qué tal estás? Soy Lola, te llamo para comentarte que me han llamado del banco que la operación está aprobada y firmamos mañana. Nos vemos esta tarde en el despacho de mi abogada a las cuatro.

—Muchas gracias por avisarme, Lola. A las cuatro estaré allí.

Recogió todo y se volvió de la playa con su pequeño. No daba crédito. Con lágrimas en los ojos la primera llamada fue para su compañero de batalla. Tenían que preparar la factura y avisar en su entidad que mañana recibirían una transferencia considerable. Su socio le daba las gracias y le reconocía el gran esfuerzo que había tenido con esos clientes, eran gente muy seria pero no fácil de encontrarle un producto, pero su tesón y su inteligencia, además de sus contactos, hicieron posible que se firmará aquella operación. La segunda llamada fue para su madre. Su madre se mostró muy poco receptiva, ya habían fallado operaciones y aquello no lo veía claro, no era habitual firmar en pleno julio una opera- ción de tal calibre.

La última llamada fue para David que había llegado de un vuelo de Texas hacía solo unas horas. Él se sentía muy orgulloso de ella, nunca había encontrado una mujer tan luchadora, nunca se rendía. Él estaba en su casa dormido cuando ella lo despertó. Él vio en su teléfono *"My love"* y descolgó enseguida. Isabel con mucho entusiasmo le hacía llegar la noticia. Él se alegraba mucho por su triunfo y le transmitía su más sincera enhorabuena. Ahora entendía porque llevaba días distantes. Él pensó que era porque la distancia ya hacía daño en la relación tan bonita que vivían. Le hacía ver al comandante que había dado un paso muy importante, y ahora era el momento

para que se sucedieran más triunfos detrás de aquel. Su esfuerzo empezaba a generar las recompensas que con tantas ansias había buscado. Y así fue. Tras aquella venta, le siguieron otras muchas que le permitieron ir consolidando su marca y a ellos mismos como excelentes profesionales. Aquel triunfo se lo dedicaba a su padre y sentía en el alma no haberlo podido compartir con él. Le venían tantos consejos y aquel símil que tanto le repetía para que no desistiera de sus objetivos:— Isabel tantas veces va el cántaro a la fuente, que al final termina rompiéndose.

El amor que nació en Málaga entre Isabel y aquel piloto había resistido ya el año y algunos meses. Todos los días se hablaban y nunca agotaban sus conversaciones, siempre tenían algo que contarse. David era un inepto en la cocina, Isabel era algo que le apasionaba y así se lo había hecho saber, por lo que quiso que le transmitiera consejos y recetas para que él las pudiera hacer. Uno de esos días en los que el comandante había dormido toda la noche, tras llegar a casa de un vuelo a Roma, se levantó con un hambre espantosa. Ella le daba consejos como si de su madre se tratara, era una mujer con mucho instinto maternal. Le decía que no podía comer tanta comida rápida y comer en la calle todos los días no era saludable.

—Amor, quiero comer.
—¿Qué te apetece?
—Fideos disparados.
—¿Cómo?

Isabel se le veía la última muela en sus carcajadas mientras miraba el móvil y veía escrito “fideos disparados”. Lo metió en internet y no encontró ninguna receta que dijera fideos disparados. Ella se le ocurrió enviarle una foto de un plato de sopa de fideos que había dejado Manuel la noche anterior.

—No, amor, eso no es.
—Entonces me explicas. ¿Pueden ser pastas?

Ella acudió al armario y le enseñó un bote de cristal con espaguetis y otro con macarrones.
—Sí, eso pero sin sopa.

—Ok.

Le indicó los ingredientes que necesitaba para hacer el plato de “fideos disparados” como él lo de- nominaba, que no era otra cosa que espaguetis con verduras, carne y soja. Isabel pensó que a lo mejor mediante una videollamada sería más fácil, pero existía un problema, David no entendía algunos de los nombres de los ingredientes, y terminó porque lo mejor sería explicarle paso a paso a través de audios la receta. Ella se reía de ella misma, al escucharse hablar en inglés con ese acento andaluz tan acentuado que tenía. David tampoco podía contener la risa, le decía que le encantaba escucharla y que la entendía. No aparecía en línea, Isabel pensó que estaría haciendo la pasta y a los diez minutos él le contestaba:

—Amor los quemé, me concentro y lo intento de nuevo. Tengo que hacerlo, estoy hambriento.

Tras un cuarto de hora, ella recibía una foto de los fideos disparados. Ella se sintió impotente de no estar cerca y poderlo ayudar, los fideos no tenían buena pinta pero a él le sirvieron para

satisfacer su estómago. Estos detalles los unían aún más sin ellos ser conscientes, se reían juntos y compartían en la distancia. Se acostumbraban uno al otro, día tras día. Isabel sabía respetar sus tiempos, al igual que él los de ella. Sabían consentirse aunque sólo fuera mediante palabras e imágenes, y sobre todo no paraban de soñar con una vida juntos. Esos sueños era lo que mantenía aquella relación en pie, además de un fuerte sentimiento que había crecido de manera muy rápida.

El comandante seguía con aquella costumbre de enviarle a Isabel cada mañana la imagen de un girasol con un texto que le daba fuerza para seguir caminando por la vida a pesar de no tenerlo cerca. Los meses pasaban muy rápidos, David transmitía a Isabel la idea de irse a vivir a España, tenía que buscar la manera de poder trabajar aquí pero no era tarea fácil, tenía un contrato que le quedaba algunos meses para concluir, él cada día le costaba más estar sin ella. Ponía en una balanza su trabajo y cómo sería la vida con aquella mujer que le había abierto el corazón de nuevo y no sabía qué camino tomar para llegar a España y conseguir un trabajo. Cuando él se lo planteaba, ella siempre le aconsejaba que no tirara por la borda lo que tanto le había costado conseguir. Llevaba en esa compañía años, le había costado mucho llegar a comandante y ahora no debía abandonar, aquí tendría que empezar de cero. Ella tenía claro que no podía irse a vivir con él, porque no se perdonaría separar a su hijo de su padre, no podría ser feliz nunca pensando en ello y le terminaría afectando a su relación.

David le daba vueltas cada mañana cómo hacerlo y buscaba opiniones de compañeros, y dónde acudir para prepararlo todo una vez que cumpliera su contrato. Se pasaba horas en internet buscando alguna solución a su problema. Se había convertido en su prioridad, volver a España junto a ella y encontrar la manera de crear ese hogar que tanto añoraba. Isabel seguía con su batalla cada día, con sus ventas y sus negocios para que su hijo tuviera las necesidades cubiertas, ése era su principal objetivo. Luchaba a diario en la calle por seguir ampliando su cartera de inversores, la economía pasaba por muy buen momento y Sevilla era apetecible para inversiones extranjeras. Junto con su compañero sus ventas y relaciones comerciales iban viento en popa. Ella le contaba a David todo lo que hacía en el día, sus logros y triunfos, mientras el comandante le enviaba fotos de los lugares por los que pasaba en sus vuelos. Había países muy complicados por el idioma y costumbres, pero él nunca se quejaba. Le apasionaba pasear entre las nubes, y como él siempre decía, le hacía feliz llevar a los viajeros a un lugar seguro.

Capítulo VII

Llegaban las fiestas navideñas, para Isabel eran tristes, era el segundo año de la partida de su padre. A Manuel le encantaban, pero su mamá tendría que soportar también la ausencia de su otra mitad, del hombre que más había querido en unas fechas muy señaladas. Serían unas navidades muy amargas. Ella le preguntaba a David que cómo pasaría las fiestas, él siempre le decía que con su padrino tranquilo, y algunos días trabajando para algunos compañeros que les habían pedido el favor.

Era el mes de noviembre y ella comenzaba a comprar sus regalos y a planear adornos, todo lo hacía con la única intención de que Manuel sintiera menos la ausencia que tenían que soportar y le fuera más fácil en unas fechas tan familiares. El niño no expresaba demasiado pero recordaba a su abuelo en exceso, la pediatra le había hecho saber a su madre que era su período de duelo y el tiempo sería el único que le ayudaría a vivir sin la presencia de aquel hombre de mirada clara que le había consentido todo desde que había comenzado a dar sus primeros pasos.
Cuando llegó el mes de diciembre, era una tradición familiar colocar el nacimiento y el árbol en el puente de la Inmaculada. Colocaron un árbol muy bonito, con adornos rojos en forma de cerezas, y con unas luces en tonos blancos que durante la noche iluminaba toda la parte exterior de la casa, y una gran estrella de guía que lucía en la parte superior, con letras que decían felicidades y unas campanitas muy coquetas. El árbol estaba escoltado por dos grandes renos de mimbres en color blanco, con unos lazos al cuello en color rojo de terciopelo. Era una navidad con adornos, pero con un espíritu triste que inundaba toda la casa y su exterior. Siempre había habido mucha alegría, su padre era una persona muy familiar a pesar de haber crecido huérfano de madre. Había un día en el que todos se reunían, este año, era el segundo en el que no había motivo alguno para hacerlo.

Isabel hablaba con David, y notaba que le ocultaba algo pero no sabía que podía estar pasando, pero algo le ocultaba. David podía llegar a ser muy hermético cuando se lo proponía, y ella no insistió. Ya por su cabeza pasaba de todo, otra chica o una nueva ilusión por algo. El día 23 de diciembre recibió una llamada de él.

—Hola, amor. ¿Qué haces?
—Estoy en el centro de Sevilla en un Hotel con unos clientes. ¿Y tú?

—En un centro comercial comprando algunos regalos de navidad para mi padrino y vosotros. ¿Cuándo vuelves a casa?

—No sé, pensaba comprar algunas cosas y quedarme por aquí por el centro. Pero hay mucha gente y me agobio un poco.
—Ah, ¿Qué talla de camisa le viene bien a Manuel?

—Pues depende pero a las siete u ocho le pue - de ir bien. Está grande. Pero no gastes demasiado, ellos crecen muy rápido.

—¿Bebé, a qué hora habrás terminado? —Sobre la una, pero salir de aquí del lado de la catedral

es bien complicado.
—¿Estás al lado de la catedral?
—Sí, es un hotel muy famoso. Tiene el nombre del rey Alfonso XIII.
—¿Y qué haces ahí?

—Estamos terminando la reunión para la venta de un edificio a inversores extranjeros y cogen el vuelo a las cinco de la tarde. Queremos dejar la venta señalizada pero han surgido algunos problemas. Haber si somos capaces de encontrar una solución.

—Ok. Seguro que todo sale bien. Pues cuídate y ten cuidado en tu vuelta. Si es que te dejan volver. Besos bebé.

A ella no le dio tiempo contestar cuando él ya había colgado la llamada. Le sonaba muy extraño, la expresión “si te dejan volver”. Se despidió de los inversores y de su compañero en la puerta del hotel. Se dispuso a andar hacía el parking y se sentía observada, mientras pensaba en la manera en que David había terminado aquella llamada. Miraba hacia atrás y no veía nada entre tanta gente. Le sonó su móvil. Era un mensaje de WhatsApp de David junto a la imagen de un gran girasol radiante con forma de espiral acompañado de un texto.
Estoy más cerca que nunca de la mujer que me ha hecho sentir de nuevo. Es la princesa que más luce entre todo éste tumulto de gente. Me vuelve loco verte andar así delante de mí. Te quiero.

Al texto le acompañaba unos emoticonos pensando y le enviaba besos. Ella se paraba y miraba a su alrededor. Pensó en contestarle, pero decidió seguir. No quería hacerse ilusiones pero tenía una sensación extraña, y sus intuiciones nunca le fallaban. Cuando iba acercándose por la avenida de la Constitución, una de las calles más transitadas en Sevilla, sintió que alguien la cogía de la mano entre aquel hervidero de gente. Ella miró hacia atrás. No se lo podía creer, era su comandante. Él soltó su equipaje en el suelo y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Me ha costado guardarte este secreto, pero lo he conseguido. Este año no estará tu papá contigo, pero sí tu comandante para protegerte y cuidarte. Haré que está Navidad sea muy especial para ti a pesar de su ausencia.

Ella se lo comía a besos, no se podía creer tenerlo tan cerca. Se apartaron de aquella multitud y en los escalones que dan acceso a una de las puertas de la catedral se pasaron un buen rato entre besos y abrazos. Ella lo tocaba y lo abrazaba, no se lo llegaba a creer.

—Mi comandante, esto si es un buen regalo de Navidad.
—Saqué el billete hace algunos meses, entendí que estas vacaciones las tenía que pasar contigo.

—Te he echado tanto de menos.
—Yo más, te quiero con mi alma. Eres especial. Y ahora toca disfrutar de estos días. A mí estas fiestas nunca me han gustado pero contigo he encontrado esa ilusión que nunca tuve, tras la muerte de mis padres. He soñado con este momento todas las noches. Amor he reservado un apartamento para estos días, creí que era mejor idea para no incomodarte en la casa de tus padres.

—Gracias mi comandante, la verdad que Manuel tendrá que conocerte y mi familia también. Ya después todo será más fácil. ¿Dónde está ese apartamento?

—Me dicen zona de Torneo, he cogido con parking, he alquilado un coche para no molestarte demasiado.

—Pero mi comandante provocador nunca me molesta, y tengo que enseñarte mi ciudad.
—Es preciosa, lo poco que he visto me ha gustado mucho. La gente es alegre y te mira con una ilusión diferente a otros países. Todo el mundo sonríe y te habla sin conocerte.

—Si te va a gustar. A pesar de que hayas visto muchos lugares del mundo, Sevilla te enamorará.
—Ya me ha robado el corazón una sevillana, por eso me quedaré en cuanto pueda en este lugar.
—Ojalá pronto estés aquí para siempre.

—Poco a poco, todo llegará. Vamos a disfrutar estos días y ya luego se darán otros pasos más adelante.

—Vamos para el apartamento para que dejes esas bolsas y la maleta, y si quieres descansar. —Ok. Descansaré después de hacerte el amor. —Eso no lo dudes, tienes mucho trabajo atrasado.

David se sonreía, la cogió de su mano y anduvieron hasta encontrar el coche de ella que se encontraba estacionado en un parking cercano. Él lucía unos pantalones vaqueros color negro, rotos por las rodillas, una camiseta blanca y un chaleco gris con cuello de pico y unas coderas marrones, con unas gafas de sol de aviador y una bufanda color gris claro en su cuello. Con una mano agarraba a Isabel y con la otra tiraba de la maleta, las bolsas las llevaba ella.

Llegaron al apartamento. Tenía unos 50 metros, con una pequeña cocina, una sala de estar con un sofá y una televisión en el frente y una habitación con el baño dentro. Todo tenía tonos cálidos, decorado con tonos verde agua y blanco, donde se combinaban una gran variedad de esa tonalidad, dando una sensación de paz y calma. La limpieza era sublime. La habitación tenía una pequeña terraza con unas vistas increíbles que se accedía desde el dormitorio. Se podía ver gran parte del tramo del río Guadalquivir y algunos de sus puentes. David le dijo que le había encargado a su compañía que le reservaran el apartamento y creía haber acertado, parecía un sitio muy acogedor.

Nada más llegar Isabel lo inspeccionó todo, curiosamente ella había estado en aquel edificio para su venta, pero no lo había conseguido venderlo debido al precio que era demasiado elevado. Aquella habitación no había podido ser visitada por sus clientes al encontrarse ocupada en el momento que hicieron la visita.

Al comandante le apetecía darse una ducha, llevaba muchas horas de vuelo y quería ducharse. David dejo la maleta sobre la cama, sacó algo de ropa y comenzó a desnudarse. Isabel se encontraba en la terraza atendiendo una llamada, él le hizo señas con los ojos a través del cristal que los separaba y le dijo que la esperaba en el baño. Ella cortó la comunicación y se fue directa a la ducha, allí estaba su comandante metido en la bañera llena de agua caliente esperándola, ella se desnudó y se metió con él en la bañera que era bastante grande, hicieron el amor con mucha pasión, los besos y las caricias eran constantes. Por fin aquellas conversaciones que habían tenido durante muchas noches la pudieron poner en práctica, Isabel se sonreía y a él le alegraba verla feliz, ella había sufrido mucho, y aquella cura era de manera mutua.

De la bañera pasaron a la cama. Allí estuvieron horas, contándose vivencias de ambos y a veces

los invadía el silencio. Ella se levantó y corrió las cortinas, empezaba a oscurecer y se veía el Guadalquivir iluminado, y para ellos el mundo se había parado. Isabel en ocasiones se reía de él, porque le costaba detectar el humor andaluz. Él le decía que le había ocurrido igual que su papá. Su padre se había marchado a New York siendo muy joven y volvió por trabajo a su Málaga natal, se casó con una malagueña que siempre bromeaba con él por no ser capaz de pronunciar correctamente el español. La historia se repetía. Isabel cuando estaba junto a él, el tiempo volaba a su lado.

Salieron sobre las ocho de la tarde del apartamento y pasearon por el centro de la ciudad. David se había enamorado de aquella ciudad en cuestión de horas, ahora entendía porque muchos pasajeros a los que había llevado a su destino, le hacían mención a Sevilla como una ciudad especial y diferente. Era su olor, la alegría y amabilidad de su gente y sus calles, eso unido a que era la ciudad que había visto nacer a la mujer que se había vuelta indispensable en su vida. Era un cúmulo de cosas lo que hacía que todo fuera como una especie de magia, que lo había envuelto para siempre.

—David ¿Te gusta lo que ves?
—Me he enamorado de tu ciudad, quiero vivir y morir aquí.
—¿Cómo lo harás? ¿Y tú contrato?

—Buscaré alguna manera de encontrar algo aquí. No sé cuándo lo conseguiré pero ahora tengo que cumplir con mi contrato en la compañía que estoy, sino la penalización será muy grande. Pero lo conseguiré. Espero que muy pronto te pueda dar otra sorpresa como la de hoy, y ya sea para nunca más marcharme.

—Sería algo que me haría muy feliz.

Entraron en un restaurante cercano a la plaza de Toros de Sevilla, donde lo presidían dos cabezas de toros lidiadas en La Maestranza. Había infinidad de fotos, todas instantáneas taurinas, acompañadas de otras con caballos españoles de diferentes yeguadas andaluzas. David se sorprendía como Isabel era capaz de conocer a todos los toreros sin ver su rostro.

Allí tomaron unas tapas, el comandante solía decir que sentía como un orgasmo cuando deleitaba la gastronomía de su tierra, era algo que a Isabel le causaba mucha risa por la forma en qué lo expresaba. A veces decía que antes de probar algunos platos andaluces pensaba que su gran pasión era volar, hasta que los degustó en su viaje a Málaga. En ningún lugar del mundo por los que había pasado, había disfrutado tanto con la comida. Él era gran amante de las verduras y las frutas. El cerdo no lo comía, decía que no le gustaba. Ella pidió una tostada de pueblo como la denominaban en aquel sitio, con salmorejo, jamón, huevo duro y un chorreón de aceite de oliva encima. Él tenía hambre, había desgastado mucha energía en la tarde y en su viaje no había comido nada bien. El camarero colocó el plató con la tostada encima de la mesa, venía cortada en trozos individuales. Él sin pensar en el cerdo cogió un trozo, su expresión muy fue:—Oh, dios. Ella no le dijo de qué era aquella carne, le quiso hacer otra prueba y pidió una ración de carrillada. El comandante le preguntó qué era aquello y ella le dijo carne de res para que él lo entendiera mejor. Él volvió a soltar la misma expresión mientras acompañaba aquel bocado con un trozo de pan, el pan era algo que tampoco solía comer, pero al de aquí no se podía resistir. Tras terminar la comida Isabel le dijo que la tostada tenía jamón del cerdo y la carne también era

cerdo. Él contestó que no se lo podía creer, que el hambre era el culpable de haberlo comido. Ella le confesó que le seguiría haciendo pruebas, a lo que él respondía que no se había podido resistir a aquellos platos por la presentación y el colorido, además durante el vuelo había comido muy poco. Ella sonrió, se colocó a la altura de su mejilla empinándose y le dio un beso. Llegaron de nuevo a la habitación. Los dos permanecieron durante un largo rato en la terraza disfrutando de unas vistas increíbles, a pesar de hacer frío, él la apretaba sobre su pecho para darle calor. Ella se volvía a casa y le dijo que al día siguiente tenía que volver a Sevilla a dejar una documentación en una entidad bancaria y después se pasaría a recogerlo al edificio.

Llegó a su casa con una sonrisa de oreja a oreja. Le contó a su madre que había venido un amigo a pasar las navidades a Sevilla, y sería un invitado más a la cena del día de Navidad y Nochevieja, estaría hasta primero de enero. Su madre le dijo que tuviera cuidado y que disfrutará, pero si se planteaba algo más serio tuviera en cuenta el bienestar de Manuel. Ella no le dio demasiada importancia, pero su madre sabía que ella estaba enamorada de él y que ese hombre la hacía más que feliz, sentía mucha curiosidad por conocerlo.

Al día siguiente Isabel acudió muy temprano a dejar la documentación de un interesado en uno de los edificios que tenían a la venta, acompañó a un tasador al centro a tasar un hostel que los clientes ya habían señalado y ahí concluyó su trabajo. Le contó a su compañero que había venido un amigo muy especial a pasar aquí la navidad, y él dijo que no se preocupara que él se encargaría de todo los asuntos que estaban pendientes, que ella disfrutara al máximo. Ella se lo agradeció con: — Gracias por todo.

Su socio y en muchos casos su confidente, pudo ver la gran felicidad que vivía su compañera en ese momento, por lo que se alegraba profundamente. Llevaban ya varios años trabajando juntos y todo lo que ahora tenían había sido edificado por la lucha incansable de ambos. No había resultado fácil, y ahora estaban recogiendo la siembra de varios años atrás.

Isabel llegó al apartamento donde se hospedaba el comandante. Llamó a la puerta y él con los ojos pegados le dio un beso en la mejilla, la cogió de la mano y se la llevó a la cama, donde hicieron el amor de nuevo con un sol radiante de testigo que entraba por la cristalera de la terraza. Él la envolvía en ternura, algo que ella le agradecía con besos por todos los rincones de su cuerpo. Se dieron una ducha y salieron a desayunar. Él lucía un pantalón vaquero, con una camisa celeste de cuadros y una cazadora azul marino de lana.

—Amor, yo tomo copos de avena con leche ¿Dónde lo podemos encontrar?
Entre risas:

—Señor comandante, aquí se toma tostada con tomate y aceite de oliva, churros, croissant, cualquier cosa, pero copos de avena será un poco complicado que te los sirvan. Creo que lo ideal sería ir a un supermercado, comprarlo y que lo tengas en tu apartamento.

—Todo lo entendí. Pero ¿Churros? ¿Qué es eso?

—Es una masa de harina, agua y sal frita. Están muy buenos cuando están bien hechos. Aquí se toman para desayunar o merendar y se acompaña con una taza de chocolate caliente. Tienen infinidad de nombres, en Madrid le llaman “porras”, en otros lugares “calientes”. Pero están muy buenos los pro- baremos en estos días.

—Ok, me parece bien. Pero también comprare - mos avena y leche para yo tener en el apartamento. Así en la mañana podré tomarlo antes de salir a la calle.

Tras el desayuno, el comandante quedó muy satisfecho con la tostada junto a un gran vaso de leche y una jarra de zumo de naranja. David decía que aquí todo sabía diferente y mejor que en otros lugares del mundo. Ella le mencionaba que todo sabía mejor porque lo tomaba en compañía y espetaba una sonrisa. Él le guiñó el ojo y le dio un beso en la frente. Salieron paseando y visitaron la catedral, la Giralda, la plaza de España y el parque de María Luisa lo reservaron para ir acompañados por Manuel. David estaba impresionado con lo que veía, todo tenía un color muy especial, que nunca antes le había pasado cuando había viajado a otros lugares. Le confesó que se había enamorado de lo poco que había visto de Andalucía. Ella seguiría mostrándole lugares durante el resto de las vacaciones, no sólo de la capital sino de pueblos cercanos, que tenían gran belleza.

Fue una mañana intensa. En la tarde fueron a realizar las últimas compras que a Isabel le faltaban y David quiso comprar algunos detalles para los sobrinos de ella. Quería ser aceptado por la que sería su futura familia y se cargó de regalos para todos. A su superhéroe, como él solía llamar al hijo de Isabel debido a la cantidad de veces que lo había visto disfrazado de diferentes personajes con súper poderes, le traía ya algunos regalos que había comprado en diversas ciudades a las que había volado. Tampoco se olvidó de la mamá de Isabel, una señora muy presumida y coqueta para su edad. Quería causar una buena impresión a todos, también compró dos botellas de vino y una empanada de atún para aportar algo en la cena.

Se fueron al apartamento, David estaba un poco nervioso al tenerse que enfrentar a una familia desconocida, pero era un ser que canalizaba muy bien las emociones, por lo que había sufrido en la vida y a su profesión, ambas cosas le había dado mucha capacidad para superar todo tipo de adversidades. Tomó una ducha mientras Isabel hacía algunas llamadas. Salió del baño con un olor que inundaba todo el apartamento, a ella le hizo recordar a su padre que siempre iba muy perfumado, algo que había heredado Manuel. Él detectó que las gafas se le habían empañado y se arrodilló delante de ella, se las quitó y limpió los cristales en su camisa, la hizo sonreír tras darle un beso.

—¿Qué te pasa bebé? ¿Por qué lloras?

—David, me he emocionado al verte salir, estoy muy feliz por tenerte aquí y me ha sido inevitable acordarme de mi padre. A él le encantaba bañarse en colonia y salir de la ducha invadiendo con su olor por donde pasaba. Me hubiera gustado mucho que te hubiera conocido.

—Amor tú tienes una familia, has disfrutado de tu papá durante muchos años. Yo no tuve nada. Lo poco que tengo son vagos recuerdos que me quedan y un padrino al cual adoro. Pero él tiene su propio hijo que nunca me aceptó demasiado y mi vida no ha sido nada fácil. Piensa en las vivencias con tu papá y él estará muy orgulloso si te ve feliz. Además mientras alguien vive en el recuerdo de otro permanece vivo, yo por eso pienso que mis padres vienen conmigo a todos los lugares donde voy.

—Gracias, eres especial y no tengo como agradecerte que en estos días hayas hecho tantos kilómetros para estar junto a mí. Vámonos ya es hora de conocer a mi familia que espero que

también sea la tuya después de esta noche.

—¿Bebé, crees que voy bien vestido?
—Estás guapísimo mi comandante. Salgamos ya, sino no saldremos de aquí.
—Estaría bien eso, si quieres aún estamos a tiempo.
Espetó David entre risas.

—No, vamos a casa, quiero hacer el postre de la cena y prepararlo todo antes de que lleguen mis hermanos y mis sobrinos.

Tras veinte minutos de coche llegaron a casa, el comandante le confesaba que estaba un poco inquieto. Ella lo tranquilizó y le dijo que en casa pensaban que sólo se trataba de un amigo, y así lo recibirían. Ella le apretó la mano para tranquilizarlo. Llamaron a la puerta y salió al encuentro Manuel. Se abalanzó sobre su mamá y le dio un fuerte abrazo, fue el primero en conocer a David. Se cruzaron la primera mirada fuera de la pequeña pantalla, su mamá le dijo que le diera un beso, que era David, el hombre que conducía aviones como él solía referirse a él. El pequeño lo observaba y quiso darle la mano en vez de un beso, Manuel en ocasiones actuaba como un adulto, era algo impropio para su edad, algo quizás causado por estar siempre rodeado de gente mayor. Le miraba su ropa y sobre todo le llamaba la atención su acento. David lo cogió en brazos, le dijo que era un chico muy fuerte y muy guapo. Manuel se sintió contento que el amigo de su mamá comiera en casa, era algo que le agradaba mucho, recibir visitas, había nacido siendo un buen anfitrión. Al momento salía al encuentro la abuela, y se presentaba diciéndole su nombre y dándole dos besos. Él comenzó a sentirse más tranquilo, ella colocaba las compras en la cocina. El comandante se sentó junto a Manuel en la chimenea, donde hablaban de Papa Noel, comentaban que se habían por- tado bien para que le trajeran muchos presentes. Él niño aseguraba que le dejarían algo, había sacado buenas notas en el primer trimestre del cole, pero decía que estaba un poco nervioso. El comandante intentó calmarlo haciéndole saber que Papa Noel nunca defraudaba a los niños.

Isabel entró a la ducha y su madre se sentó junto a su nieto y David. La señora le hacía preguntas y él se percataba que Isabel no había contado nada en casa de su relación, no sabía encontrar el motivo pero el preguntaría cuándo llegara el momento. Él le contó a la abuela pinceladas de su vida, ella le hablaba de su marido casi todo el tiempo. David ya más relajado contaba que nunca había tenido una navidad en familia como ésta, siempre estuvo sólo con su padrino, y seguro que en los primero seis años cuando estuvo con sus padres, pero él no guardaba ningún recuerdo de aquello. A la mamá de Isabel le enterneció la historia de aquel hombre que llevaba escrito la palabra bondad en su rostro.

Habían pasado unos veinte minutos cuando Isabel aparecía en el comedor donde había una gran mesa, repleta de comida, todo invitaba a comerlo según David, le comentaba en voz baja a Isabel: — Voy a sentir muchos orgasmos esta noche si degustó cada uno de los platos que hay en la mesa. Ella soltó una tremenda carcajada sin que su madre pudiera saber porque había sido. Al momento empezaron a llegar los demás miembros de la familia, el primero en llegar fue el mayor de los hermanos acompañado de sus dos pequeños, dos niños muy guapos y su mujer Carmen, una persona encantadora. Todos saludaron a David y lo miraban con un poco de extrañeza. La tía Isabel nunca había traído ningún hombre a casa después de haberse separado de Salvador, y eso les llamó la atención a todos. Su cuñada era una persona encantadora, era como la hermana que

Isabel no había tenido. La puerta se volvía a abrir, era el otro hermano que también venía acompañado de sus dos gemelas y su mujer. Eran dos niñas muy bonitas, rubias con los ojos celestes. David no podía creer con la naturalidad que todos los habían recibido. Manuel se encargó de decir a todos sus primos que el amigo de su mamá conducía aviones, y uno de los sobrinos alucinaba con lo que su primo les contaba. Los más pequeños se acercaron a David y no paraban de interrogarle acerca de su profesión, él le enseñaba fotos en su móvil de algunos de sus vuelos, mientras sostenía sobre sus piernas a Manuel. Estaban todos embobados con lo que el comandante le contaba, y algunos ya decían que serían piloto de mayor. Él les hacía saber que había que estudiar mucho y trabajar muy duro. Isabel se asomaba y lo veía rodeado de sus sobrinos y de su hijo, le hizo varias fotos para que se las hiciese llegar a su padrino, así estaría más tranquilo al saber que en una noche tan especial no estaba sólo.

En la cocina, su cuñada Carmen con la cual la unía una relación muy fuerte, bromeaban: —Vaya si es guapo este hombre. Te ha tocado la lotería, nena.
—Es curioso, nunca me gustaron los chicos rubios, y mira lo que el destino me tenía guardado.
—Te lo merecerías. Es un chico muy atento y educado en lo poco que he podido observar.

—Sí, lo es. Esta tarde ha ido a comprar regalos para todos los niños. Los ha conquistado el primer día.

—El pobre no debía haber comprado nada, claro que siendo comandante de vuelo no tendrás muchos problemas.

—Sí, siempre ha vivido bien económicamente. Pero es un tema que nunca he abordado con él.
—¿Este chico fue el que conociste en Málaga?

—Sí, no quise contarte nada, no sabía hasta dónde llegaría esto. Ahora sí, te contaré todo con más detalle, una vez que él regrese a San Diego.

—Cuñada aprovecha, que de esos hombres hay muy pocos por el mundo.

—Lo haré Carmen. Ahora me toca vivir. ¿No crees? Donde llegué, llegó. Voy a vivir el momento sin mirar hacía ningún otro lado.

—Más tonta eres, si no lo haces. Sabes que te adoro, y me alegró mucho por todo lo bueno que llegue a tu vida.

Los hermanos de Isabel le ordenaron a los niños que se sentaran a comer y empezaron a conversar con David. Les contaba que había visitado muchos lugares del mundo, pero que Sevilla era diferente a todos. Que llevaba casi veinte años volando a muchos países, conociendo muchas ciudades y que nunca encontró un lugar con tanto encanto como Sevilla.

Se sentaron todos a la mesa. Faltaba el papá y abuelo de todos, su sitio seguía vacío pero sus anécdotas y sus recuerdos lo mantenían vivo aún entre sus seres queridos. David daba las gracias cada vez que le ofrecían comida. Tras la cena llegó la hora de los regalos. Él fue al coche y de manera muy discreta dejó los regalos junto al árbol de navidad y los renos de mimbre que lo escoltaban. Los niños esperaban impaciente que se escuchara alguna señal, entonces ya habría pasado Papa Noel. Todos estaban encantados con el conductor de aviones como lo apodaron

aquella noche. La abuela anunció que se había escuchado algo en el árbol, había muchos regalos, se habrían portado bien apuntaba. Todos estaban muy contentos y nerviosos tirando de los papeles de color rojo con árboles de navidad en verde que envolvían los presentes. A la abuela le regaló una capa de lana virgen de color azul junto a un pañuelo de seda. Manuel estaba como loco con su nintendo que había recibido por parte de David. A Isabel le parecía muy extraño que a ella no le hubiera dado nada. Ella lo miraba, y él le sonreía. Ella le regalo una chaqueta azul con unas coderas en marrón y una bufanda de cuadros en tonos celestes y burdeos que dibujaban unas cachemiras. Él le dio las gracias y le dio un beso. Toda la familia se dio cuenta que aquel beso significaba algo más que una amistad.

Estaban los dos delante de la casa, era como un mirador del cual se podía observar toda Sevilla, mientras los niños jugaban, no era una noche demasiado fría. Ella le indicaba donde estaba el aeropuerto y él señalaba al cielo explicándole algunos detalles. No podía parar de reír cuando ella le explicaba donde su padre decía que iban los aviones a dar la vuelta para aterrizar. Ambos estaban bebiendo una copa de champagne, aunque no habían brindado en toda la noche por respeto a su padre, David sí quiso hacerlo por su felicidad, y lo hicieron a solas. Al dar un sorbo a la copa, sintió que algo le dio en el labio. Miro y dentro de la copa había una sortija de oro blanco con unos pequeños brillantes en color azul y blanco.
—Amor, gracias. ¡Qué bonito! ¿Esto qué es?

Isabel se quedó impresionada, no sabía qué decir, pasaban mil cosas por su cabeza. El corazón le palpitaba a mil por horas. Nunca pensó que iba a vivir un momento así, y menos en una época como la navidad, unas fiestas que siempre le causaban nostalgia.

—¿Te gusta? Es para ti, tu anillo de compromiso. Te mereces eso y mucho más. Te quiero mucho. No te imaginas como estoy disfrutando esta noche al sentirme uno más de tu familia. Pensé que sería más difícil, pero tu familia y sobre todo tus sobrinos me lo pusieron muy fácil. Siempre me ha costado mezclarme con la gente, pero esta vez no hubo ninguna dificultad, y Manuel ha hecho mi presentación como todo un campeón.

—Manuel es un niño muy extrovertido y no tiene problemas para relacionarse. Te has encontrado con un buen relaciones públicas, él habló por ti. No sabes cuánto me alegra que te hayas sentido como en tu casa, mi familia es muy acogedora. Ya lo has comprobado. David esta sortija es preciosa, no puedo parar de mirarme la mano.

—Amor, la eligió mi padrino, su trabajo estuvo relacionado con las joyas. Él me ayudó, fue fácil. Bebé quiero que en mi próxima visita seas mi mujer. ¿Te gustaría casarte conmigo?

—Mi comandante, me estás dejando sorprendida. David te quiero muchísimo, pero si consigues venir a España para instalarte aquí, tendremos que probar la convivencia primero, no es algo fácil. Además yo ya me siento como tu mujer.

—A mi gustaría casarme contigo por la Iglesia. —Bueno es algo que nunca me he planteado, ni siquiera cuando era una niña. Pero creo que conti- go si lo haría, porque sé que te hace mucha ilusión por tus creencias y quiero compartir todo lo que me quede de vida a tu lado. Estoy segura que me harás feliz y querrás mucho a Manuel.

—Pues di “sí quiero”, quedaría bien.

Ambos rieron y se dieron un beso, sin que nadie fuera testigo de aquello. En su familia ya detectaban que aquello se trataba de algo más que una simple amistad. Manuel le hacía muchas preguntas y a veces sonreía por el acento del comandante.

Terminó la cena, David se despidió de todos y le dio las gracias. Toda la familia comentaba que era una persona muy educada y muy prudente. Uno de los hermanos de Isabel, bromeaba diciendo que era demasiado serio para su hermana, pero que se le notaba de lejos que lo había cautivado. Todos reían. Ella fue a llevarlo a su apartamento.

—Bebé gracias por esta noche. No te imaginas cuánto ha significado esta cena para mí. Nunca tuve una cena familiar así en navidad. Gracias por todo. Tu madre y hermanos me han caído genial, pero había una chica que no hablaba. ¿Por qué? Te miraba mal.

—¡Ehh! Mi comandante provocador lo ha percibido el primer día, no te preocupes. Ella es así siempre. La mujer de mi hermano pequeño está enfadada con el mundo.

—Me miraba raro.

—Ya te acostumbrarás. No le des demasiada importancia. Dicen que la inteligencia de las personas se mide por la capacidad de mirar sin juzgar, tú eres un hombre más que inteligente, y esa es una de tus cualidades más importantes.

Bajaron del coche y él le pidió que subiera al apartamento. Estuvieron abrazados y hablando de todo un poco tras hacer el amor. Isabel llevaba un vestido negro con medias tupidas del mismo color, con unos zapatos de tacón alto de piel de potro igual que el cinturón que le marcaba más sus curvas. David le confesaba que llevaba toda la noche desnudándola a través de su imaginación. Ambos reían. El comandante se quedó dormido, tras haber hablado con su padrino y contarle la bonita noche que había pasado con aquella familia que tenía Isabel, su padrino lo veía más feliz que nunca y le preguntaba por la sortija, él le contestó que a Isabel le había gustado mucho, que la tenía puesta y que había decidido no quitársela. David le daba la Feliz Navidad y las gracias por todo. Su padrino le daba su bendición y le pedía que se cuidara.

Isabel estaba muy cansada, se echó en su cama y se llevó un tiempo mirándose su mano, pensaba que nunca jamás se había imaginado vivir una historia así. Le mandaba a su amiga Bianka y Ana las fotos de la sortija, les daba la noticia que el comandante estaba aquí y que a pesar de ser pronto, le había pedido matrimonio. Sus amigas no daban crédito a lo que oían, pero se alegraban y le deseaban que tuviera una navidad muy especial junto al comandante. Se asombraron por la rapidez con la que la había pedido casarse, pero la realidad era que no eran dos niños, y la mentalidad americana era muy diferente a la española. Estaba claro que aquel hombre había enloquecido por su amiga, y ella se merecía todo lo bueno que el destino le diese, era una gran mujer, amiga de sus amigas.

Durante su estancia, todos los días hacían algo diferente, pero David se enamoró de las vistas que ofrecía la sierra norte de Sevilla, le encantaba pasear por aquel entorno natural. Pudo ver el toro bra- vo en su hábitat y aquello lo cautivó, verlo tan cerca lo hizo cambiar de opinión y pensar que era uno de los animales más bello que nunca antes había visto. Hacía mención a todos los animales que había podido ver en su paso por algunos países, pero el toro bravo desprendía más

majestuosidad que ningún otro. Le hacía saber a Isabel que él quería vivir allí algún día, cerca de aquellos animales y que buscarían alguna casa donde poder verlos descansar entre las encinas desde la ventana. También se podría permitir hacer deporte al aire libre, era algo que había deseado siempre y por fin lo conseguiría, sí todo rodaba como lo tenía planeado una vez finalizado su contrato de trabajo.

En Sevilla siguieron visitando museos y monumentos, pero fue una actuación navideña por parte de una de las familias más reconocidas en el mundo del flamenco ¨Los Farrucos¨ en el teatro de la Maes- tranza, una de las cosas que más impresionaron a David. Él decía que no podía entender cómo eran capaces de hacer música con los bastones y bailar durante tanto tiempo. Isabel le contaba que los gitanos eso lo llevaban dentro, se llamaba arte, y era algo innato en muchos de ellos, que no se aprendía, solo se desarrollaba a base de mucho entrenamiento. David no podía parar de mirar al escenario, era increíble y le llamaba mucho la atención la gran admiración que le mostraban los allí presentes.

Uno de aquellos días Salvador se presentó por sorpresa. Vino a ver al niño. Manuel corrió hacía su padre. Estaban en un parque con unos amigos de Manuel y sus papás. Habían quedado para comer todos juntos como venían haciendo desde hacía algunos años atrás. Salvador cuando alzó la mirada, reconoció que aquel hombre que conversaba con uno de los papás del mejor amigo de su hijo, era el joven que estaba sentado con ella en la cafetería del hotel aquella noche en Málaga. Al momento se imaginó. Isabel se acercó a Salvador con mucha seguridad y sin temblarle el pulso.

—Hola. Feliz Navidad. ¿Quieres tomar algo? —Estaría bien, y así me presentas a tu novio. —Es el candidato a formar una familia algún día.

Tú ya formaste la tuya, tengo entendido. Esperas un hijo con la chica de Navarra. No creo que te afecte mucho el que yo forme la mía. ¿O perdí ese derecho cuando terminamos?

—No, para nada. Lo terminaste tú.
—No voy a discutir, tú sabrás lo que hiciste y porqué se terminó.

—Yo recuerdo lo que hice todos los días que me levanto y no veo a mi hijo crecer. Y me imagino que ese atractivo que se ha despertado de nuevo en ti se debe a ese hombre.

—Puede ser. Es lo que suele ocurrir cuando te enamoras de alguien que te respeta y te valora. Pero Salvador disfruta con tu hijo hoy, cuéntale que va a tener un hermanito. Y si te apetece dile a tu mujer que se baje del coche y os tomáis algo con nosotros. Es mejor por Manuel que haya cordialidad entre todos y buen rollo con nuestras parejas. Le evitará problemas, él debe crecer feliz.

A Isabel le venían muchos recuerdos a su mente y también todas las lágrimas que había derramado en momentos en los que necesitó que el padre de su hijo hubiera estado a su lado y cuando ella tomó la decisión, no fue nada fácil.

—Es lo que más he admirado de ti siempre, aunque nunca te lo haya dicho. Tu hijo siempre estuvo por encima de todo, y valoro mucho como lo sacas adelante. Quizás esa confianza me haya hecho no cumplir algunas responsabilidades como padre.

Salvador seguía acompañado de la culpabilidad.

—No te preocupes, aún estás a tiempo. Él te adora y siempre serás su padre y yo me he encargado que de una manera u otra siempre estuvieras presente, para que ese hueco nunca estuviera vacío.

—Gracias, Isabel y espero que este hombre sepa apreciar la mujer fuerte y luchadora que tiene a su lado.

—Nació en Málaga también, pero se fue muy pequeño para América.
—Es curioso, tienes buena relación con Málaga.

—Salvador, aunque este hombre no hubiera llegado a mi vida, Málaga siempre irá en mi corazón, porque el hombre que me dio lo más preciado que tengo en mi vida, es malagueño. Y contigo también hubo muy buenos momentos que nunca olvidaré. Dile a tu mujer que se venga a comer con nosotros. Manuel lo pasará genial pudiéndole demostrar a sus amigos que él también tiene un papá. Será su mejor regalo. Gracias por venir.

Llegaron a la reunión y ella se dirigió al comandante, le dio un beso. Él le preguntó que si había algún problema con el papá de Manuel, ella le dijo que en absoluto, se trataba de que su ex iba a tener un hijo y creía que se lo debía contar a Manuel. El comandante cruzaba miradas con Salvador. Ella calmó aquella tensión enseguida, llamó a su expareja y se lo presentó. Ambos se dieron la mano y Salvador no tuvo más remedio que presentar su pareja también a los allí presente, comenzó a hablarle de su hijo a David, el comandante reconocía que era un buen chico, y que le había llamado mucho la atención cómo se preocupaba de que todo el mundo comiera, era un gesto impropio para su edad, nunca se comía nada sin ofrecerlo a los demás. Salvador le decía que se parecía mucho a su madre, David le replicó que en el físico también se parecía mucho a él, le hizo saber que en estos días le había cogido un especial cariño y que siempre le había hablado de su papá. Salvador se sintió muy orgulloso al escuchar aquello.

Comenzó a oscurecer. Salvador se acercó a Isabel para decirle que se hospedaba en casa de unos amigos por unos días, y le gustaría estar con Manuel. Ella le dijo que le parecía una muy buena idea. Manuel se puso muy contento al saber que dormiría con su papá, pero también echaría de menos a su mamá. Recogió la ropa del pequeño y Manuel se fue con su padre. Iba muy contento y al estar tan cansado tras tomar un baño con su padre se quedó dormido de inmediato.

Mientras tanto Isabel aprovechó cada minuto con David. Pasaron dos días inolvidables. El malagueño se sorprendía por la forma en la que se vivía en Andalucía, en dos días habían tenido dos comidas con amigos diferentes, la alegría y hospitalidad estaba presente en todos los sitios que iban, a él lo trataban como si lo conocieran desde siempre.

Manuel durante su estancia con su padre echaba mucho de menos a su mamá. La mujer de su papá intentaba acercarse a él, pero no había tenido la misma conexión que con la nueva pareja de su mamá. Salvador no fue capaz de explicarle que iba a tener un hermano, se lo comentó a Isabel y ella le dijo que ya buscaría el momento adecuado para hacerlo, que no se preocupara. Isabel no tuvo reparos en preguntar a su ex cómo había sido la relación del pequeño con su actual pareja, Salvador contestó que estaban en período de conocerse, que Manuel le había confesado que era un poco seria y que no se parecía a su mamá. Salvador se despidió de Manuel que traía ropa y

una pista de coches de carreras, eran los regalos que Papa Noel le habían traído, la carta se la habían escrito su papá, sus abuelos y su tía.

Isabel buscaba la manera de contarle al pequeño que iba a tener un hermano y buscó la opinión de David. El comandante creyó que debía haber sido su papá quien se lo dijera, pero decidió mejor no opinar sobre ello. Isabel justificaba a Salvador por no ser capaz de responder a las preguntas que pudiera hacer el niño. David estaba completamente seguro de que ella encontraría la manera de contarle. Y así fue. Estaban comiendo una hamburguesa en un centro comercial. David le había comprado al pequeño una cazadora que tenía detrás la imagen de un toro bordada de color rojo que había decidido estrenar en aquel mismo momento, estaban sentados uno junto al otro. Isabel los miraba, era increíble la conexión que tenían. Manuel había terminado de comer y se encontraba jugando con la nintendo que David le había regalado.

—¿Manuel, puedes parar un momento cuando termines esa partida?
—Vale, mami, ya termino.
—Mamá te va a contar una cosita y quiero que me escuches. ¿Ok?
—Sí, mami, te escucho.

—Sabes que papi y yo no vivimos juntos. Al igual que otros compañeros de tu cole, algunos papás no viven juntos, porque comienzan a discutir y deciden vivir separados para no hacerse daño uno al otro, por eso la mejor solución es separarse.

—Mamá, pero tú con mi papá nunca te enfadas, ni con David.

—A ver, Manuel, con papá yo no discuto porque ya no vivimos juntos. Cuando tú estabas en la barriguita de mamá, empezamos a tener enfados y decidimos que lo mejor sería tomar cada uno nuestro camino. Las personas hay veces que nos equivocamos y volvemos a empezar de nuevo. Tu papá se ha buscado otra novia como tú sueles decir, y van a tener un bebé. Y ese bebé va a ser tu hermanito.

—¿De verdad, mamá?

—Sí, cariño. Será divertido porque cuando empieces a ir con papá de nuevo, tendrás un hermanito con quien jugar, tendrás que cuidarlo porque serás su hermano mayor.

—Pero a mí me gusta estar más contigo. ¿Por qué no tienes tú un bebé?

—Manuel, yo no sé si tendré un bebé. A lo mejor viene. Nunca sabemos qué va a ocurrir, pero sólo quiero que sepas que tu papá te va a querer igual que al hermanito que viene en camino. Y con respecto a la mamá de ese hermanito que vas a tener cuando pases algún tiempo más con ella, pues también os querréis mucho. Es tu papá y tienes que estar también con él.

—¿Cómo, David?

Manuel se quedó pensativo y su mamá muy tranquila por habérselo contado, él era un niño que lo quería todo por derecho, nunca admitía medias verdades. A pesar de su corta edad, le gustaba encararlo todo de frente, aunque el texto fuera adaptado a su edad, quería que el contenido fuera el verdadero.

David interrumpió en la conversación:

—A ver, mi superhéroe, veamos una cosa, tú en el colegio tienes unos amigos, pero unos son mejores amigos que otros. ¿No?

El niño asintió.

—Pues esta situación es igual, te llevas mejor conmigo porque jugamos juntos al fútbol, al tenis y la pareja de tu papá no lo hace. Pero con el tiempo verás que esa mujer se portará contigo como una madre, aunque tu mamá siempre será para ti la mejor mami del mundo. Además eres un chico afortunado, porque las parejas de tus padres te queremos mucho. ¡Eh, superhéroe! yo crecí sin una mamá y sin un papá, cuando tenía tu edad se convirtieron en estrellas y se fueron al cielo igual que tu abuelo. Entonces llegó mi segundo papá a rescatarme, que fue mi padrino.

—¿Te rescató para siempre?

—Si me cuidó y me dio todo lo que tengo ahora. Por eso, la mujer de tu papá la tienes que respetar y quererla porque será la mamá de tu hermanito, al igual que tu hermanito cuando sea más mayor respetará a tu mamá. ¿Te parece que hagamos ese trato?

—Sí. ¿Pero tú te quedarás aquí para siempre con mi mami y conmigo?

—Manuel, yo tengo que regresar en unos días a mi trabajo. Tengo que seguir llevando a la gente a un lugar seguro como ya te he contado. Tú algún día vendrás conmigo. ¿Te parece una buena idea?

—Sí, qué guay y se lo contaré a todos mis amigos, que he visto las nubes muy cerca y he conducido un avión.

—Perfecto. Y en cuanto encuentre la manera de poder trabajar aquí en España volveré para quedarme para siempre contigo y con tu mamá. Te lo prometo.

Ambos chocaron las manos y se miraron de una manera muy especial. Isabel tenía claro que la relación entre ambos era muy de verdad, aunque hacía pocos días que se conocían. Le sorprendió como su hijo no le había dado mucha importancia al que tendría un hermanito. Pero quizás se debiera que aún no fuera consciente de ello. Isabel le contó a Salvador que ya se lo había explicado a través de un mensaje de WhatsApp.

Al momento Isabel recibía un mensaje. Comenzaron una conversación a través de mensajes: —Gracias por todo lo que haces por mi hijo. ¿Cómo ha reaccionado?

—Muy bien, aún no es muy consciente. Cuando lo vea se dará cuenta lo importante que es para él. Me alegro por tu paternidad y espero que la disfrutes mucho, que puedas vivir cada uno de los momentos que no viviste con Manuel.

—Nunca te he echado en cara nada porque yo fui el que me equivoqué y aunque mi mujer tenga un lugar muy importante en mi vida porque voy a tener un hijo con ella, nada será igual a lo que tuve contigo. Quiero que sepas que la complicidad que tuve la suerte de compartir contigo no la

he logrado encontrar con nadie.

—Salvador, ya no hay vuelta atrás, mira hacia adelante. Estamos en un centro comercial, hablamos. Un abrazo.

Isabel fue muy cortante y tomó consciencia cuando colgó.

Salieron del centro comercial y siguieron paseando por Sevilla. Fue una tarde muy agradable, Manuel adoraba la navidad y con David crecía su amistad por minuto. Pero todos eran conscientes que pronto el comandante tenía que volver a San Diego a cumplir con sus obligaciones.

Llegó el día de su partida. Isabel decidió hacer una barbacoa en su casa con sus amigos más allegados y parte de su familia. A David le dolía el pecho pensar que ahora que tenía una familia de verdad la tendría que dejar en horas. Él miraba al horizonte y no podía creerlo, había tenido una infancia muy triste y solitaria, había vivido momentos muy duros durante la enfermedad de su mujer y ahora lo había encontrado todo en aquella mujer que había llegado para aportarle todo lo que hasta entonces le había faltado. Su Málaga natal le había devuelto la familia que le había arrebatado cuando tan solo era un niño.

Su cabeza no podía parar de pensar cómo podría regresar pronto. Era increíble cómo a pesar de viajar durante años alrededor del mundo, ahora sentía aquí su familia y su hogar. Nunca le había tenido apego a ningún lugar por donde había pasado, ni le había sido tan difícil despedirse de alguien. Isabel era una persona muy especial y él se sentía muy afortunado por ello. Ella lucía una camisa blanca, con una rebeca en tonos pasteles y su melena rizada al aire, tenía un aire fresco en su manera de andar y de expresarse. Su sonrisa le hacía conquistar a todo el mundo. Su empatía era realmente tremenda. David los pocos recuerdos que tenía de su madre se los hacía recordar ella, tenían un gran parecido en su forma de ser. El comandante estaba muy guapo con una camisa vaquera en azul oscuro, se la había remangado porque hacía un poco de calor a pesar de ser enero. Ella estaba sentada junto a él.

—Mi comandante provocador está muy guapo hoy con esa camisa.
—Tú siempre estás guapa, pero los colores claros te sientan bien.

—Gracias amor. ¿David, tienes muchas vecinas allí donde vives?
—Si hay muchas mujeres. ¿Por qué preguntas eso, bebé?

—Porque si yo fuera tu vecina, estaría en tu casa todo el día con alguna excusa para verte. En la mañana iría a pedirte tomates y en la tarde sal, hasta conseguir que fueras mío.

David se perdía cuando ella sacaba a relucir su sentido del humor, qué era casi siempre. Fue la cualidad de Isabel que más le cautivó, era la única mujer que había sido capaz de hacerlo reír a carcajadas.

Comieron y disfrutaron cada minuto de la tarde uno del otro. David cogía el vuelo a las diez y media de la noche. Ella se encargaba de llevarlo al aeropuerto. Eran conscientes que para ninguno de los dos les sería fácil. A las cinco de la tarde David se despidió de todos y junto a Isabel se fueron al apartamento donde se había hospedado. Allí hicieron el amor y ambos

descansaron juntos hasta las nueve de la noche que saldrían para el aeropuerto. Isabel se despertó, David estaba en la ducha. Y junto a ella había una nota.

Quiero llevarme sonrisas tuyas, no lágrimas. Pronto volveré para quedarme.
Te quiero bebé.

El comandante.

De ella pronto brotaban las primeras lágrimas, no fue capaz de reprimirlas. Él salía del baño ya vestido con ese olor que invadía todo el apartamento. Se tiró en la cama sobre ella.

—No valen lágrimas. Ya hemos llorado bastante. Ok ¿Me lo prometes?

Se lo pedía con el alma, no le gustaba verla llorar y la abrazaba para protegerla. Todavía era muy temprano, y decidieron dar un paseo junto al río antes de ir al aeropuerto. Cogidos de la mano pasearon y les vino bien a ambos respirar el aire fresco que desprendía el Guadalquivir aquella noche. Los dos pensaban que era un sueño lo que estaban viviendo y no podían dejarlo escapar.

A las ocho y cuarenta y cinco llegaron al aeropuerto. Ella estuvo entre sus brazos durante más de media hora y le prometía que pasara lo que pasara siempre volvería. Que lo esperase, que volvería a su lado tarde o temprano. Él se perdió entre la gente después de darle un fuerte beso y las gracias por todo. Antes de agarrar su maleta y sin soltar su mano, le dijo al oído.

—Eres una chica lista. Ve buscando la manera como arreglar mi documentación para ser ciudadano español. No olvides nunca que por muchos kilómetros que haya de por medio siempre viajas conmigo. Da igual donde sea mi destino. Volveré. Te quiero.

—Yo también te quiero. Aquí estaré esperándote. Sus lágrimas caían.
—No lágrimas, bebé, una sonrisa.

La volvió a abrazar y desapareció entre la multitud que merodeaba con prisa por todo el aeropuerto.

Segunda parte
Capítulo I

David llegaba a San Diego tras 17 horas de vuelo. Él iba radiando felicidad, por fin había encontrado una familia de verdad, pero ya echaba de menos a la mujer que se había convertido en su otra mitad. Ahora tenía esa familia que soñaba tener desde que era niño. Su infancia no fue nada fácil, en la residencia del colegio y la universidad siempre estuvo indefenso sin tener unos padres que le aportaran el cariño y la protección que necesita cualquier niño en los primeros pasos de su vida.

Tras llegar a San Diego hablaba con Isabel y le comunicaba que había llegado bien, que descansaría unas horas y luego tendría que volar a Dinamarca. Isabel estaba muy triste, le pedía que fuera fuerte y que pronto volvería para nunca más separarse.

Él tenía informada a Isabel de todos los movimientos que hacía y todos sus destinos. Seguía enviándole a Isabel todas aquellas cosas que descubría por todos los lugares donde pasaba. Vinieron vuelos muy seguidos, estuvo varios días fuera de casa, pasando por la India, Texas y algún que otro país.
A mediados de febrero hizo un vuelo a Hong

Kong, a su salida del aeropuerto el comandante recibía un correo de su compañía, le advertían en primer lugar que por motivos de confidencialidad no mencionará nada de aquel comunicado con nadie, se trataba de algo muy importante pero con mucho riesgo para la compañía sí trascendía. En el escrito le daban una serie de indicaciones, entre ellas que no saliera del hotel, y si lo hacía que tuviera mucha precaución con la higiene. Era primordial lavarse las manos continuamente con gel hidro—alcohólico, el cuál le sería entregado en recepción. Aquello a David le hizo pensar, y veía por las calles algunas personas con mascarillas y pensaba que aquello se debía a algún tipo de alergia que pudiera trasmitirle el aire y esa era la causa de su protección. Tras llegar al hotel, le tomaron la temperatura y le hacían saber que no podía subir a nadie a su habitación, eran las directrices que tenían en el hotel hasta nueva orden, además le entregaban un neceser con un bote de gel y un par de mascarillas. David no acaba de entender lo que ocurría, pero algo estaba pasando. Subió a su habitación y llamaba a Isabel. Eran las diez de la noche en España. Isabel había dormido a Manuel y se encontraba en su ordenador buscándole la rentabilidad a un interesante parking que le habían ofrecido para vender, para luego poderlo ofrecer a sus inversores. El comandante tenía que comunicarle algo y no podía hacerlo a través del móvil de la empresa y optó por hacer la llamada desde el teléfono del hotel.

—¿Cómo estás, bebé?
—Bien ¿Y tú estás cansado?
—Si ahora dormiré mucho, tranquila, hasta den

tro de dos días no vuelvo a San Diego, creo que antes tendré que pasar por Italia.
—¿Por qué me llamaste por éste teléfono y no por el tuyo?

—Bebé, algo está ocurriendo. Mi compañía me ha hecho llegar un comunicado donde me dice que tenga mucho cuidado, y en especial con la higiene y contacto con las personas. Y cuando he llegado al hotel me tomaron la temperatura y me han dado mascarillas y un bote de gel para lavarme las manos. Te llamo para que estés prevenida, esto es algo mundial lo que va ocurrir, aunque aún no estoy muy seguro de qué se trata.

—Es extraño. ¿Amor, qué puede estar pasando? ¿Antes te había ocurrido?
—No lo sé, pero el comunicado que nos han hecho llegar es confidencial. Trata de estar a salvo.
—No tengo ni idea que puede estar ocurriendo.

—Yo tampoco, cariño. Se habla en la prensa de una especie de gripe que está causando muchas víctimas en China, pero de España no se comenta nada.

—Bueno, bebé debes mantenerte a salvo, ten cuidado cuando trates con clientes extranjeros, porque algo va a ocurrir y los aeropuertos son el punto de mira, es muy extraño que mi compañía nos haga llegar ese comunicado, sólo he recibido uno muy parecido cuando el virus del Ébola. Es algo que me preocupa. Te quiero. Hablamos mañana. Descansa. Un beso.

Isabel se quedó pensando y se dirigió a un buscador en internet. Aparecían algunos casos en China de una especie de gripe, en principio se decía que había sido trasmitida por un murciélago. Y se especulaba que se trasmitía por el contacto físico y por las pequeñas moléculas que se expulsan por la nariz en los estornudos o tos. Isabel no le temía a nada y no le dio demasiada importancia.

David pasó unos días en Hong Kong. Visitó varios lugares turísticos que le llamaron mucho la atención y le provocaron mucha calma, como fue el Monasterio Po Lin, tenía un siglo de historia, llegó a él tras veinticinco minutos de teleférico. Era un lugar que provocaba mucha calma no había demasiados visitantes. Allí visitó el templo y luego compró algunos inciensos en las tiendas colindantes al templo. Todo aquello lo compartía con su chica a través de videollamadas y fotografías, no podía parar pensar en Isabel y en esos días tan maravillosos que le habían brindado aquella familia. En sus ratos libres no paraba de buscar compañías aéreas españolas y la manera de acceder a alguna oferta de trabajo para volver de nuevo a España y conseguir un permiso de trabajo hasta su matrimonio. Esa se había convertido en su principal prioridad, volver a España y formar una familia junto a la mujer que le había robado el corazón.

Pasaron unos días y volvió a San Diego. Allí en el aeropuerto no había tanto cuidado como lo había habido en Hong Kong, y entre compañeros no se atrevían a mencionar el comunicado que habían recibido por miedo a represalias en las compañías, les recalcaba muy claro que era algo confidencial. Da- vid seguía advirtiendo a Isabel que tuviera cuidado, los aviones a sus llegadas estaban teniendo unas limpiezas demasiado profunda con respecto a las habituales. Él percibía que algo estaba ocurriendo pero no llegaba a descifrar de qué se podía tratar.

Tras sus días de descanso, tuvo que volar a Roma. Allí las medidas aún eran mayor y ya se hablaba de un gran número de casos al igual que ocurría en China, e incluso durante el vuelo una señora mayor tuvo que ser atendida a causa de un desmayo y fiebre muy alta. Ya las noticias revelaban que se trataba de un virus, llamado Coronavirus o Covid—19, era fulminante y sobretodo en las personas de avanzada edad. Pero David aún guardaba la calma, su padrino en

los Ángeles estaba a salvo y su nueva familia en Sevilla también. Isabel le contaba que tenía un compañero que había permanecido enfermo con una fiebre muy alta pero aún no habían podido confirmar de qué se podía tratar. David seguía insistiendo a Isabel que se protegiera ya que ella tenía contacto con muchas personas en su trabajo.

Volvió de Roma y durante esos cuatro días los casos en España aumentaron en cifras extremas, era algo que no se podía controlar, eran miles de personas contagiadas y muchas muertes diarias. Las residencias de ancianos eran asoladas con más fuerza que en ningún otro lugar. Por lo que el go- bierno español optó al igual que China e Italia por confinar a las poblaciones. David hablaba con Isabel y no daba crédito cuando ella le enviaba fotos esperando en las colas de las puertas del supermercado para hacer la comprar, con su cara cubierta con una mascarilla y sus manos cubiertas con guantes. Él estaba muy preocupado por ella, no había podido cerrar un negocio por el virus, y sabía que estaba muy triste por ello, había sido un trabajo de más de dos años y la incertidumbre la afligía. Él notaba su preocupación en su voz. Pero el paso de los días hacían que todo quedara en un segundo plano y lo importante era no perder a ningún miembro de su familia. Las imágenes que ofrecían los medios eran horrendas y ahí no se decía toda la verdad, al menos era lo que pensaba la opinión pública. Los hospitales improvisados en las grandes ciudades hacían que el miedo se hiciera dueño de la mente de todos los españoles, de alguna manera todos iban conociendo la muerte de algún amigo cercano. La economía empezaba a decaer en el país y los políticos no sabían por dónde empezar a controlar la pandemia, su confianza les había traicionado. Es- peculaban que estaban asesorados por un comité de expertos, algo que nadie creía ya que no se sabía la identidad de esos expertos que los asesoraban. La sociedad española se estaba yendo de las manos de los gobernantes, estaba muriendo la generación que había levantado un país y había nutrido la sanidad y la educación gratuita. El bienestar de la España actual la habían creado ellos, y ahora morían solos y sin ningún tipo de despedida. Todos los días la prensa contaba una historia que hacía estremecer a todos, pero nunca aclaraba la realidad del número de muertos.

En San Diego la vida seguía de igual manera, la normalidad no estaba alterada. Él seguía en su trabajo y tuvo que volar hasta Abu Dhabi. Allí el confinamiento no era pleno, pero si había algunas res- tricciones y sobretodo mucha limpieza en las calles. Él fue a la iglesia como solía hacer cada domingo y veía que la gente guardaba una cierta distancia. Todo lo que Isabel le contaba él lo veía ahora más de cerca, pero sin ser tan restrictivo como era en España. Isabel llevaba ya más de veinte días encerrada y veían que el mundo estaba boca abajo, sobretodo China, España e Italia. David veía como su preocupación aumentaba por momentos, si el virus seguía propagándose a él le cogería fuera de casa. Y así ocurrió. Fue llamado por su jefe, le ordenó que tenía que volar a la ciudad de Calabar en Nigeria. En un principio estaría allí durante cuatro días, aprovechó para acudir a una reserva natural ubicada a unos siete kilómetros de su hotel. Estando en la reserva llamó a Isabel para que pudiera contemplar los animales que estaban en plena libertad. Manuel disfrutaba muchísimo y le pedía a David que lo llevara algún día a ver los elefantes y las jirafas. El comandante le prometía que algún día harían un vuelo a algún lugar donde pudieran contemplar los animales y le permitiría pilotar un avión, Manuel se emocionaba sólo pensarlo, era un gran amante de todos los medios de transportes, aviones, trenes, coches, motos, camiones o máquinas retroexcavadoras.

Llevaba tres días en Nigeria, y fue llamado por el gerente del hotel a una reunión donde se habían convocado a todos los extranjeros que se encontraban allí hospedados. El gerente,

llamado Ade, les informó que estarían durante treinta días confina- dos en el hotel y que no se podría salir de sus alrededores. Las multas eran muy elevadas e incluso podrían pasar horas en los calabozos si no era abonada por algún ciudadano residente o extranjero, se estaba actuando con demasiada crudeza en las calles por parte de la policía y el ejército. David no daba crédito a lo que oía, un mes allí encerrado, pero intentó calmarse y pensar que todo pasaría pronto. Tras concluir la reunión, se puso en contacto con su compañía y no pudo localizar a ninguno de sus superiores. Varios días después recibió un correo donde le comunicaban que tuvieran calma, que en San Diego el aeropuerto se encontraba cerrado y cualquier cambio que hubiera se le comunicarían a través del correo electrónico. Lo intentaría rescatar a través de algún vuelo de urgencias, siempre que le fuera permitido a la compañía americana. Pero no pudo ser.

David veía como el mundo estaba bocabajo, pasaba las horas hablando con Isabel, ella intentaba calmarlo y no darle demasiada importancia a lo que ocurría. Solo le transmitía las buenas noticias que iban aconteciendo que no eran demasiadas. Le contaba cómo la gente comenzaba a valorar cosas que antes no se tenían en cuenta por la rapidez en la que se vivía, le enviaba fotos que capturaba en sus largos paseos por los alrededores de su casa, ellos eran unos privilegiados en esos tiempos de encierro, podían salir a caminar siempre que no estuvieran a más de quinientos metros de su casa y con él único objetivo de pasear a los perros. Isabel pasaba la mayor parte del tiempo cocinando con la ayuda de Manuel, elaboraban muchos platos dulces y salados, David le pedía que le enviase fotos de los platos que cocinaban, pero ella se encontraba un poco reticente a ello, sabía que la comida africana no era de su gusto aunque en el hotel pudiera disfrutar de otros platos, como ensaladas y gran variedad de pescados. La comida del hotel no era mala del todo pero tampoco de su gusto, y entre los mayores placeres que el comandante había encontrado en el país que lo vio nacer estaba la gastronomía.

Pasaban los días, donde sólo hacía dormir, escu - char música, ver películas, estar atento a las noticias y caminar alrededor del hotel cuando se le era permitido. La libertad se había cuartado en todo el mundo y él no podía imaginar que aquello le hubiera ocurrido en aquel país tan complicado. Volar era su gran pasión y lo echaba mucho de menos, era lo que más extrañaba junto con Isabel. Ella lo distraía, pero había días que también eran complicados para ella, su trabajo se había parado por completo y esa inseguridad del país junto con la política que estaban empezando a aplicar sus gobernantes, restringiría las inversiones y era algo que le preocupaba muchísimo, pero intentaba distraerse paseando, cocinando o restaurando algunos muebles viejos que en su día había recogido de la basura. Todas las mañanas a pesar de las preocupaciones de ambos, David le mandaba una imagen de un girasol con un texto que a Isabel le daba fuerzas suficientes para pasar los días. Ya habían pasado dos meses y ambos seguían confinados, era la palabra que más sonaba en todos los medios de comunicación. La información era tal, que no eran capaces de asimilar todo lo que se decía del virus, la única verdad era que los cadáveres y los hospitales cobraban todo el protagonismo, junto con el esfuerzo de los sanitarios, que se había convertido en héroes. El país se había puesto de acuerdo para dedicar un aplauso todos los días a las ocho de la tarde para homenajear la labor que estaban llevando a cabo día tras días. Los políticos demostraban su ineptitud para hacer frente a esta crisis que se había presentado por sorpresa para todos, los sanitarios no podían hacer más esfuerzo del que hacían.

Isabel optó por aislarse en su mundo sin atender ninguna información, la enfermaba y en cuanto a su trabajo, llegó a considerarlo algo secundario, lo importante era salir ileso de la pandemia. Tanta información negativa hacía que sus días se fueran haciendo cada vez más cuesta arriba.

El comandante estaba muy preocupado por su padrino, no podía contactar con él desde hacía ya dos semanas. Estaba delicado de salud y en Los Ángeles los muertos se contaban por miles, su padrino contaba con ochenta y nueve años y había sufrido varios infartos desde que cumpliera los sesenta y nueve. Él le preocupaba en exceso, podría sufrirlo de manera mortal.

Isabel cada día amaba más a aquel hombre que se había cruzado en su camino, su entereza y su manera de conformarse lo hacía valorarlo más y a la vez le servía a ella para entender que había personas que tenían peor situación que la de ella.

David se hizo muy amigo del gerente del hotel, Ade era un joven de color de gran estatura, con una mirada muy limpia y una dentadura perfecta blanca como la naca, que le hacía lucir más atractivo aún. El gerente hablaba muy bien el inglés y tenían una historia muy parecida a la del comandante, o quizás más cruel aún por el país tan complicado en el que había nacido. Era huérfano de padre y madre, lo acogió una familia americana que llegó a afin- carse en Calabar desde hacía más de tres décadas, explotando hoteles y reservas, gracias a ellos tenía un empleo y vivía con un estatus alto. Ade había perdido su madre cuando tenía tan sólo tres años, murió de repente y su padre optó por abandonarlo dos años después. Se quedó solo, divagando por las calles para poder sobrevivir, todo era pobreza y adversidades. Entró en una banda para ser preparado para el ejército, pero llegó una pareja americana y el gobierno se lo dio junto con otros adolescentes como forma de agradecimiento por las inversiones que empezarían a acometer en el país africano. Llegó a la reserva cuando tan sólo tenía siete años, apenas hablaba por todo lo que había sufrido, y era el más pequeño de todos los jóvenes que el gobierno les facilitó para acometer las obras y el mantenimiento de las instalaciones, a cambio de darle comida y cobijo.

Sus padres adoptivos llegaron a Calabar con un proyecto inmenso que con mucho esfuerzo comenzaron a llevar a cabo. Se instalaron a las afueras de la ciudad nigeriana, a unos siete kilómetros y compraron una gran cantidad de hectáreas de tierras para comenzar su primer proyecto. Los animales vivirían en libertad, comenzaron a adecentar una gran vivienda que tenía la finca para convertirlo en su hogar, algo que fue muy rápido gracias a los jóvenes que el país le había facilitado, siempre fueron muy bien tratados por el matrimonio, nunca les fallaron en tenerles cubiertas las primeras necesidades a ninguno de ellos. Ella era una mujer muy guapa, lucía una melena rubia platino que hacía que todos la miraran embelesados, tenía los ojos azules y muy pronto se ganó la fama de ser una mujer de gran corazón. Era una señora de los pies a la cabeza, cualquier prenda que se ponía la hacía lucir elegante, había nacido con la estrella de la elegancia. Richardson venía de dirigir una gran empresa de seguros, pero al no poder tener hijos decidieron emprender su vida en otro lugar y siempre les atrajo África, de ahí que tomaran esa decisión e invertir todos sus ahorros en aquel lugar que los enamoró desde el primer instante que pisaron la finca en la que se ubicaría una de las reservas más importantes del país. Estaban hartos de lujos, de apariencias y de no tener libertad para estar en contacto con la naturaleza, Calabar le ofrecía todo lo que tanto ellos habían añorado en su estancia en Estados Unidos.

Allí empezaron a explotar habitaciones y contratar a gente para poder llevar a cabo el proyecto. Ade era un chico muy avispado debido a lo que había tenido que sufrir en las calles para poder comer y sobrevivir, no se relacionaba demasiado y sus palabras eran medidas hasta el mayor extremo. El matrimonio americano le llamó mucho la atención que alguien con tan corta edad estuviera en el ejército y en manos del gobierno. Anne se conmovió, ella al no poder tener hijos tenía el instinto maternal siempre muy presente y Ade era un niño dulce a pesar de ser muy

reservado, su mirada expresaba paz y calma. Durante varios días lo acogieron en la casa, Ade no se creía lo que le estaba ocurriendo, y fue muy cauto en los primeros días en la casa, que más tarde se convertiría en su hogar para siempre. Richardson no estaba muy de acuerdo con dejarlo vivir con ellos, pero su esposa lo convenció. El empresario le causaba mucha ternura ver como aquel joven había llenado en días la vida de su mujer, que había visto su maternidad truncada por la negligencia de un doctor cuando contaba sólo con veinte años. Ahora tenía la oportunidad de sacar todo ese instinto que desde muy joven llevaba dentro y él no se lo iba a impedir. Ade estudió fuera de Nigeria, fue enviado a Estados Unidos cuando tenía catorce años, donde después de cursar varios años de escuela, cursó empresariales y gestión hotelera donde obtuvo las mejores notas de toda la universidad. A pesar de una infancia tan dura, aquella familia hizo de él un chico noble y educado, la inteligencia era innata en él, pero el cariño de Anne lo hizo ver la vida desde otra perspectiva.

David y Ade se contaban cada día las calamidades que habían sufrido para salir adelante cuando era unos niños. David no tuvo necesidades de hambre o sed, como lo había tenido Ade, pero en realidad no había tenido nada, sólo un padrino que veía los domingos unas horas por la mañana en el colegio en el que estaba internado, donde los compañeros lo atacaban desde su ingreso por el mero hecho de saber que no tenía unos padres que lo protegieran. Ade gozó de más suerte al encontrar unos padres adoptivos que se desvivían por él como si fuera hijo de su propia sangre, en especial su madre. Ambos se sintieron identificados por la similitud en sus infancias y su amistad fluyó de una manera muy fuerte.

David le hablaba mucho de Isabel, le contaba lo que había vivido en Sevilla y en Málaga, e incluso le explicó aquella corrida de toros que había visto con ella, además de hablarle de la belleza del toro bravo en el campo. A Ade le llamó mucho la atención, tanto que al ver algunas fotos en el teléfono del comandante puso en sus prioridades acudir a España algún día para poder vivir esa experiencia. Él no podía creer que un hombre se enfrentara a una bestia de tales dimensiones. Le despertó mucha curiosidad.

El comandante le contaba que su vida comenzó a tomar sentido el día en el que le pidió a su padrino que le permitiera volar, y ahí se dio cuenta que mientras lo hacía se evadía de todos los malos recuerdos. Su obsesión por llevar a las personas a un lugar seguro fue lo que le dio un giro a su vida por completo. Ambos creían mucho en el destino y tenían muchos motivos para hacerlo. Ade comenzó a confiar en sí mismo el día que se encontró con aquel matrimonio que serían las estrellas de guía en su vida. David le confesaba que su vida recobró sentido de nuevo tras la muerte de su esposa el día que fue a buscar sus raíces y se tropezó con aquella mujer. También le contaba a Ade lo duro que había sido la larga enfermedad de su esposa, pero que Isabel era como un cascabel en su vida. Había borrado todo lo negativo e incluso lo hacía ser mejor persona. Ella era su amante, su amiga, su compañera y a veces mientras la veía tratar con Manuel, sentía como si su madre estuviera cerca. Ade admiraba con la ternura que hablaba de ella. Su amigo se le iluminaba la cara mientras lo veía hablar en el hall del hotel con la chica del girasol, cómo él a veces la llamaba. Tenía una foto de ella en el fondo de la pantalla de su móvil, Ade le hacía saber que percibía que era una mujer con la mirada muy limpia. La foto la había tomado David en la plaza de toros de Málaga durante la retransmisión, era la única que le había hecho con su consentimiento aquella tarde. Ella aparecía en la imagen con una sonrisa encantadora y una mirada muy dulce, capaz de embelesar a cualquier hombre.

Pasaban los días y las noticias no eran muy ha - lagüeñas en ninguna parte del mundo. David sabía que Isabel y toda su familia se encontraba a salvo, pero de su padrino no había ninguna noticia. El hijo de éste se encontraba en Chicago estudiando y no había podido contactar con su padre. El cuidador que había sido contratado por David tampoco daba señales de vida. El comandante no sabía ya donde acudir para encontrar la manera de poder contactarlo. Ade se le ocurrió buscar la empresa del cuidador para poder obtener alguna información sobre su estado. Enviaron varios correos pero no tuvieron ninguna respuesta.

David tuvo mucha suerte al tropezar con una persona tan humana como Ade y contar con el apoyo incondicional de los padres de éste. Ade le propuso al joven malagueño que se alojará en la reserva para que estuviera más resguardado del virus y de la situación tan nefasta que se estaba viviendo en Calabar. La desesperación de la gente estaba llevando al extremo a muchas personas que no podían cubrir sus necesidades y había comenzado una ola de robos en los hoteles, ya que Calabar contaba con mucho turismo, poseía la reserva de animales más grande del país, la de sus padres, y unas excelentes infraestructuras con respecto a otras ciudades nigerianas. David le pareció buena idea trasladarse aquel lugar que tanto le había gustado en su visita, era un lugar muy bonito y allí aguardaría hasta que su compañía volviera en su busca. Ade regresaría con el comandante a la reserva en cuanto terminara algunos asuntos que le ocuparían un par de días en la ciudad. Se lo contaba a Isabel con mucho entusiasmo, estaría más cómodo y más tranquilo. Era un lugar donde se respiraba una calma absoluta y los padres de Ade eran encantadores. Ya tenía todo preparado para partir con Ade a la mañana siguiente muy temprano.

El comandante cenó temprano y volvió a su habitación para hablar con Isabel antes de ir a dormir. —Hola, bebé, ¿Qué tal estás?

—Bien, aquí intentando volver a la normalidad que parece que no va a llegar nunca. Ya sabes que no estoy acostumbrada a estar tanto tiempo en casa, y me siento un poco agobiada.

—Bebé, debes estar tranquila, todo pasará, ¿y mi superhéroe?

—Manuel está jugando, ahora vamos a ir a caminar. Y desde ahí escucharemos los aplausos que dedican la gente desde sus ventanas en agradecimiento a la labor que están llevando a cabo los sanitarios a las ocho de la tarde, y la música que ponen los vecinos más cercanos. Hoy le dedicarán una canción a Manuel uno de sus amigos del cole, e intentaremos acercarnos lo máximo posible para poder escucharlo. Manuel está muy nervioso, a pesar de que tiene más libertad que otros niños, echa de menos el relacionarse con sus compañeros del cole.

—Eso está bien, cariño, escucha música, eso te ayudará a sentirte mejor y subir tu ánimo. Aquí no hay música. Este país no me gusta, no creo que vuelva nunca más.

—¿Tú estás más animado hoy? ¿Qué le ocurre a mi comandante?

—Bebé, encontré aquí un buen amigo, el gerente del hotel Ade, pertenece a una familia acomodada y vive en la reserva que visité, donde os mande la foto con el elefante. Vive con sus padres que son americanos. Y me ha ofrecido que me vaya con él a su casa, aquí en la ciudad está habiendo muchos robos en los hoteles y el virus avanza. Ade me dice que allí estaré más tranquilo y he aceptado trasladarme. Lo haré mañana temprano.

—Amor, me parece perfecto. Me alegro que hayas hecho amistad con él, al menos estás más protegido y tienes a alguien en quién apoyarte ante los problemas que puedan surgir.
—Él me está ayudando a contactar con mi padrino. El hijo no sabe nada y tampoco puede hacer mucho, se encuentra en Chicago y tampoco puede salir de la ciudad. Ade se ha puesto en contacto con la empresa donde le busqué el cuidador, esperaremos haber si dan alguna información y puedo estar más tranquilo. Me siento impotente aquí.

—Ojalá sea pronto. Sé que estás muy preocupado por él, pero verás cómo dentro de nada te contestarán y podrás saber que él se encuentra bien.

—Sí, bebé, él es lo único que tengo junto contigo. Pero no estoy seguro que esté bien y eso me agobia. —¿Ya estás en la cama?

—Sí, amor me vine para la habitación llevo varios días con dolor de cabeza y náuseas. Mañana en la reserva, hay una doctora que me hará un examen haber que me produce este mal cuerpo. He tomado un té que me han dado en la cocina y parece que se ha calmado el dolor pero me entró mucho sueño.

—¿Sientes que puedas tener fiebre?
—Sí, me facilitó recepción un termómetro y estoy un poco destemplado, pero no es fiebre.

—Pues descansa, mañana haber que dice la doc - tora, y piensa que ya queda menos para que vuelvas a casa. Te quiero y te echo mucho de menos.

—Yo también te quiero, amor. Tengo muchas ganas de abrazarte. Pensar en ti es lo que me hace que mi estancia aquí sea más llevadera. Y tú tranquila, eres la mujer más luchadora que he conocido y pronto estarás de nuevo en tus negocios. Buenas noches descansa cariño. Te amo.

—Yo también. Cuídate.

El comandante se quedó dormido de manera profunda tras hablar con Isabel. Ella estaba muy triste por todo lo que acontecía, sabía que el hombre que le había hecho confiar en el amor de nuevo lo esta- ba pasando muy mal y su situación económica comenzaba a empeorar, sus clientes eran extranjeros y las inversiones se habían parado en seco. A media noche a David lo despertó un tremendo estruendo y oyó dos hombres nigerianos discutir. En un principio pensó que serían dos huéspedes del hotel, pero sólo quedaban siete personas hospedadas y eran extranjeros. Con mucho cuidado abrió la puerta con la intención de mediar en el desencuentro que tenían, pero uno de ellos empujó al comandante, sin que éste se lo esperara y se colaron mientras forcejeaban en su habitación. David no sabía qué hacer, era imposible separarlos, hubo un momento que se quedó en shock, pensando que más le podía ocurrir en aquel país. Uno de ellos comenzó a empujar al otro con mucha fuerza mientras gritaban, y éste cayó por la cristalera de la terraza de la habitación que ocupaba el comandante desde hacía tres meses, quedó inmóvil en los escalones de la entrada al hotel, estaba inconsciente. David no daba crédito a lo que veía. Tras tirarlo por las escaleras, el otro salió corriendo creyendo que su contrincante había encontrado la muerte en la caída. Al momento subía Ade con la policía nigeriana, nadie había podido ver al autor de los hechos. David muy nervioso preguntaba a Ade si estaba muerto, y la policía hablaba sin parar tomando notas de todo. Ade le dijo que se vistiera que tendría que ir a las dependencias de la policía a declarar. Su cabeza le iba a explotar. Ade lo tranquilizó y le dijo que en la mañana

llegaría a las dependencias policiales el abogado de la familia para esclarecer los hechos. Él no entendía nada de lo que decían, sólo pudo decir lo que había podido ver, de la discusión no había entendido nada. La ambulancia se había llevado el cuerpo del señor que había caído por la terraza en estado de coma provocado por el fuerte traumatismo en la cabeza.

Isabel llevaba días preparando un vídeo para hacérselo llegar como regalo de cumpleaños, le extrañó mucho que su comandante no hubiera enviado ninguna imagen de un girasol acompañado de las buenas noches. Pensó que le habría hecho mucho efecto el té que se había tomado y estaría descansando. Se durmió pensando en él como hacía cada noche.

David no sabía que le estaba pasando, se encontraba aturdido. Ade había pasado todo la noche intentando buscar una solución para sacar a su amigo del infierno en el que había caído, solo por el mero hecho de intentar separar aquellos dos hombres. En la mañana muy temprano, Ade se puso en contacto con sus padres y le pidió que llamaran al abogado de la familia, que tenía un grave caso que resolver, se trataba de unos de los huéspedes del hotel que había sido víctima de un mal entendido. También envió un correo a la compañía aérea donde trabajaba el comandante para ponerlos en alerta de lo que estaba aconteciendo. Todo era más complicado porque el mundo estaba parado, nada se movía y los departamentos oficiales lo hacían a medio gas. Pero Ade lucharía hasta el final para conseguir la li- bertad de aquel amigo que se había encontrado tras un mes y medio de encierro, tenía claro que usaría todas sus amistades para salvarlo de una condena injusta. A media mañana el abogado, llamado Akinlana fue al hotel para recabar todos los datos de lo que había ocurrido. El gerente le explicó todo lo acontecido la noche anterior, y que el comandante había sido un cabeza de turco en aquel desenlace, él solo abrió la puerta para intentar mediar y salió como implicado en aquel asunto en el cual no tenía nada que ver. El abogado le dijo a Ade que se personaría en las dependencias donde se encontraba el comandante y hablaría con él para buscar una estrategia en su defensa. Ade se ofreció a acompañarlo para poder hacer de interlocutor en la declaración de David, aunque Akinlana hablaba inglés igual o mejor que Ade, éste no quiso dejar solo a su amigo.

Cuando llegaron, el comandante estaba abatido, su incertidumbre se iba desbordando por minutos pero confiaba en que Ade y las buenas influencias de su familia pudieran sacarle de allí muy pronto. David le pidió a Ade que por favor le facilitaran algún medicamento, su cabeza le iba a explotar y su cuerpo sufría altas temperaturas. Ade salió de las dependencias y buscó a un amigo que trabajaba allí en la zona de enfermería, le facilitó unos analgésicos y le pidió que velará por el estado de su amigo, que podía estar sufriendo el virus que en aquellos momentos azotaba con gran fuerza todo el país. Clement, el enfermero traslado a David a la enfermería y tras varias pruebas sin demasiada certeza aseguraban que el dolor de cabeza, garganta y altas temperaturas se debían a que el presunto acusado estaba infectado por Covid. Ahora las cosas se empeoraban más. Tenía que estar aislado, pero gracias a las buenas relaciones de Ade lo trasladaron al hotel bajo arresto domiciliario y previo pago que corrió a cargo de él. David era una persona muy agradecida y no sabía cómo agradecer el apoyo de su amigo en un momento tan complicado. Al comandante le fueron arrebatados todos sus objetos personales, entre ellos el móvil, lo que le impedía ponerse en contacto con Isabel, aunque él tampoco quería hacerle sufrir contándole la situación tan desagradable que vivía en aquellos momentos.

Durante unos cuarenta días tendría que estar encerrado en el hotel sin tener contacto con nadie. Ade le dio otra habitación para evitar que su amigo tuviera malos recuerdos de la escena que

había vivido días antes. Ver caer aquel hombre por la terraza sin poderlo impedir y el virus, hacían que el comandante no pudiera descansar, lo que se unía a la tristeza que le causaba el no recibir noticias de su padrino y no poder comunicarse con Isabel, no sabía el número de teléfono de memoria, ella se comenzaba a asustar pero entendía que con éste caos que vivía el mundo, podría estar ya de vuelta a San Diego o haber perdido la señal. Él no paraba de pensar en ella y llamarla cuando la fiebre le subía y le hacía delirar. El éxtasis de la fiebre lo llevaba a recordar aquellos momentos vividos con ella, su padrino y algunos recuerdos de su difunta esposa, e incluso le llegaron imágenes de sus padres agarrados de la mano paseando por la playa vestidos ambos de blanco, era un recuerdo que nunca había tenido, pero cuando volvía a la realidad se sentía bien pensando en las imágenes que le había regalado su subconsciente. Su madre era una mujer muy guapa y él tenía cierto parecido a ella, el color de su pelo, de sus ojos y de su piel lo había heredado de su madre. De su padre había heredado su manera de andar por la vida, siempre de frente y su capacidad para ir superando los obstáculos que la vida le marcaba, y ahora se enfrentaba ante uno que nunca olvidaría por la impotencia que le causaba. Ade lo visitaba muy a menudo y le subía comida, guardando las medidas de seguridad y ataviado con su correspondiente mascarilla y guantes. Poco a poco la fiebre fue remitiendo, Ade habló con el abogado y éste le pidió que buscarán un médico que certificara que aquel joven todavía tenía fiebre para alagar la estancia en el hotel el mayor tiempo posible, eso evitaría que el comandante tuviera que ingresar en prisión, y a su vez al letrado le haría ganar tiempo para preparar la defensa. También acudiría a la embajada para pedir ayuda y demostrar que era una persona sin antecedentes de ningún tipo y certificar que el motivo de la estancia de David en Nigeria se debía a su trabajo. David le daba las gracias muchas veces cada día a Ade, el gerente le traía muchos zumos de frutas con alto contenido en vitamina C y algunos té recomendados por la Organización Mundial de Salud, para acabar con aquel virus. Pero tendría que permanecer allí y fingir que no se había recuperado frente a la policía nigeriana cada vez que fuera visitado por ellos.

El abogado, Akinlana, habló con el médico que permanecía en la reserva. Era una mujer bellísima llamada Faith, el gran amor de Ade, pero él nunca le había insinuado nada por timidez. Faith era capaz de hacer cualquier cosa por ganarse la admiración del gerente y no dudó en poder ayudarlos. Cada día visitaba al comandante y generaba un parte donde justificaba que la fiebre permanecía y el riesgo de contagio seguía vigente. David el primer día que vio a Faith se quedó perplejo ante aquella mirada, quizás que fuera una de las mujeres más bellas que había visto nunca. Tras salir la médica de la habitación le dijo a Ade:
—Amigo, qué mujer más bella, nunca vi una belleza igual, ¿Nunca te diste cuenta?

—La conozco desde hace tiempo, lleva muchos años trabajando en la reserva para mis padres. Llegó del Sahara para hacer un período de práctica, tras estudiar en España gracias a una familia de acogida, y desde entonces vive en casa. Mis padres la quieren mucho.

—Yo me he quedado exhausto, nunca he visto una mujer tan bella.
—¿Ya te olvidaste de Isabel?

—Eso jamás. Isabel no es tan bella como Faith, pero me robó el corazón, siempre sonríe a pesar de sus problemas. Es la mujer más simpática y con más sentido del humor que he conocido. Esa noche en aquella cafetería, el destino quiso que la única silla que estuviera libre en aquella terraza tan grande fuera la de ella. Estaba guapísima. Fue tan de verdad, que aquella sinceridad al

hablarme me desarmó.

—¡Mi amigo ya coge fuerza de nuevo! Ya comienza a hablar de su chica y eso es una clara señal que se va recuperando.

—Sí, es cierto, me encuentro mejor, pero no sé si podré salir de este lío en el que he caído, sólo por abrir esa maldita puerta.

—Debes tener esperanza, las cosas van por muy buen camino.
—El señor que está en el hospital es el único que puede salvarme de este lío.

Ade se fue de la habitación y bajó a su despacho. En el hotel cada vez quedaban menos huéspedes y David junto con una parte de la plantilla que mantenía las instalaciones. Ade era muy activo y estaba preocupado por la situación que se estaba viviendo en sus negocios y sobretodo el problema de David, que le ocupaba su mente la mayor parte del tiempo. El suceso se había filtrado a la prensa y tendría repercusión negativa para su hotel. Pero era muy difícil que perdiera la calma y comenzó a pensar en Faith. Llevaba años callando aquel amor, por miedo a que sus padres no lo aceptaran. Su madre le recalcaba que tenía que buscar una compañera y casarse, tenía que estabilizar su vida y formar una familia. Anne quería nietos para que la reserva siempre estuviera gestionada por los descendientes de Ade, gracias a su esfuerzo y constancia todo seguía adelante, sus padres ya contaban con una edad muy avanzada para llevar a cabo todos sus negocios.

Isabel se levantaba cada mañana muy triste. No sabía que podía estar pasando. Escribió un correo a su compañía y no recibía ninguna respuesta. Todos los días le mandaba un te quiero en forma de mensaje, pero no obtenía respuesta. El panorama en el mundo cada día apuntaba peor, y España junto a Italia se estaban llevando la peor parte. El gobierno no hizo caso a las advertencias emitidas por la Organización Mundial de la Salud y ahora lo muertos se contaban cada día por centenas. La gente estaba muy agresiva por los problemas que se estaban generando de desempleo, había familias que empezaban a pasar hambre. Isabel luchaba, pero era consciente que el mundo estaba dando un vuelco bestial. Se pasaba el día escuchando tutoriales de expertos economistas que avisaban como el mundo se movería a partir de ahora, pero todo eran previsiones, no había nada de certeza en aquellas palabras. La única certeza era que todo se había digitalizado desde todos los puntos de vistas, y había que renovarse o morir en el mercado empresarial.

Otra de sus grandes preocupaciones era David, no sabía cómo obtener alguna información de él. Tenía la manera, pero no quiso hacer uso de ella. Se moría de ganas de hablarle, pero no quería hacerla sentir mal por no poderlo ayudar. Estaba en buenas manos y tendría que esperar a que el tiempo defi- niera que pasaría con él.

Ella se esperanzaba pensando que pronto tendría noticias. Pero los días se le hacían muy cues- ta arriba sin recibir sus muestras de cariño y no poderlo ver a través de la pantalla de su móvil o tablet. Intentaba pensar en otra cosa, el mundo se había parado para todos, las noticias eran insoportables en muertos y desgracias, eran muchas las personas que estaban perdiéndolo todo poco a poco. En la ciudad de Sevilla ya se habían cerrado varios centenares de bares, lo que provocaba un aumento impresionante en la tasa de desempleo, y no sólo ocurría en la ciudad

Andaluza, la pandemia iba asolando toda la economía del país. Ver la luz se convertía en una tarea casi imposible. Isabel estaba a punto de perder un negocio que le había llevado muchos meses de trabajo por el maldito virus, pero ya se comenzaba a valorar otros aspectos de la vida que hasta entonces el mundo ni siquiera había percibido, algo tan simple como la salud de uno mismo, de su familia y amigos.

David también la echaba de menos de una manera tan fuerte que a veces le llegaba a doler el pecho, pero su objetivo era salvar la terrible situación en la que se veía inmerso, para poder regresar pronto a casa.
Ade llegaba muy temprano cada mañana e intentaba coincidir con Faith, solo verla le alegraba el día, era una mujer bellísima y con una educación exquisita. La doctora lucía una melena negra a la altura de su hombro, que normalmente la llevaba recogida por su profesión en una coleta con el pelo muy tirante, algo que resaltaba aún más su mirada, que era tan penetrante que todo aquel que la miraba nunca la olvidaba. Sus pestañas negras muy largas acompañaban a unos ojos verdes que eran capaces de deslumbrar a cualquier persona sin proponérselo. Su boca era perfecta y su dientes tan blanco como los de Ade. Su boca siempre mostraba una sonrisa llena de humildad que le provocaban dos hoyuelos muy cercanos a las comisuras. No era una mujer de una estatura alta, su silueta no se dejaba ver a través de su uniforme, pero parecía haber salido de un certamen de belleza. Con David conectó muy rápido. Faith había sido acogida por una familia en Málaga y aquella casualidad hizo que tuviera largas conversaciones mientras visitaba al comandante. Ade no llegaba a sentir celos de su amigo pero le generaba alguna duda sobre aquella conexión que se había dado tan rápida entre ambos. Faith miraba a Ade de una manera muy sutil, nunca lo hacía de frente y David se percató muy rápido que algo ocurría entre ellos. El comandante era una persona muy directa y no tuvo reparo en preguntarle que sentía por aquella doctora, él le confesó que estaba enamorado de ella. David le aconsejaba que tenía que decírselo, no debía callarlo por mucho tiempo más, era algo mutuo, no tenía ningún motivo para callarlo, tenía que enfrentarse a esa situación.

Tras la visita de la médica, David recibía la de su abogado con buenas noticias. Ya habían encontrado a la persona que discutía con la víctima y estaban tomando declaración pero no había ninguna prueba en contra de él y al parecer contaba con una buena coartada. El letrado había entregado ya la defensa, en unas semanas tendrían alguna noticia, mientras seguirían certificando la gravedad de David y el alto riesgo de contagio para que pudiera permanecer en el hotel y no en la cárcel. Sus pertenencias seguían en las dependencias policiales y aún no le habían sido entregadas por riesgo de fuga. David seguía extrañando mucho a Isabel, sus recuerdos era lo único que lo hacía mantener la calma en la medida de lo posible. Él pensaba como comunicarse con ella, pero no sabía que decirle para que ella estuviera tranquila y no se preocupara por todo lo que le estaba pasando. La situación era terrible, a veces pensaba como hubiera sido si Ade no hubiera estado ahí. Estaba túmido, tantos días postrado en la cama, sus piernas necesitaban andar y hacer algo de ejercicios en el gimnasio. Su estado de ánimo estaba cada día peor y necesitaba desfogar toda la rabia e impotencia que llevaba dentro. Ade no se atrevía a que saliera en la noche a pasear por el riesgo de contagiar a alguien y por la posibilidad de que la policía lo atrapara incumpliendo el arresto domiciliario. Así que decidieron que en la noche bajaría al gimnasio a altas horas de la madrugada, se cubría con una gorra y bajaba a desfogar para poder poner en orden su cuerpo y su mente.

A la mañana siguiente David se llevaría otra gran decepción que lo entristecería aún más. Ade

recibía un correo por parte de la empresa cuidadora del padrino de su huésped donde certificaban el falle- cimiento de éste a causa del virus. Le transmitían su más sentido pésame y el gran pesar de no haber podido hacer nada por él, debido al caos en el que se encontraba el país americano. Ade no sabía cómo encararle la noticia al comandante, sabía que para él había sido un ser determinante en su vida, su presencia había hecho posible que David hubiera podido conseguir grandes objetivos. Pasaba las ho- ras pensando cómo hacerlo, hasta que ya estaba bien entrada la tarde no tuvo las fuerzas suficientes para darle aquella terrible noticia.

Subió a la habitación y el comandante ya lucía mejor semblante, estaba escuchando música en un mp3 que Ade le había dejado repleto de canciones que eran de su gusto, puesto que su celular seguía aún en manos de la policía. Ade estuvo hablando de otros temas y no sabía por dónde empezar.

—¿Qué tal te encuentras, David?

—Mejor, pero esta incertidumbre me está machacando más que el virus, ya me ha desaparecido el dolor de garganta y de cabeza.

—Te entiendo, amigo, pero el abogado tiene muchas esperanzas. Hay que tener fe, pronto estarás en España con Isabel. Piensa en ello para coger fuerzas.

—Ade, pero estoy aquí en un país que no sé cómo funciona la justicia, no entiendo lo que hablan, no sé que va a ocurrir conmigo. Me preocupa mi padrino e Isabel, ella estará pensando lo peor de mí. Todo eso me provoca mucho agobio, y el estar aquí encerrado me está matando.

—David, he subido por eso, no sabía cómo decírtelo. Tu padrino ha fallecido según nos ha comunicado la empresa cuidadora mediante un correo electrónico.

David sentía que tarde o temprano la noticia del fallecimiento de su padrino llegaría, y así fue. Con lágrimas en los ojos y faltándole el aire en el pecho, preguntó.

—¿Cómo y cuándo?

—No lo sé. Tendremos que buscar la manera de contactar con su hijo, haber si él tiene constancia de algo más. La empresa sólo te hace saber que murió a causa del virus y no pudieron llegar a tiempo debido al caos que viven.

—Ade, no sé qué más me queda por pasar en este maldito país. La vida no ha sido justa por llevarse a mi padrino así, sin una despedida como él se merecía. Déjame sólo, no quiero seguir hablando. Gracias, Ade, por todo lo que haces por mí, nunca sabré como podré agradecerte todo lo que estás haciendo.

—No pasa nada, es razonable que quieras estar sólo. Ha muerto una persona muy importante para ti. Y no tienes que agradecerme nada, seguro que tú también lo hubieras hecho por mí si hubiera estado en tu misma situación. Cuídate, descansa y refugia tu tristeza en todos los buenos momentos que viviste junto a él.

Ade abandonó la habitación del comandante, y lo dejó con la mirada fija en la ventana. Había

comen- zado a anochecer, las lágrimas de impotencia recorrían su rostro e imaginaba como sería pasar aquel revés al lado de Isabel. Ade sintió una gran tristeza por aquel hombre, acababa de perder a quien había suplido a sus padres desde el primer momento en que lo acogió como algo más que un ahijado. David pasó toda la noche sin dormir. Pensaba que tenía que hablar con Isabel, sería la única que le daría algún aliento de esperanza en aquellos momentos de tanta tristeza y la fuerza suficiente para seguir adelante.

Capítulo II

Ade estaba preocupado pero le había nacido una tremenda ilusión la noche anterior que le hacía evadirse de todo, la mayoría parte del tiempo. Cuando llegó a la reserva encontró a Faith sentada en un pequeño jardín donde se servía el desayuno y la cena. Ade le pregunto si se podía sentar con ella, lucía un traje negro y unos pendientes y collar a juego color turquesa que la volvían irresistible. Había una luz tenue que venía de los faroles que estaban colocados por aquella zona de la reserva, Anne cuidaba los detalles al máximo. Ade puso su maletín en el suelo y le preguntó si podía acompañarla para cenar, Faith aceptó encantada y Ade le comenzó a contar el nuevo varapalo que había sufrido David, la muerte de su padrino en un país tan lejano sin poder darle la despedida que se merecía. Ella miró a Ade con la misma sensualidad que lo había hecho siempre, cambió de tema y le dijo que sentía envidia sana de esa española llamada Isabel, era una afortunada por tener a alguien que la quisiera tanto como la quería el comandante. Ade captó la indirecta que le había enviado y decidió abrir su corazón ante aquella mujer que la había hecho querer formar una familia desde el mismo día en que la conoció. —¿Faith, te has enamorado alguna vez?

—Sí, mientras estuve en España conocí a mi primer gran amor, pero nunca fui correspondida. Me enamoré del hijo del matrimonio que me acogió. Era una situación muy complicada y era mucho mayor que yo. Miguel era un chico guapísimo, muy inteligente y educado. Pero yo nunca le insinué nada. Él siempre me vio como lo que era, una hermana adoptiva. Después volví aquí y me dediqué en exclusiva a mi profesión, como tú bien sabes. Me consta que se casó y tuvo un niño. Habló con él pero ya ese amor lo terminó el tiempo y la distancia. ¿Y tú? Ade nunca te he visto con nadie y llevo aquí ya mucho tiempo.

Ambos guardaron silencio, estaban nerviosos, Faith sentía que su corazón se le iba a salir, no era capaz de mantenerle la mirada. Era un momento que llevaba esperando mucho tiempo.

—Estuve con una chica mientras estudiaba en la universidad, ella me veía como su amigo, pero yo estaba muy cegado por ella. Pero cuando llegué aquí, conocí el verdadero amor, aunque lo he callado todo éste tiempo.

Ella lo miró y temió no escuchar lo que llevaba esperando desde el primer día que se cruzaron en la enfermería de la reserva.

—¿Pues los sentimientos hay que expresarlos? Si me lo quieres contar, te escucharé encantada.

—Faith, no sé por dónde empezar, David ha sido quien me ha alentado a decírtelo, pero no sé cómo hacerlo. Pero creo que es el momento, lo he callado por temor a que mi papá no estuviera de acuerdo. Me enamoré de ti el primer día que me crucé contigo en la enfermería, me quedé embelesado por tu belleza, nunca había visto una mujer tan bella y elegante como tú. Desde entonces he soñado cada noche con aquella sonrisa que me dedicaste y el tacto de tu piel al darme la mano. Bueno ya lo he dicho. Resultó muy difícil pero ya pasó. Lo dije.

Faith sentía que su corazón le iba a explotar, galopaba con mucha intensidad. Ade agachó la

cabeza y le agarró sus manos a la espera de una respuesta.

—Ade, yo también siento lo mismo por ti y creo que desde el mismo momento que tú. Siempre esperé algo de tu parte, pero veía que cuando estabas en la reserva, te miraba y bajabas la mirada. No sabía si era porque sentías lo mismo que yo, por tu timidez, porque pensarás que no estaba a tu nivel social o por miedo a la negativa de tus papás.

—Jamás miré que nos separará el nivel social, yo soy quien soy por mis padres adoptivos y eso fue la principal causa a la hora de reprimir mis sentimientos y decírtelo, a que ellos no lo aceptaran. La idea de que te pudieran sacar de la reserva me aturdía, aunque también estaba seguro que mi mamá nunca permitiría eso, si yo le contaba mis sentimientos hacia ti, ya sabes que mamá es un ser maravilloso y muy razonable con todos.

Se agarraron de la mano, Ade le confesó que hablaría con sus padres y harían una pedida de mano de manera oficial en la reserva, donde asistirían to- dos los trabajadores. Faith sintió mucha vergüenza al pensar que sus suegros serían ahora sus actuales jefes y ella sentía un gran respeto por ellos. Ella se sintió como en su casa desde el primer día en el que llegó, era una apasionada de su trabajo al igual que su prometido, desde el primer momento tuvo una gran conexión con su suegra. Todo era precipitado, pero entendía que Ade quería formar una familia pronto para que sus padres pudieran disfrutarlo.

Ade la acompañó a la puerta de su habitación tras haber estado más de dos horas conversando en la mesa, ella se quedó fija mirándolo, él la atra- pó con sus brazos que colocó a ambos lados de la puerta y la besó, le dijo que quería pasar, pero Faith se negó y le pidió que esperara a la celebración de la pedida y fuera todo más oficial. Ella temía que al- gún trabajador de la reserva se lo contara a sus suegros antes de tiempo y se crearán un mal concepto de ella. Ade la abrazó muy fuerte y le deseó buenas noches mientras le daba un beso en la frente que encerraba muchísima ternura. Al día siguiente pondrían fecha a la pedida, hablaría con sus padres.

Cuando llegó al hotel, David estaba inmerso en una tremenda tristeza. Ade había llegado muy temprano y subió café para ambos. David notó que su amigo lucía una cara de felicidad muy llena de luz, parecía que se había liberado de algo. El comandante era muy expresivo y no dudó en afirmarle que aquel rostro de felicidad se llamaba Faith. Él asintió con la cabeza y le dijo que pronto sería la pedida de mano en la reserva para que todo fuera más oficial. David le dio un fuerte abrazo a su amigo, y le deseó mucha suerte en esa nueva etapa que iba a comenzar. Ade le propuso que buscara la manera de comunicarse con Isabel, ella debía estar sufriendo mucho también y tenía que contarle al menos lo de su padrino. Ya habían pasado más de dos meses y no sabía nada de ella. Tenía que buscar la forma de comunicarse con ella y explicarle lo ocurrido. Sabía el nombre de la empresa inmobiliaria de Isabel y Ade de momento la encontró por el buscador. Ahí estaba el teléfono de Isabel, lo grabó en su móvil y se lo dejó al comandante para que se comunicara con ella. Él le escribió y al momento Isabel se percató que era él.

—¡Hola, bebé! ¿Cómo estás?

—David, pensé que te había pasado algo. Estaba muy preocupada, te he mandado muchos mensajes pero ninguno te llegaron, no sabía cómo contactar contigo. ¿Y tú teléfono?

—Amor, se ha roto y estoy hablándote desde el del gerente del hotel. Estoy bien pero muy triste,

mi padrino ha fallecido.

—Lo siento mi amor. Tienes que ser fuerte, éste maldito virus se está llevando mucha gente. Cuanto me gustaría acompañarte en estos duros momentos. ¿Aún no sabes cuándo volverás a San Diego?

—No lo sé, bebé, aquí está todo parado. Espero que mis superiores pronto venga a rescatarme, pero no va a ser fácil. ¿Y tú cómo estás? ¿Y mi superhéroe? ¿Y tu mamá y el resto de tu familia?

—Estamos bien, yo te he echado mucho de menos. Quiero que esto termine ya y podamos hablar más a menudo, saber que te encuentras bien y sobre todo a salvo.

—Bebé, te quiero mucho, nunca lo olvides y espérame que volveré pronto a vuestro lado y será para siempre. Este virus me ha hecho pensar y no estaré más tiempo en San Diego. Ahí ya no me queda nada, todo lo que tengo ahora está en España y allí me iré cuando todo acabe. Da igual lo que me cueste. Te amo. Besos para ti y mi chico.

—Yo también te quiero, y por favor háblame más a menudo.
—Te hablaré desde este móvil, mientras reparo el mío.

—Cuídate, te amo, mi comandante del girasol. Nunca lo olvides, me has ofrecido la paz y seguridad que nunca antes nadie había sido capaz de darme. Sólo la encontré en ti y en mi padre. No tardes en hablarme más a menudo. Te necesito mucho más de lo que te puedas imaginar.

—Adiós, bebé, cuidaros todos.

A ese adiós lo acompañaron varios emojis de corazones y besos. David era un ser muy especial y muy atento. Isabel era muy inteligente y sabía que además de la muerte de su padrino, él tenía otra preocupación que no había querido contarle. Había algo en sus palabras y sobretodo su intuición, le decía que pasaba algo más. Por más vueltas que le daba, no sabía que de qué podía tratarse. Ella pensaba en algo relacionado con su trabajo, problemas para salir del país, pero no sabía qué podía ser. Llevaba muchos años en la compañía para que no acudieran en su ayuda si había algún problema para abandonar Nigeria. Al final Isabel llevaba su mente a los buenos momentos que habían vivido juntos para que todo fuera más llevadero, la depresión le había enseñado la fórmula mágica para aislarse de sus problemas, fue algo que consiguió a sangre y a fuego, fueron muchas noches en la que se refugió en los buenos momentos cuando la realidad le causaba daño.

Los días pasaban y la justicia no se pronunciaba sobre la situación del comandante, por un lado no reclamaban su vuelta a prisión pero tampoco lo absolvían del caso. El abogado había comenzado a moverse en la embajada y a buscar a los máximos responsables de la compañía aérea que lo habían enviado allí, era conocido entre ellos por su seriedad y compañerismo en el trabajo. Enviaba cada día varios correos a los jefes de David y ya había conseguido el teléfono del jefe que había ordenado el vuelo del comandante a Nigeria. En la primera llamada no hubo ninguna respuesta y en la segunda le respondió la señora del servicio que le comunicaba que su jefe se encontraba en la isla con su familia pasando el confinamiento. El letrado preguntó por su vuelta, a lo que respondió se encontraban confinados y que todo dependía de las autoridades del país. Le ofreció su nombre y la causa de la llamada para que se lo transmitiera. La empleada le

dijo que a final de esa semana la llamaría como cada viernes, y le daría su recado y él número de teléfono que le había facilitado. Akinlana le insistió y le pidió encarecidamente que no se le olvidara, estaba en juego la libertad de un hombre inocente.

El abogado era un gran amigo de Ade, sabía del poder social y económico que su familia poseía, y no cesaba en buscar argumentos y soluciones para poder encontrar la forma de desvincular a David de aquella situación. Akinlana no podía fallarle a Ade, las principales fuentes de ingresos para él procedían de sus contactos. Era conocedor de la gran humanidad de su amigo y la historia de aquel comandante lo había conmovido.

Tras dos semanas David hablaba con Isabel, pero sus conversaciones eran muy escuetas, ella sabía que había algo más que la tristeza por la muerte de su padrino, pero tras mucho preguntarle no le decía la verdad. Ella estaba sufriendo mucho por él, aunque en sus conversaciones no se lo hacía saber para no preocuparlo.

David también sufría por ella, sabía que era una mujer muy luchadora y ver que su negocio caía empicado con la crisis ocasionada por el virus la estaría haciendo sufrir mucho, por lo que tenía claro que no le contaría nada de lo que sucedía. Era un problema que tenía que solucionar él con la ayuda de Ade y el letrado.

Akinlana estaba trabajando muy duro y parecía que la solución estaba cerca después de tantos días a la espera de alguna noticia, la persona herida seguía sin reaccionar, ahí estaba la llave para encontrar la libertad. En esas dos semanas Akinlana no recibió ninguna respuesta por parte de la compañía, pero sí de la embajada, le hicieron llegar el correo que habían recibido por parte de la compañía aérea tras la petición del abogado.

Estimado letrado Don Akinlana Atar:

Nos ponemos en contacto con usted en relación a su cliente, Don David Amado, acusado por presunto asesinato. La compañía aérea a través de la cual su cliente llegó a nuestro a país nos trasmite que ha puesto en marcha una comisión conformada por letrados de su departamento jurídico para poder absolver a su cliente de dicha acusación, ya que considera que se trata de un error, David Amado es considerado un trabajador con una trayectoria intachable y exento de delitos penales. Se le han enviado todos los documentos a esta comisión, entre ellos las actas de la policía, las declaraciones y todo lo que usted nos hizo llegar.

La compañía asegura que en un plazo de un mes, los letrados podrían llegar a nuestro país y pedirán reunirse con el fiscal.
Le comunicamos que esta sede no puede hacer presencia en dicho asunto, pero si haremos de intermediarios para facilitar la aclaración del caso y dejar a su cliente libre de cargos y poder ser devuelto a su país.

Quedamos a su entera disposición.
Sin más un cordial saludo.

A Isabel el no saber la estaba aturdiendo, le faltaba el aire cuando pensaba en David, no podía ser mentira todo lo que habían vivido, llevaban más de un año juntos y nunca le había fallado. Algo debía haber tras todo lo que ocurría, no solo se podía tratar de un simple móvil roto, había algo

más y él no quería contárselo. Ella sentía dentro una angustia que siempre la llevaba a él.

Pasaban los días y los meses y no tenía ni rastro de él, ni por redes sociales, ni llamadas, ni WhatsApp. Ella se sumía en la tristeza, pero nadie se la detectaba como cualquier persona de las que nacen bajo el signo zodiacal de géminis, se conformaba viendo sus fotos y leyendo sus conversaciones. A esa tristeza se le unía la preocupación por el parón que la economía española había sufrido, al igual que muchos otros países que la pandemia había atacado de manera tan atroz. Ese receso en la economía provocó que las inversiones se pararan en seco, pero ella seguía luchando aunque la desilusión no la soltaba de la mano. Su incansable lucha trajo su recompensa, lo hizo sin hacer ruido, algo que su padre le había enseñado desde que comenzará a trabajar de lleno en el sector inmobiliario y financiero. Tras la pandemia eran muchas las empresas que estaban rozando la cuerda de la horca, pero llegaban a España algunos fondos europeos para hacerse con parte de esas empresas que movían productos de primera necesidad, le prestaban capital a cambio de acciones y al cabo de los diez años sus administradores tenían la posibilidad de la recompra. Isabel tuvo la suerte de entrar en uno de esos fondos y comenzó a captar empresas que salían a flote. Volvía a resurgir de sus cenizas de nuevo, su negocio no había tocado fondo del todo a pesar de haber perdido grandes sumas de dinero por la maldita pandemia. De nuevo su vida se centraba en su trabajo y en su hijo, la ilusión por el comandante había quedado guardada muy dentro de ella, pero no perdía la esperanza. Por su cabeza pasaba de todo, no entendía el motivo de aquel silencio. Ella pensaba en todo y daba cierta credibilidad a que se le hubiera cruzado otra persona, lo que sí tenía claro que el comandante había dejado el listón demasiado alto en su vida como para que alguien lo pudiera igualar. Manuel le preguntaba en miles de ocasiones por David, ella no sabía que contestar, buscó el refugio en su trabajo de nuevo. Pasaba mucho tiempo con su hijo viajando, practicando algún deporte al aire libre, haciendo rutas, montando a caballo, su gran pasión y el único hobby que le hacía sentir la paz suficiente para evadirse de todo lo que pasaba por su cabeza. Pero por muy cansada que cayera en la cama cada noche, su mente terminaba siempre buscando refugio en los besos y caricias de aquel piloto que la había hecho tocar las nubes sin subir a ningún avión como ella muchas veces le había hecho saber. Se miraba su mano y veía el anillo, no podía ser mentira todo lo que había pasado, si así había sido se había topado con el mejor actor que jamás nunca hubiera podido conocer.

Pero el tiempo pasaba y empezaba a entender que tenía que ir aceptando la realidad, aunque su interior le repetía muchas veces que algún día aparecería con alguna explicación si es que nada le había ocurrido. David se moría de pena al pensar el daño que le estaba causando manteniendo aquel silencio, pero era la mejor opción para no hacerla sufrir más. Los días pasaban y seguía encerrado en el hotel sin poder salir de su habitación. El país comenzaba a reanudar una vida sin llegar a tocar la normalidad. Había pasado un mes desde que la embajada había enviado ese correo pero ni rastro de la comisión jurídica que había conformado su compañía para rescatarlo, y el hombre herido seguía en coma. Akilanka lo empezó a visitar para ver si había algún signo de mejoría o podía conseguir alguna pista a través de sus familiares. Ade volvía hacer otra obra de caridad, al hacerse cargo de todos los gastos del joven herido, sabían que su declaración era vital para que el comandante pudiera abandonar el país.

El autor de los hechos había mantenido su coartada, pero Ade no dudó en enviar dos hombres de su entera confianza que llevaban la discreción por bandera para controlar todos los pasos del individuo, se trataban de dos trabajadores de la reserva, les ordenó que siguieran todos su

movimientos, cualquier pista sería de gran utilidad para resolver el caso. Llevaban un mes detrás de él y no había nada claro, el asesino llevaba una vida muy acomodada y dormía hasta el mediodía, o al menos no salía de su casa hasta ya pasada los doce de la mañana y las entradas eran a altas horas de la madrugada, y en muchas ocasiones pasaba la noche fuera. Su vida en su barrio era austera, no se le reconocía ningún trabajo desde hacía años, una vez que salía de aquellas calles cercanas a su casa era recogido por un coche de alta gama que lo llevaba a una gran mansión que estaba cerrada a cal y canto. Los hombres de Ade le contaban todo lo que veían o escuchaban. En el barrio se comentaba que trabajaba para una de las mafias más grande de la ciu- dad, pero sus vecinos no contaban con claridad por miedo. La principal actividad de aquella mafia era preparar cacerías para altos cargos que provenían de otros países, pero detrás de aquel negocio había otras operaciones de drogas, prostitución y tráfico de armas que le hacían poder mantener una vida llena de comodidades y lujo, su mansión era resguardada por unos altos muros llenos de cámaras que impedían ver cualquier recodo de lo que había en el interior. Solo se veía un portón de hierro, engalanados con unos medallones de oro que tenían repujado cabezas de leones que sujetaban entre sus dientes un colmillo de elefante de un gran tamaño, se rumoreaba que era el símbolo de la banda y todos y cada uno de sus hombres que la conformaban tenían tatuados esa imagen en alguna parte de su cuerpo, una vez que había conseguido pasar las pruebas que el integrante principal les hacía superar, pruebas en las que podían ir desde un secuestro hasta un robo, pasando por un asesinato. El león y el elefante eran los animales que más dinero le habían proporcionado a la mafia desde hacía muchos años atrás, junto a mujeres muy bellas, que obligaban a prostituirse para sus clientes, y después podían comprarlas como si de esclavas se trataran.

Una mañana muy temprano llegó al hotel un señor con un semblante muy serio, venía muy bien vestido, era tan rubio como David, con barbas y ojos claros, lucía un traje de chaqueta azul, camisa a cuadros en celeste, una corbata azul con pequeños lunares en amarillo y uno zapatos de color negro que lucían un excesivo brillo. Tras él, entraron otros dos señores con maletas y maletines en la mano, también venían ataviados con trajes. Preguntaron por el responsable del hotel y una de las camareras que pasaban con el carrito de la limpieza le señaló la puerta donde colgaba un cartel blanco con letras negras en cursiva que decía Administración. Se dirigieron allí y tras dar varios toques a la puerta, nadie salió. Volvieron en busca de la camarera, el señor que era de color y hablaba el idioma nigeriano a la perfección le preguntó dónde podían encontrar al responsable del hotel, ella le contestó con mucha amabilidad que se encargaría de buscarlo. Se dirigió a la cocina y allí estaba Ade, se encontraba preparando la lista del catering para su boda que se celebraría en unos días. La camarera le comunicó que había unos señores que lo buscaban, él dejó todo lo que estaba haciendo y salió al encuentro de ellos. Allí estaban ante la puerta de su despacho conversando entre ellos, Ade los atendió muy amablemente, algo muy normal en él.

—Buenos días, ¿En qué puedo ayudarles? —¿Es usted el gerente del hotel?

Le contestó el señor de color que lucía un traje azul, con camisa blanca y corbata oscura. —Si soy yo, Ade. ¿Qué necesitan?

—Estamos buscando al comandante don David Amado, tenemos constancia que se encuentra aquí cumpliendo un arresto por estar acusado de presunto asesinato, venimos a esclarecer los hechos y llevar a cabo su liberación.

—¿Sois los abogados de la compañía aérea que lo envió aquí?

—Sí, somos compañeros y venimos a encargarnos de su defensa junto al letrado que lo representa.

—El comandante se alegrará mucho de veros. Vamos a su habitación. Y ahora se les asignará una habitación a cada uno de vosotros para los días que tengáis que permanecer en la ciudad. No dudéis en pedir todo aquello que necesitéis. Ésta es vuestra casa y espero que vuestra estancia sea de su agrado.

El señor de color le mostró su agradecimiento en nombre suyo y de sus dos compañeros. Subieron por el ascensor y llegaron a la habitación del comandante que en ese momento se encontraba tumbado en la cama con ropa deportiva, muy demacrado y desesperado por no ver salida a su problema. Ade tocó la puerta, David se incorporó y abrió la puerta, nada más verlos reconoció a uno de ellos, y al percatarse de quienes eran su rostro se iluminó. Evitaron los saludos por el protocolo que marcaba el Covid.

—Buenos días, señor comandante Amado, hemos venido a resolver su situación y a llevarlo de vuelta a casa.

—Muchas gracias por estar aquí. Yo a usted lo conozco, una vez cuando renové mi segundo contrato con la compañía usted estuvo en la firma.

—Sí señor, yo estuve en la renovación de su contrato cuando fue ascendido a comandante. Aquí estamos para llevarlo a casa de nuevo y pronto pueda ver ésta situación como una mala experiencia que pudo superar.

—Esto está siendo muy complicado, gracias a Ade que nunca me ha soltado de la mano y ha usado todas sus relaciones para al menos no pasar por la cárcel de este país. Ya estoy rendido, hagan lo que tengan que hacer. Me consta que sois grandes profesionales en el marco jurídico. Seguro que encontrareis la manera de conseguir mi libertad.

Habló otro de los señores que venían.

—Buenas, David, soy Jon, el máximo responsable del departamento jurídico de su compañía y traemos muy buenas noticias, sólo será un mero trámite que tendremos que resolver y en unos días volverá usted a casa, la compañía lo recompensará con una buena cantidad económica en concepto de daños y perjuicios. Será un tema que trataremos luego. Lo importante es liberarlo de todo los cargos que caen sobre usted.

—Muchas gracias, Jon, mi prioridad es salir ileso de toda esta situación. Ya me está afectando de manera muy fuerte, a nivel físico y psicológico. Llevo aquí muchos días y necesito ver la luz, y volar que es lo que más echo de menos.

Ade de inmediato llamó a Akinlana para que se personara en el hotel lo antes posible. En veinte minutos llegaba éste con toda la documentación para mostrarla al comité jurídico que la compañía del comandante había puesto a su disposición. Akinlana tenía ya el caso casi resuelto, la familia del herido había aportado muchas pistas y las de más utilidad fueron las recabadas por

los hombres que había enviado Ade para seguir al autor de los hechos. Ya tenían claro que el asesino era la mano derecha de uno de los principales mafiosos de la ciudad, su principal función consistía en organizar a los hombres que integraban el clan para llevar a cabo los secuestros de las mujeres más bellas y jóvenes de los barrios más humildes de la ciudad, para luego ofrecerla a los clientes que venían a disfrutar de aquellas presuntuosas cacerías ilegales por las que se pagaban cuantiosas sumas de dinero. Tras la caza celebraban suculentas fiestas donde los clientes po- dían disfrutar de todo lo que pedían, sobretodo de la compañía de jovencitas bellísimas, comida, bebidas, actuaciones en directo y drogas. Entre esas chicas secuestradas se encontraba la prometida del herido y por ahí había comenzado la riña entre ellos. La chica había sido dada como desaparecida dos meses antes del comienzo de la pandemia, y los vecinos de ella, todos eran conocedores de quién se la había llevado a la fuerza, pero por miedo a las represalias no se atrevían a hablar. Eran gente muy poderosa y la ley no existía para ellos, su dinero tapaba todas las fechorías que iban haciendo sin recibir a cambio ningún castigo, quizás ahora había llegado la hora de desenmascararlos junto con todos los funcionarios que venían actuando como cómplices desde hacía años atrás. Era una operación muy compleja, todos corrían mucho peligro, pero la banda estaba muy tranquila, debido que no sabía a quién habían cogido como cabeza de turco ni de las grandes relaciones del gerente del hotel. Todo se estaba llevando a cabo de manera muy silenciosa para que los integrantes de la banda estuvieran relajados y no tomaran la justicia por su mano.

La comisión junto con el abogado nigeriano fueron a las dependencias judiciales tras haber escuchado toda la información que Akinlana le había ofrecido. Allí pidieron una reunión con el fiscal que llevaba el caso, estuvieron varias horas y presentaron todas las pruebas recabadas en el último mes a la fiscalía, el cual aseguró que las analizaría muy detenidamente, que llevaban años intentando acabar con la mafia *Mujer de Marfil* como la denominaban en los juzgados. Todo estaba bajo sumario. Había infinidades de demandas sobre ellos pero ninguna había llegado a buen puerto, ya era hora de hacer justicia y terminar con tanta impunidad, de la cual llevaban años disfrutando. El fiscal le transmitió a los letrados su pesar por el arresto del comandante, y le dijo que tuvieran mucho cuidado, las personas de esta banda no tenían escrúpulos para con sus víctimas. Seguirían dejando como acusado a David y en unos días la policía llevaría a cabo una orden de registro en el mansión y en algunas de las casas de los integrantes de la banda. Empezarían por liberar a las chicas, además del arsenal de armas con el que contaban. Eran conocedores que tenían un zona habilitada con jaulas donde tenían leones, a los cuales le arrojaban sus víctimas para no dejar rastro alguno de sus atroces asesinatos. El abogado de Ade le dijo al fiscal que el encuentro entre la víctima y el integrante de la banda se había producido en el hotel debido a las medidas que el país había tomado para controlar el virus, no se le permitía estar en las calles y el presunto autor de los hechos optó por hacer la reserva la noche anterior a lo sucedido, la habitación estaba junto a la del comandante. Lo tenían todo planeado, así no quedaría rastro alguno del asesinato, pero el herido se tropezó con este hombre antes de entrar en la habitación reservada, al no poder reprimir su ira, la discusión comenzó en el pasillo. Allí forcejearon hasta el momento en el que salió David para mediar entre ellos, el comandante fue alertado por los gritos, pero debido al desconocimiento del idioma no había podido aportar ninguna luz a su defensa.
Todos los letrados lo tuvieron claro y abandonaron la sala con mucha esperanza que en una o dos semanas el caso estuviera resuelto y el comandante libre. Nada más llegar al hotel, todos se reunieron con David en su habitación y le trasmitieron que estuviera tranquilo, ya había mucha claridad sobre los hechos, a pesar de que el hombre herido aún siguiera sin poder declarar por su

estado de coma, sería un testigo protegido para que no hubiera riesgo que la mafia actuará provocándole la muerte y así nunca pudiera hablar sobre lo sucedido. Los cabecillas de la mafia estaban muy relajados, no pensa- ban que la embajada americana hubiera intervenido con tanta rapidez y que la compañía aérea hubiera mandado a nadie para defender a su empleado. Era algo que jugaba a favor de David. El joven comenzó a descansar mejor desde aquella noche y veía su libertad más cerca, aunque no quería hacerse ninguna ilusión por si el caso tomaba un cambio de giro en su contra a última hora.

Capítulo III

A los dos días de que la comisión estuviera allí, el hombre herido empezó a despertar de su letargo, no le fue comunicado a nadie para mantenerlo a salvo de la maldad de la mafia que le había ataca- do. Akinlana fue a la habitación y le relataba todo lo sucedido, el joven le contaba que fue hablar con el hombre que le atacó porque había secuestrado a su novia hacía dos meses. Los vecinos de la joven lo habían visto llevársela, la sacó de su casa amordazada, se trataba de una joven de diecisiete años, llamada Juliet. El joven herido, Enmanuel, le mostraba una foto de su chica, era una mujer bellísima. Tenía los ojos claros, con una melena negra recogida en una trenza y estaba sentada en el columpio de un parque. Tenía una cara angelical, su belleza fue el motivo que cayera en manos de aquellos depravados. Enmanuel se le caían las lágrimas cada vez que pronunciaba una palabra sobre ella, era conocedor de su carácter rebelde y quizás que hubiera terminado de la peor manera. Akinlana lo tranquilizaba y le pedía que no perdiera la esperanza, que tenía que protegerse incluso de los médicos y enfermeras que lo cuidaban, tenía una identidad falsa para que sus enemigos a pesar del poder que tenían no fueran capaces de identificarlo, lo mejor era que permane- ciera fingiendo su estado de coma y solo hablara cuando estuviera a solas con su hermana, era la única que sabía junto al letrado que su hermano había despertado del coma.

Akinlana volvió al hotel muy contento, había grabado la declaración de Enmanuel y había recabado los nombres y apellidos de todos los testigos que vieron el secuestro. Subió a la habitación de David y allí se reunió con los letrados americanos, pusieron todas las cartas sobre la mesa por si había que ir a juicio, aunque estaban esperanzados que no haría falta, pero todas las pruebas eran necesarias, había llegado la hora de liberar al comandante y aquellas mujeres inocentes que estaban siendo explotadas de manera impune, también de proteger a los animales que eran matados por centenares cada año en aquellas cacerías ilegales, en especial los elefantes que eran los preferidos de aquellos furtivos que llegaban a Calabar. David ya lucía otro semblante, se sentía más protegido, al menos podía conversar con sus abogados, que le explicaban cada detalle de todo lo que ocurría. El comandante estaba muy esperanzado en recuperar sus pertenencias y entre ellas su celular para poder contactar con Isabel, ella seguía muy preocupada por él. Estaba convencida que algo le había pasado, solo el tiempo haría que tuviera alguna noticia de él. Cuando llegaba la noche sus mentes pensaban en los momentos que habían vivido juntos, la noche en la que se conocieron y en la primera vez que hicieron el amor. Era una historia muy especial la que habían vivido, pero David no quería volver a hablar con ella hasta no tener todo arreglado para viajar de manera definiti- va a España. Era una historia muy larga de contar y muy desagradable para hacerlo a través de una videollamada. Tras mucho pensarlo tuvo claro que era la mejor opción, él creía que Isabel pensaría lo peor de él tras tanto tiempo sin hablar con ella.

Ella ahora estaba viajando mucho entre España y Portugal, había tenido incluso que buscar una mujer para que acompañara a su madre y de Manuel. A pesar de tener su cabeza ocupada y estar muy contenta con su nuevo empleo, por fin tenía un trabajo donde se le valoraba y podía aplicar todos los conocimientos que había adquirido durante tantos años. Estaba inmersa en grandes proyectos, pero cuando llegaba la noche echaba de menos las palabras de aliento que su

comandante siempre tenía para ella. Hablaba con Manuel cuando estaba fuera y su pequeño siempre le preguntaba que si estaba con David. Él también sentía mucho cariño por el comandante, a pesar de haber compartido muy poco tiempo junto a él, la pareja de su mamá se había vuelto un amigo muy especial que en muchas ocasiones lo miraba como esa figura paternal que por circunstancias de la vida no tenía cerca. La familia de Isabel no hacía preguntas, estaban un poco preocupados por el sufrimiento de ella, no mostraba lo que realmente llevaba dentro, nunca lo hacía, su madre temía que pudiera caer otra vez en depresión, pero su trabajo la hacía feliz, ayudaba a mucha gente en su camino y encima era recompensada por ello, pero las ilusiones con el comandante no desaparecían, seguían ahí y eso no le permitía abrir su corazón a otra persona que el destino le pudiera brindar.

Pasó una semana, los letrados seguían allí hos - pedados y David ya cumplía su arresto a medias, ya estaba libre de cargos, pero mantenía su encierro por precaución, para no abortar que la operación llegara a buen puerto. La vida ya era más amena, al menos podía conversar con los letrados que habían enviado su empresa y su cuerpo iba entrando de alguna manera en la normalidad. Ade era uno de los primeros en llegar al hotel, lo hacía en torno a las siete de la mañana y antes de entrar en la oficina re- cogía la prensa que se la dejaba el repartidor en un buzón habilitado para ello en uno de los muros que sostenían la puerta de entrada. La prensa llegaba enrollada con una gomilla, eran los tres periódicos principales más leídos en el país. Llegó a su despacho, se sirvió una taza de café y al abrir uno de los periódicos no daba crédito lo que leía. La noticia venía en primera plana, con letras cursivas gigantes:

LA POLICIA NIGERIANA ACABA CON LA RED "MUJER DE MARFÍL".

El fiscal había llevado todo bajo sumario y no había dado ni día ni hora de cuando intervendrían aquella mansión y las demás casas de los integrantes que conformaban la red. Se había hecho el registro el día anterior y ya iban detenidas más de sesenta personas. Ade se alegró muchísimo y acudió corriendo por las escaleras para avisar de lo acontecido a David, que estaba profundamente dormido cuando escuchó los toques en su puerta. Se sobresaltó y pregunto quién era. Se colocó el pantalón de chándal y abrió la puerta. Ade soltó los periódicos sobre la cama del comandante.

—¿Qué es eso, Ade?
—Amigo, tu pesadilla pasó.
—¿Cómo? Traduce, yo no sé tu idioma.

—Amigo, la policía ya ha desarticulado la MAFIA DE LA MUJER DE MARFÍL, van sesenta personas detenidas y han sido cuarenta y cuatro mujeres liberadas. Amigo, todo en parte ha sido gracias a ti, fuiste cabeza de turco, pero ahora te puedes sentir orgulloso. Esas mujeres serán libres gracias a tu voluntad de querer separar aquellos dos hombres.

—No Ade, fue la policía y tus contactos. Nunca sabré cómo poder agradecerte toda la ayuda que me has dado en estos momentos tan difíciles.

—Pues empieza por quedarte en mi boda y reco - ger tu pasaporte y celular en el juzgado para volver a hablar con Isabel, debe estar muy preocupada por ti.

—Sí, lo sé, pero no le hablaré hasta que no esté de nuevo en España para quedarme para siempre

junto a ella.

—Ella debe estar sufriendo mucho y a ti te vendría muy bien hablar con ella, estarías más tranquilo. No creo que estés haciendo lo correcto, pero es tu decisión, tú eres adulto y sabes lo que haces.

—Muchas gracias, amigo, me quedaré unos días para asistir a tu boda con Faith pero te hago saber que estoy deseando salir de este país.

David llamaba junto a Ade a los letrados y lo citaban en el comedor para celebrarlo con un buen desayuno. Cuando Ade bajaba de la habitación de su amigo, aparecía Akinlana con una sonrisa de oreja a oreja, hacía saber a Ade que ya estaba enterado de lo que había acontecido desde la madrugada del día anterior. Había sido una operación muy compleja según habían informado a Akinlana fuentes oficia- les. La intervención en la mansión se había hecho ya entrada las siete de la tarde, uno de los policías se había hecho pasar por el guardaespaldas de unos de los invitados de la cacería celebrada en la mañana e informó que hicieran la entrada a sus compañeros cuando ya estaban relajados y con alto grado de alcohol y drogas en sus organismo. El cabecilla había intentado huir junto al jefe desde un helicóptero, pero éste también estaba intervenido por la policía que valoro esa posibilidad como una de las primeras por riesgo de fuga. Casi todos los integrantes de la red se encontraban dentro pero se seguían produciendo detenciones. Las chicas estaban drogadas la mayoría, había muchas que habían desaparecido, entre ellas la novia de Enmanuel. La policía seguía con sus investigaciones, y creían que tenían otra mansión fuera de la ciudad y no se descartaban que más mujeres fueran liberadas, al igual que también aumentarían el número de detenciones.

Todos los letrados junto al comandante y a Ade brindaron con copas de zumos de frutas en aquel gran desayuno. Ade no dudó en llamar a sus padres y a Faith para dar la buena noticia que había acontecido aquella mañana, entre él y el comandante había nacido una amistad forjada con un vínculo muy fuerte, tantos momentos de tensión y angustia los habían llevado a comportarse como si se conocieran de años. Los letrados daban la más sincera enhorabuena a Akinlana por su gran labor y haber podido resolver una operación tan compleja sin apenas recursos. Se había jugado el tipo por andar con gente tan peligrosa, pero había sido muy cauto en todo momento, lo que le hizo tener muchos ases debajo de su manga. Akinlana recibiría días después el agradecimiento de la policía nigeriana y del fiscal por su colaboración para acabar con una mafia que hacía de Calabar una ciudad peligrosa.

Enmanuel tras abandonar el hospital y al cabo de unos días aparecía en el hotel con uno de sus brazos sujetados por un cabestrillo y con una de sus piernas muy afectada por la caída, llegaba para dar las gracias al comandante, fue clave que él apareciera para mediar en aquella discusión, había salvado su vida, quizás si hubiera entrado en la habitación los cabecillas de la red hubieran acabado con su vida sin testigo alguno. A pesar de su recuperación estaba sumido en una gran tristeza, Juliet no se encontraba entre las mujeres liberadas que ya habían vuelto con sus familiares, y todo apuntaba a lo peor. Enmanuel sabía que Juliet era una mujer muy rebelde, su destino podría haber sido la muerte o haber sido vendida por una suculenta cantidad de dinero a alguno de los clientes de la red. Ya podría estar en otro país, su belleza la hacía resaltar sobre cualquier mujer, podrían haber pagado una gran suma de dinero por ella, era una mujer de una belleza exquisita. El comandante le daba las gracias por colaborar para poder hacer justicia y le

pedía que tuviera fe para encontrar a su prometida sana y salva, Enmanuel tenía la esperanza perdida. Le mostraba una foto al comandante que llevaba en su cartera, Juliet tenía una sonrisa preciosa, lucía un pañuelo en la cabeza color mostaza y un colgante muy llamativo sobre su pecho en color coral, su belleza traspasaba la fotografía. David entendía aquel hombre, él también estaba sufriendo por la mujer que se había convertido en su todo y ahora la pandemia y las circunstancias habían provocado no saber nada de ella. Él veía las noticias y sentía que Isabel estaría pasándolo mal, la situación en España era estremecedora en todos los aspectos. Aquella mañana Akinlana le trajo de vuelta sus pertenencias, encendió su móvil y vio todos los mensajes que Isabel le había enviado, ella vio que estaba en línea y sus mensajes habían sido entregados, pero prefi- rió esperar a que él le diera una explicación. David estaba vacío sin ella, pero optó por no hablar hasta no estar de vuelta a San Diego y sobretodo tuviera claro su vuelta a España. Entonces le daría todas las explicaciones pertinentes.

David había descansado mucho, concilió el sueño como hacía tiempo que no lo había podido hacer, se durmió con su mente puesta en Sevilla y en la gran suerte de haberse topado con Ade en aquel país en el cual había sufrido tanto y abandonaría en tres días. David y sus abogados fueron invitados a los dos días de fiestas que duraría la celebración de Ade y Faith. Tras el desayuno se fueron a la reserva. David se pasaba el día pensando en Isabel y como poder explicarle su ausencia. Ella no se conectaba demasiado, debía estar muy ocupada, él se pasaba el día vigilándola. Miraba su estado y veía su foto junto a Manuel y su impaciencia por llegar a su casa se hacía más intensa. La mañana en la reserva tuvo mucho trasiego, David aprovechó para hacer un tour por aquel lugar, era un sitio precioso, sus abogados lo acompañaron. Los animales vivían en plena libertad y el señor que hacía de guía les explicaba miles de entresijos de todos los animales que iban encontrándose a su paso.

La reserva era la primera vez que acogía la celebración de una boda, la familia de Faith había llegado en la mañana y ella estaba radiante. Anne, la mamá de Ade había elegido todos los detalles con suma delicadeza y siempre contando con las tradiciones de aquel país, que no era el suyo, pero si del hijo que había acogido como si fuera de ella. En una de las carpas se celebraría la ceremonia blanca como ellos le llamaban, pero en la noche antes habría una preboda con muchas de las tradiciones del país africano. La fiesta comenzó a las ocho de la tarde, Faith y Ade estaban ataviados con la ropa que marcaba la tradición. Habían elegido colores muy llamativos, en tonos amarillos y azules. Faith lucía una blusa amarilla y una falda azul, y su turbante o gele , como se le denomina al turbante que luce la novia y muchas de las invitadas, y sobre su hombro izquierdo llevaba un chal o ipele. Su belleza era impresionante, algo que se unía a su educación y saber estar. Hasta la reserva también había llegado desde España la familia de acogida de Faith, fue el mejor regalo que recibió la doctora gracias a su prometido, él había corrido con todos los gastos del viaje de aquella familia hasta la reserva, sabía lo que significaban aquellas personas para su futura mujer. La reserva estaba decorada muy bonita, con muchos adornos que se usarían para el día siguiente. Todos tenían un significado según la tradición africana, David fue preguntando a la mamá de Ade todas la simbología de aquella decoración, y Anne le explicaba con mucha dulzura. Ade parecía como si hubiera heredado de ella esa templanza, a pesar de no ser su madre biológica. Le contaba que las escobas eran símbolo de limpieza, salud y bienestar, los escudos representaban la felicidad y el matrimonio, y todos los cuencos, vasos y cestas, eran símbolo de unión. David le llamaba la atención todo lo que aquella mujer con esa mirada tan limpia le contaba. Iba ataviada con el gele en color turquesa al igual que la novia, a pesar de estar a punto de cumplir los setenta años su belleza era envidiable, su cutis lucía terso y blanco como

la naca, con una sonrisa capaz de iluminar toda la reserva. Era curioso como aquel matrimonio se había adaptado a aquel país, y sobre todo habían aceptado sus tradiciones como algo suyo.

La pareja irradiaba felicidad, había mucha comida y bebida, no demasiados invitados en esa primera noche, tan sólo los trabajadores de la reserva y el hotel, junto a los más íntimos de ambos. La fiesta duró mucho rato, David a veces se evadía de aquel lugar y se centraba en los recuerdos con Isabel, añoraba vivir un momento así con ella y toda su familia y amigos, pero a la vez le aturdía la posibilidad que Isabel hubiera podido olvidarlo tras aquel largo silencio. Se esperanzaba pensando que el vínculo entre ellos había sido demasiado fuerte desde el primer momento en el que se conocieron como para qué lo hubiera olvidado todo. La fiesta seguía su curso, la pareja había protagonizado el rito del Igbankwu, la novia le había llevado a Ade una copa de palma como señal de respeto y amor, todos bailaban, el colorido era muy llamativo, la música y la decoración junto a los novios cobraban todo el protagonismo de la noche. Luego Ade ofreció a Faith una cantidad inmensa de alimentos y le arrojaba dinero, en señal de abundancia. David se acercó a Ade le dio las gracias a su amigo y lo felicitó por su compromiso dándole un fuerte abrazo. Ade le decía que tenía que animarse y llamar a Isabel, tenía que explicarle porque había estado ausente durante aquellos meses, el problema que había tenido, seguro que ella lo entendería, dijo que lo pensaría y se fue hacía la cabaña que le habían dado para dormir. Allí se tumbó en la cama y tardó en conseguirlo, porque la música duró hasta altas horas de la madrugada. Los letrados aprovecharon la fiesta hasta el final, estaban embelesados con las mujeres tan guapas que había entre las invitadas. Sus atuendos aún resaltaban más la belleza de algunas de ellas, pero era verdad que la belleza que rozaba casi la perfección de Faith, sobresalía por encima de todas ellas.

David se levantó temprano y fue a caminar, paso horas caminando por la reserva, aquel lugar invitaba a meditar, se respiraba paz y calma, solo se oían los sonidos de los animales, sobretodo de los pájaros. En su vuelta a su cabaña ya había algunos trabajadores que recogían todo lo de la noche anterior y Anne ya estaba levantada junto a su marido, tomaban el desayuno. Lo invitaron a compartir con él un zumo de frutas recién hecho, Anne era conocedora de todo lo que aquel joven estaba sufriendo en silencio y de la infancia tan dura que había vivido, no podía evitar sentir compasión por él. Ade le confiaba todo a su madre, ella entendió porque había surgido una amistad tan noble, quizás por la similitud de sus historias.

—¿David, que tal has dormido?

—Muy bien, muchas gracias, señora. Ahora estoy descansando en paz, todas estas noches pasadas no pude conciliar el sueño. Y una señora mayor, me dio anoche una infusión de unas hierbas que me hicieron dormir profundamente.

—Sí, ella es la única familia de sangre que le queda a Ade, es un familiar lejano de su mamá, él la encontró cuando tenía unos diez años y le tiene especial cariño.

—Es una señora muy agradable y me dijo que veía una boda en mí.

—Sí, Afra tiene un don y a veces predice cosas, yo te puedo contar infinidad de anécdotas sobre ella. David cuando Faith llegó a la reserva, venía para unas prácticas y no estaría más de un año en este lugar, ella le dijo que el amor la ataría aquí para siempre y así ha sido.

—Es verdad que estoy comprometido con una mujer española, que me robó el corazón la primera noche que la conocí pero éste arresto que he sufrido en este país, ha provocado que no hayamos podido hablar ni comunicarnos. Solo lo hice a través del teléfono de Ade y ahora no quiero llamarla hasta no llegar a San Diego y poder prepararlo todo para volver con ella. Si me caso con ella, me gustaría que fuerais a mi boda que sería en Sevilla. Estoy preocupado que ella me rechace cuando vuelva a su lado.

—Hijo debes estar tranquilo, si ella te quiere seguro que te espera. Y claro estaríamos encantado de conocer esa ciudad que enamora según dicen todos los que la visitan, y si es para asistir a tu boda mucho mejor. Te mereces ser feliz y formar tu propia familia. David me voy a supervisar los detalles para la ceremonia de esta noche, descansa, llámala y cuéntale todo lo que ha ocurrido, ella será compresiva contigo y estarás mucho mejor cuando hables con ella.

David permaneció en la mesa sentado un tiempo, disfrutando del zumo que le habían servido y pronto llegaron los abogados de su compañía. Les sirvieron el desayuno y siguieron visitando lugares de la reserva. David tomó un baño y se fue a descansar de nuevo, se había levantado al amanecer, estaba cansado, había caminado durante dos horas. La caminata, el jugo y el baño le habían dado vida y mejor ánimo. Entendía que tenía que lucir un mejor semblante para la boda de alguien que se se había convertido en amigo además de su salvador.

A las ocho de la tarde daba comienzo la ceremonia de la boda, la reserva lucía en tonos beige principalmente, la tela o Kita como le llamaban en Nigeria era de un color beig con flores en del mismo tono, que les hacía resaltar por contener más brillo y un poco repujado sobre el tejido. La kita era hecha a mano, no sólo serviría para decorar la ceremonia y la celebración, sino que muchas invitadas irían vestidas con ese mismo tejido, era una tradición muy arraigada entre las nigerianas. Los manteles y las cortinas que decoraban el pequeño altar donde Ade daría el sí quiero a su mujer lucía con mucha sencillez y elegancia, nada recargado, todo había sido supervisado por la mama del novio, su nuera también había depositado toda la confianza en ella para todos y cada uno de los detalles de su enlace, era conocedora de su buen gusto.

Faith había escogido para su boda un traje más tradicional, había sido algo que había imaginado muchas veces en su larga estancia en España. Muchas noches se imaginó vestida de blanco casándose con el hijo del matrimonio que la tuvo de acogida durante varios años hasta concluir sus estudios. Siempre tuvo claro que sería algo muy tradicional y clásico, con un cuello de barco y un velo que le cubría su rostro que reposaba sobre su pelo recogido en un moño. Y así aparecía después de que Ade, que también quiso lucir un traje de chaquet para su boda, estuviera esperándola del brazo de Anne durante más de veinte y cinco minutos. Faith aparecía sobre una alfombra roja que la llevaba hasta el altar del brazo de su padre de acogida, su padre biológico había muerto cuando ella era una niña. Dejó embelesados a todos y cada uno de los asistentes, sus ojos verdes hacían perderse en su mirada, Ade no pudo contener las lágrimas, David estaba sentado muy cerca del altar, ya que había llegado tan puntual como siempre. Era bonito ver una imagen tan de verdad, pero el comandante durante toda la ceremonia estuvo ausente, no podía parar de pensar en Isabel, aunque de vez en cuando tomaba algunas fotografías. Ade descubrió el fino velo que cubría la cara de aquella mujer tan hermosa, y lucía una tez tan limpia como su mirada, había escogido para la ocasión unos zarcillos de diamantes que habían sido regalo de su suegra, que estaba feliz de que se hubiera unido al que siempre había considerado como su hijo. Anne también lucía bellísima con un traje color turquesa, que hacía juego con el color de sus

ojos que se mantuvieron lleno de lágrimas durante toda la ceremonia. David contemplaba aquella imagen, y su mente se perdía entre los recuerdos con Isabel, pero sobretodo se sentía muy contento por Ade, se le veía muy feliz. La ceremonia no fue demasiado larga, luego pasaron a la carpa donde tendría lugar la celebración, había muchos invitados y entre ellos personajes de altos cargos del país nigeriano. También estaban los familiares de los padres de Ade, que habían llegado desde América para acompañar al que consideraban uno más de la familia.
Ade se abrazó a David, éste le daba la enhorabuena, le deseaba que fuera muy feliz y le pedía que nunca le fallara a Faith, era una gran mujer. Ade le susurró al oído durante el abrazo: — Pronto quiero estar en la tuya, llama a esa mujer que no te deja dormir ni pensar con claridad. No estás siendo justo con ella.

El comandante contestó que lo haría cuando tuviera todo arreglado para quedarse siempre a su lado. Comenzaba la fiesta, la comida era muy varia- da, había muchas carnes, salsas, excelentes vinos que habían venido de diferentes lugares para ser degustado para un día tan especial, frutos secos, tartas, sopas, pescados frito con jengibre, judías verdes, arroz, frutas de todo tipos y una gran tarta nupcial y junto a ella, un recipiente muy bonito que contenía varios ingredientes. El comandante sentía mucha curiosidad por todos los detalles y no dejaba de imaginarse como sería el día de su boda junto a Isabel. En aquel momento hubiera querido mandar todas las fotos que había hecho y compartirlas con ella, él sabía que a ella le encantaba conocer creencias y culturas de otros lugares. Comenzó el baile, Ade se había quitado la máscara de gerente y no tenía nada que ver con el respetuoso señor que te recibía en el hotel, bailaba sin parar y la abrazaba con todas sus fuerzas. Fueron a cortar la tarta nupcial, que más bien era una obra de arte, era una maqueta de la reserva, era algo impresionante. Y luego bebieron una copa de aquel jugo de color marrón que estaba en aquel recipiente junto la tarta, entrelazando sus brazos. David pudo averiguar de qué se trataba lo que bebían, la niñera de Ade le contó que era un licor que se hacía a base de agua que significaba pureza, trigo que era símbolo de fertilidad, pimienta símbolo de momentos calientes, miel signo de dulce amor y hierbas amargas que prevenían según sus creencias los dolores del matrimonio. Todo había estado macerado desde la noche anterior para poder ser tomado por la pareja antes de partir el pastel. Tras aquello, que era uno los momentos más singulares en las bodas africanas, empezaba una gran fiesta con música de di- versas culturas, pero principalmente se escuchaba música africana. El ritmo entre los invitados que ya habían hecho sus ofrendas a la pareja, no paraban de beber, bailar y reír. David estaba sentado en la mesa junto a Akinlana y los otros letrados que aún no habían vuelto a San Diego, miraban el colorido y conversaban, David seguía pensando en cómo afrontar el tema de Isabel, pero no encontraba la fórmula de cómo contarle el motivo de tantos meses de silencio. Mientras los letrados conversaban, David veía fotos de Isabel y se le acercaban muchas chicas para sacarlo a bailar, él no tenía ánimo y se quedó allí sentado bebiendo unas copas. El color de su piel y pelo, unido a su cuerpo tan escultural hacía que las mujeres no pararan de quitarle la vista de encima. Tras considerar que ya había hecho el suficiente acto de presencia en la boda de aquel amigo que la vida le había deparado, se fue para su habitación, no sin antes dar las gracias por todo a los padres de Ade y a la nueva pareja que estaban radiante luciendo como marido y mujer.

Final

Isabel se encontraba luchando como una leona para subir de puesto en la nueva empresa que trabajaba, quería ascender y poder dirigir el departamento comercial, así tendría más tiempo para Manuel y poder seguir con su actividad en el sector inmobiliario. Le había costado años encontrar buenos contactos que le facilitaban inversores que compraban propiedades de cantidades suculentas, solo le bastaban dos operaciones al año para poder vivir con un nivel de vida medio, ella no aspiraba a grandes lujos pero si le gustaba vivir bien y asegurarse el futuro de su hijo. De nuevo había conseguido llevar la mente a su trabajo, atrás quedaban los buenos recuerdos vividos con el comandante, aunque cada noche le daba vueltas a su cabeza buscando una explicación a su larga ausencia. Los buenos momentos vividos a su lado, tapaban la rabia de no tener el porqué de aquel silencio tan absoluto de la noche a la mañana. Un día se levantó y vio en su WhatsApp que David había cambiado su foto de perfil y que los mensajes los había recibido, pero seguía guardando silencio. Esta foto de perfil era una foto de ella y Manuel que se le habían enviado durante el confinamiento, es- taban tumbados sobre la hierba y estaban rodeados de amapolas, las mascotas de Manuel también los acompañaban. En su estado ponía la frase In love forever, no quería seguir alimentando sus ilusiones, pero esa foto de perfil y esa frase del estado lo de- cían todo. Ella lo veía en línea y la sangre se le subía de los pies a la cabeza, y no le faltaban las ganas de llamarlo y gritarle porqué aquel silencio tan absoluto. Pero una vez más sacó los reaños que la carac- terizaba y decidió que no le hablaría hasta no tener una explicación convincente por parte de él.

David regresó a San Diego después de despedirse de aquella familia tan increíble que había conocido en Nigeria, pasando por Ade y su mujer, sus padres y el letrado, Akinlana. Les prometió que seguirían manteniendo el contacto y que podía contar con él para cualquier cosa que estuviera a su alcance. Antes de su llegada a San Diego, tuvo que hacer escala en Dubai, tras un vuelo muy largo llegó por fin a casa. No podía creer que ya dormiría en su cama y tomaría un buen baño en su casa, cayó rendido. Al día siguiente pasaría por la iglesia y volaría a Los Ángeles para ver qué había ocurrido con su padrino y hacerle una despedida como él se hubiera merecido. Contactó con el hijo de éste y se pusieron de acuerdo para hacer una misa en su nombre y buscar el cuerpo de su padrino, si es que había alguna posibilidad. Se trasladaron a la empresa cuidadora y allí le decían que había muerto a causa del virus, pero que ellos no sabían nada de sus restos, quizás podían encontrarlos en uno de los depósitos de la ciudad. No fue tarea fácil pero al final pudieron encontrarlo, los funcionarios le aseguraban que se trataba de los restos de la persona que buscaban, pero en realidad el mundo aún andaba en el caos y no había nada de seguridad en ello. David optó que celebrarían la ceremonia tratándose o no del cuerpo de su padrino, él corrió con los gastos y le dio la despedida que se merecía. Pasó varias semanas de luto, era una creencia que le habían inculcado desde pequeño y había querido llevarla a cabo como símbolo del respeto hacía aquel hombre que había sido su todo.

Pasadas unas semanas, su compañía se ponía en contacto con él para hacerle saber que podía incorporarse a su trabajo. David pidió una reunión con los máximos responsables de su empresa. Pero antes tuvo que arreglar una documentación que su padrino había dejado en un sobre para él, se la hizo llegar el que fuera el abogado de éste desde siempre. El letrado lo dejo sólo en una sala

contigua a su despacho, era conocedor de lo que se guardaba en aquel sobre y era un momento en el que el ahijado de su cliente debía estar en soledad. En el sobre había documentos y muchas imágenes, todas ellas eran de sus padres y otros miembros de su familia. David no pudo contener las lágrimas y le surgió la pregunta porque su padrino nunca se las había mostrado, a las fotos también le acompañaba un sobre con una carta escrita, él pudo reconocer muy rápido que se trataba de la caligrafía de su padrino.

Estimado ahijado:

Leerás esta carta cuando yo ya no esté. He tratado de suplir el cariño de tus padres aunque siempre fui consciente que era algo imposible. Nunca te hablé de ellos, ni de lo que ocurrió. Ahora ha llegado la hora de contarte sobre tus raíces. Tu padre era malagueño y se vino hasta aquí cuando tan solo tenía diecisiete años, venía amparado por una gran empresa española que quería abrir aquí una sede, fue una de las personas más inteligentes que conocí. Tú tienes un gran parecido a él, escuchas más que hablas, y eso te hace un ser más inteligente que los demás. Cuando tenía veintidós años había amasado aquí una gran fortuna, todo lo que tocaba lo hacía dinero. Yo tuve la suerte de conocerlo cuando llegó, y desde el primer día nos compenetramos muy bien, decidimos asociarnos y montar una empresa automovilística como ya bien sabes. Tu padre era la persona que dirigía toda la administración y yo me centré en la parte comercial. Con esa empresa tu papá multiplicó el capital que ya atesoraba. Era muy guapo pero yo siempre tenía mayor éxito con las mujeres que él, era tan reservado como tú y siempre decía que su alma gemela estaría en algún sitio, y mientras para que perder el tiempo con otras mujeres. Vivía solo para trabajar, su responsabilidad en todos los aspectos de la vida era extrema. Cuando cumplió los veinticinco años hizo un viaje a Málaga, él no tenía mucho trato con su familia, sólo pude saber que tu abuelo era capitán de la marina y tu abuela quedó viuda muy joven. Tu padre se escribía con tu abuela. Nunca tuve constancia que tuviera hermanos. En ese viaje conoció a tu madre en la playa, y aquella misma tarde me llamó para decirme que había conocido su alma gemela y que yo sería su padrino de boda y del primer hijo que tuviera con aquella mujer. Vino aquí me vendió su parte y se volvió a Málaga donde se casó con tu madre. De ella puedo contarte menos, solo puedo decirte que era una mujer encantadora, muy guapa y muy hospitalaria. Tenía mucho sentido del humor y siempre se reía de tu padre cuando hablaba mal el español. Era la pareja con más complicidad que he conocido. Al cabo de dos años de matrimonio naciste tú.

Tu papá abrió un negocio dedicado al turismo, y adquirió dos barcos inmensos para hacer cruceros por el Mediterráneo. Volvió a crear otra gran empresa de nuevo. Yo viajé a Málaga para pasar una temporada con él y ayudarle en su nueva andadura empresarial. Una mañana cuando regresaba con tu madre de hacer unas gestiones fueron embestidos por un camión y ahí fue donde encontraron la muerte, tu mamá en el acto y tu padre quedó con un hilo de vida durante unos días, declaró ante un notario que me daba tu potestad y actuaría como tu albacea hasta el mismo día de mi muerte, donde se te haría entrega de todos los bienes que tus padres te dejaban y de donde se habían pagado todos los gastos de tu educación. En estos documentos encontrarás todo lo necesario para desbloquear la fortuna que heredaste y yo maneje lo mejor que supe durante todos estos años. Tu padre me pidió que nunca te dijera nada de esto hasta el día de mi partida, para que nunca te acomodarás y fueras un hombre trabajador y responsable como lo eres hoy. Nunca olvides que me voy sintiéndome más que orgulloso de ti. Ahora soy yo quién te pido que te hagas cargo de mi hijo y lo ayudes a que camine por el buen camino. Le

contaré a tus papás el hombre de bien en el que te has convertido y te deseo que seas muy feliz junto a esa mujer que ha traído de nuevo la sonrisa a tu rostro.

Hasta siempre, tu padrino.

David llamó al abogado que acudió a la sala enseguida y no daba crédito a lo que había visto en aquellas imágenes y sobretodo en los documentos que lo acompañaban, la fortuna era demasiado inmensa para él poderla manejar, se trataban de muchos inmuebles ubicados en la capital de Málaga y en los pueblos más exclusivos de la ciudad, como Marbella, Puerto Banús o Benalmádena. Entre los inmuebles iban desde locales comerciales, casas, apartamentos y adosados, todo estaba explotado bajo una sociedad que estaba inscrita en España. El abogado le aconsejaba que lo mejor sería volar hasta España y cambiar todo a su nombre, para poder venderlo o seguir explotándolo. Esa sociedad le facilitaría los trámites para poder instalarse en España, una vez que las acciones estuvieran a su nombre. David salió aturdido del despacho del asesor y se fue a casa de su padrino, allí había poco que recoger pero si había unos siete coches antiguos que podían ser vendidos por cantidades importantes. David no quiso decirle nada al hijo de su padrino de todo lo que había recogido en el despacho del abogado de su padre. Recogieron todo y los coches fueron enviados a una casa de subastas, eran propiedad de su padrino y su padre, pero el comandante optó que el dinero recaudado sería para su hermanastro como así se llamaban. Éste no tenía claro que hacer con su futuro, David le dijo que en días volarían hasta España y que tendría que acompañarle, su padre había dispuesto que tendría que hacerse cargo de él hasta que tuviera un futuro asegurado. El chico contaba con veintitrés años y aún no había acabado sus estudios, no puso impedimento a aquel viaje, estaba sólo en la vida y era en la única persona con la que podía ampararse.

Volvieron a San Diego tras dejar todo arreglado y la vivienda de su padrino en manos de una agencia para que fuera vendida. El joven Jayden tuvo claro que se iría a España con David, había empezado a descubrir una gran persona, no tenía nada que ver con lo que le había contado su madre, ella siempre tuvo celos de él y le achacaba a su marido que gastaba demasiado dinero en aquel chico. Su padrino mantuvo el secreto de su amigo por siempre y nunca contó a nadie que la fortuna de su ahijado ascendía a algunos millones de dólares, de ahí que se pudiera permitir estudiar en las mejores universidades y poder entrar en la mejor escuela de pilotos de San Diego. Sus notas en la universidad habían sido más que excelentes y luego en la academia también logro salir con un gran expediente académico. Al contrario que Jayden, David siempre había tenido sus ideas muy claras y sabía que volar era su gran pasión.

Comenzó en San Diego por arreglar documentos y se dirigió a su compañía que lo esperaba tras la vuelta de Nigeria, querían entregarle una placa en reconocimiento a su trabajo y en honor a su entereza ante los problemas causados en el país africano. Fue una ceremonia sencilla pero muy emotiva, David no paraba de pensar cómo serían aquellos momentos si los viviera junto a Isabel. Él le transmitió a sus jefes que por motivos personales se trasladaba a España y que le gustaría volver a trabajar allí, la compañía no dudó en ofrecerle una carta de recomendación y una lista con varias compañías americanas con presencia en España y Portugal. David se despidió de todos sus compañeros y superiores, salió de allí como todo un caballero tras casi una década con un comportamiento intachable.

David cogía un vuelo muy temprano con Jayden, que era un chico muy prudente y poco

hablador, de su padre soló había heredado el físico, su forma de ser era menos extrovertida. Tuvieron un vuelo largo y llegaron a Madrid, donde cogieron un tren de alta velocidad para llegar hasta Málaga. David había reservado dos habitaciones en el mismo hotel donde había tenido su primer encuentro con Isabel. Cuando llegó y miró para la mesa de la cafetería donde estuvieron sentados por primera vez, le venían a su cabeza miles de recuerdos de aquellos días tan increíbles que vivió a su lado, pero a su vez el pecho le apretaba con sólo pensar que ella no perdonara su silencio o pudiera estar con otro hombre. Decidió centrar su mente en arreglar su situación y en buscar un buen gabinete de abogado para saber cómo gestionar la herencia que había recibido. Busco en internet y encontró un gabinete en Málaga que tenía muy buenas opiniones de extranjeros que habían llegado a invertir en la costa malagueña. Llamó y le dieron cita para el día siguiente, no quedaba muy lejos del hotel y estaban especializado en herencias y en testamentos, ahí le solucionarían su documentación y la del hijo de su ahijado. Para él también era muy importante saber cómo traer algo de dinero desde San Diego hasta su país, no quería dejar nada en la ciudad americana, ya toda su vida estaba centrada en el país que lo vio nacer, nunca más volvería a salir de España, sólo lo haría por asuntos de trabajo o de placer, no le quedaba nada en América, solo pequeñas inversiones que había hecho gracias a su sueldo como comandante, había invertido comprando acciones de la compañía, no era el momento de vender, el mundo estaba hundido tras la maldita pandemia que se había sufrido a nivel mundial.
No le paraban de llegar recuerdos de sus encuentros con Isabel, parecía sentir el sonido de sus risas, su olor, el tacto de su piel, la primera vez que entraba en su habitación, cuando la vio llorar tras la conversación con el padre de su hijo y la impotencia que sintió. Desde que puso un pie en España no podía parar de sentirla cerca, la imagen de aquella mujer con su bata de raso que hacía resaltar el color de su piel y el brillo de sus ojos, lo hacía enloquecer hasta que conseguía conciliar el sueño.

Acudió al gabinete de abogados, la atención fue excelente, allí le expusieron el número de propiedades que había heredado, que estaban siendo explotada en régimen de alquiler desde hacía muchos años y había generado un capital más que importante. David no le dio demasiada importancia, pero entendió que su padre era un ser que había nacido para crear negocios con éxitos y ahora todo sus beneficios habían ido a parar a él. Los abogados le ha- cían saber que había una empresa que los explotaba desde hacía años y el contrato estaba un poco anticuado, si quería llevar él la gestión de sus alquileres tendría que revocar el acuerdo que los unía. David pensaba en Isabel, sabía que estaba más que cualificada para llevar a cabo aquel negocio, no sabía en qué estaría trabajando ahora, pero tenía mucha experiencia en ese tipo de asuntos. El comandante transmitió a los abogados que lo asesoraban que tendría que hacer una consulta antes de dar ningún paso, que en unos días les daría las instrucciones para poder actuar mediante un correo electrónico. También comenzaron a arreglar la documentación de Jayden, que estaba muy contento con su viaje a España, la luz de Málaga había provocado que tuviera claro que nunca iba a volver a América, él tampoco tenía nada allí, empezaría a estudiar y trabajar donde se instalará David.

David llegó de su reunión con el gabinete de abogados y explicó a Jayden que sería contratado por la empresa que le habían dejado sus padres y así podría permanecer en España sin problemas hasta poder conseguir la nacionalidad, que sería tras un plazo de diez años cumpliendo los deberes como cualquier otro ciudadano español o si contraía matrimonio con alguna chica, también cabía esa posibilidad. Jayden preguntó cuál serían sus funciones y David le contestó que las sabría una vez que hablara con Isabel. Estuvo toda la noche pensando como provocar ese

encuentro con ella para darle la explicación que ella estaba esperando, tras darle muchas vueltas encontró la manera.

Se despertó temprano, acudió al gimnasio del hotel y fue a tomar algo para desayunar. Eran las nueve y media de la mañana. Llamó al socio de Isabel, consiguió su número a través de la web de la inmobiliaria. Cogió el teléfono tras la segunda señal.

—Buenos días ¿Con quién hablo?

—Buenos días, señor, soy extranjero, quiero invertir en Málaga y encontré su teléfono por internet. He visto que tenéis buenas referencias y quiero invertir. Hablan de una chica llamada Isabel.

—Sí, es mi socia. Ella es la que atiende a los inversores, yo llevo la parte de las financiaciones.

—¿Dónde puedo verla?
—Nosotros estamos en Sevilla.

—Yo estoy hospedado en Málaga, ¿Habría alguna posibilidad que su compañera viniera aquí?

—Me imagino que sí, ella está trabajando ahora por la mañana en otros proyectos pero seguro que encontrará la manera de estar en Málaga pronto.

—Ok, perfecto. Dígale a su compañera que la espero en Málaga en el Hotel Petit Palace a las cinco de la tarde.

—De acuerdo, se lo hago llegar y si ella está ocupada le diré que se ponga en contacto con usted. Si no recibe su llamada es porque no tiene ningún problema en acudir a su cita.

David había calculado todos sus movimientos e hizo la llamada desde el móvil de Jayden, por si Isabel devolvía la llamada. Pero no recibió nada, solo un mensaje de confirmación de la cita.

Ya llegaba la hora de la verdad, David sabía canalizar sus emociones de la manera más increíble, pero aquella tarde sería complicada, le asaltaba la duda que Isabel lo rechazara. Ahora se arrepentía de no seguir el consejo que tantas veces le repitió Ade:

—Llámala y cuéntale. Le estás haciendo daño sin sentido.

Isabel recibió la llamada de su socio y le advertía que al día siguiente tendría que estar a las cinco de la tarde en Málaga, que se trataba de un extranjero que quería invertir y los había encontrado por internet. Isabel se alegró de aquello, aunque el mundo aún seguía bocabajo ella había conseguido con su esfuerzo y el de su compañero poder salir adelante a pesar de todas los obstáculos y las grandes pérdidas que habían sufrido durante la pandemia. Ahora el mundo había comenzado a andar de otra forma y había que adaptarse pronto a los cambios que se iban sucediendo por días. Isabel terminó de trabajar a las dos de la tarde, cogió su coche y acudió a esa cita. Durante el viaje iba pensando en David, le asaltaban los recuerdos del día en el que se conocieron, ahora estaría de nuevo en el mismo hotel y se removería todo de nuevo. Era una bonita casualidad que aquel inversor quisiera quedar en aquel hotel, había provocado que su

cabeza no pudiera parar de pensar en él. Llegó a Málaga en torno a las cuatro y cuarto de la tarde, no había comido nada y tomó algo rápido en un restaurante cercano. Su cabeza se iba sola a pensar en aquel piloto, pero su profesionalidad le avisaba que tenía que tener la mente firme para poder captar aquel inversor. Da- vid se puso una camisa azul de cuadros pequeños en blanco y uno pantalones beigs acompañado de unas zapatillas deportivas de color blanco. Se sentó en un reservado que le había habilitado en la cafetería del hotel, y por el cristal la veía caminar de frente hacía él. Ella no podía alcanzar a verlo, estaba los cristales tintados. Ella lucía una camisa blanca, con un pantalón negro y uno tacones de piel con un estampado de leopardo. Traía en su mano un maletín y su bolso. Lucía igual de sensual que siempre, pero David notaba que ahora caminaba con más seguridad que antes, él la veía radiante. Él era conocedor que Isabel le apasionaba su trabajo y conocer gente, era una persona especial y todo aquel que la trataba ya nunca la olvidaba, dios la había premiado con ese don. Su rostro no lucía mucho maquillaje como era habitual en ella, sus ojos venían bajo sus gafas de sol y su melena rizada como siempre. Entró en el hotel y fue a preguntar a recepción, le dijeron que acudiera a la cafetería que había zona de reservados que a lo mejor se encontraba ahí. Ella fue a la cafetería antes de llamarlo por teléfono, y sintió un cosquilleó en el estómago cuando le paso toda la película de la noche que se conocieron, y lanzó una miraba a la mesa con nostalgia. Uno de los camareros le indicó que había un reservado ocupado por un señor extranjero que le había indicado que la llevara hasta allí. Isabel lo siguió y éste abrió la puerta, Isabel no veía nada, David se había sentado de manera que no lo viera al entrar. Isabel agarró el pomo de la puerta, y empujó la puerta de cristales. Al girar la mirada vio sentado en la mesa a su comandante, ella se quedó perpleja, con una mano sujetaba su bolso y su maletín y con la otra se agarraba al espaldar de la silla para no caerse. David sentía tantas ganas de levantarse y abrazarla, pero no sabía su reacción.

—¡Eres tú, David!
—Sí, Isabel, soy yo.
—¿Por qué no te has identificado?

—Quería que se produjera este encuentro. Tenía que contarte por todo lo que he pasado en persona para que así pudieras entender mi silencio.

—David, yo no sé ni qué decir. He llegado aquí pensando en qué me iba a encontrarme con un inversor y me encuentro con un hombre que me hizo tocar las nubes y que desaparece de la noche a la mañana.

—Fui arrestado en Nigeria.
—¿Cómo? Me estás diciendo la verdad.

—No tengo motivos para engañarte. Me acusaron de un presunto asesinato y no fue nada fácil. Sufrí el virus allí y tus recuerdos fueron los que me hicieron mantenerme vivo para poder estar aquí hoy. No quise llamarte y preocuparte, el mundo estaba del revés, yo no sabía que ocurriría conmigo. Cabía la posibilidad de quedar allí encerrado para siempre y que tú no pudieras ser feliz nunca. Lo callé para ahorrarte sufrimientos y no era necesario, yo ya sufría yo por los dos.

—David, no sé qué decir ni qué creer.

—No tienes que decir nada, y creer lo que tú consideres, si piensas que te estoy engañando pues

adelante, también lo entiendo. He preparado esta reunión para hacerte saber que ya estoy en España para siempre, he heredado de mis padres una fortuna que se encuentra aquí en Málaga. Ya he dejado San Diego para quedarme siempre a tu lado y junto a Manuel, y haré lo que sea necesario para conseguirlo.

Isabel no hablaba y lo miraba a los ojos, sentía que había sufrido mucho. Él le alcanzo una carpeta de piel, donde se encontraban toda la documentación de la sociedad que explotaba sus inmuebles, no tenía que aclararle nada, ella sabía traducir aquellos documentos.

—¿David, quién te ha proporcionado toda esta documentación?
—Mi padrino, cuando murió su abogado me la entregó.
—¿Has vuelto por esta fortuna?

—No, Isabel, he vuelto por ti, eres lo único que tengo. He venido con el hijo de mi padrino, que en su carta de despedida me pedía que velara por él. Pero esa fortuna no vale nada si tú no estás a mi lado.

David ya no pudo aguantar más y se acercó a Isabel que se encontraba aún de pie con la carpeta en la mano, a ella le entró un calor que le recorría todo su cuerpo. No sería capaz de negarle ese beso, seguía enamorada de él y había soñado con aquel momento tantas noches durante aquel año y medio, que se dejó llevar. David la abrazó con tanta fuerza que a Isabel le costaba respirar.

—Si piensas que he vuelto a España por esa fortuna, casémonos mañana y así será tan tuya como mía. Te quiero, Isabel. Te pido perdón por no haberte llamado, pero quería tenerlo todo arreglado para llegar de nuevo a tu lado para quedarme para siempre.

—David, por favor, déjame asimilar todo esto. Yo pensé que te hubiera pasado algo o que pudieras estar con otra persona, he estado todo este tiempo intentando olvidar todo lo que pasó entre nosotros pero no lo he logrado.

—Isabel, quiero que me ayudes con todo esto que me he encontrado, yo no sé cómo funciona este país, sé que tú estás capacitada para ayudarme.

—No te preocupes, yo te ayudaré a gestionar todo eso, no es tan complicado.
—Gracias, Isabel, no te haces una idea cómo te he echado de menos todos estos meses.

—Yo también, pero no quiero volver a pasarlo. Déjame unos días para pensar con claridad todo esto. Tengo ahora un buen trabajo con cierta responsabilidad y no quiero desviar mi mente hacía ningún lado.

—Volverás a confiar en mí de nuevo. Solo puedo decirte que si no te llamé durante todo este tiempo ha sido para evitar que sufrieras.
—¿Dónde piensas vivir?

—Voy a vivir contigo en el momento que lo tengas claro.

Isabel sentía que aquellos brazos habían vuelto para protegerla. Se llevó todo la documentación para analizarla y le pidió a David que tuviera paciencia con ella, hasta recuperar la confianza de

nuevo. El comandante lo primero que vio nada más verla entrar, después de mirarla a los ojos, fue que aún lucía su anillo de compromiso.

Pasaron toda la tarde juntos, Isabel no daba cré - dito a todo lo que oía, nunca se podía imaginar que él estaba sufriendo tanto en un país tan lejano. Ella había pensado en todo menos en esa posibilidad. Él le enseñó las fotos de la boda de Ade y Faith , David le presentó a Jayden, era un chico muy guapo también, y se cayeron muy bien a pesar de compartir muy poco tiempo juntos. David le insistía a Isabel que pasara la noche con él, pero ella fue fuerte y volvió a Sevilla con una caja llena de regalos para ella y Manuel.

Durante una semana David estuvo viajando a Sevilla para recoger a Isabel, hizo las gestiones y alquiló una vivienda en plena naturaleza, con todas las comodidades, muy cerca del hogar de Isabel. Pa- sadas unas semanas Isabel recibía un sobre en su casa, que llegaba a través de un mensajero. Ella lo abrió de inmediato y dentro había una copia de un contrato de trabajo por un período de dos años a nombre de Don David Amado, era contratado por una compañía aérea española para el aeropuerto de Barajas y junto a éste, un contrato de alquiler de una urbanización muy cercana a su hogar. A todo ello le acompañaba una nota.

Te prometí que volvería y lo he hecho. Mi vuelta es para siempre. En la vida de todos, en algún momento, nuestro amor hacía una persona se apaga, pero luego se topa con otro ser humano que hace encenderlo en llamas y por ello hay que estar agradecido siempre a aquellas personas que reavivan el espíritu interior de otros sin pedir nada a cambio.

I am waiting for yoy in our home. There is the adress.
You will be my love forever.
David A. D.

Agradecimientos

En primer lugar dar las gracias a la vida por darme esta bendita afición como es escribir, algo que nos calma tanto el alma cuando llegan momentos buenos o malos. Pero creo que antes que a la vida, debo agradecer a los que me la dieron, mis padres. A mi padre que allá donde esté, demás tengo claro que echará lágrimas como puños cuando esto sea una realidad, porque así nos demostró siempre que estaba orgulloso de nosotros. (Papa te quiero y te echo muchísimo de menos). A mi madre que sin ella hubiera sido imposible escribir esta historia, cuidó de mi hijo mientras yo escribía, todavía me acuerdo de algunas de sus travesuras mientras repaso algunos capítulos. Los gritos de fondo eran bestiales mientras yo viajaba de la mano de los protagonistas, para no aceptar la realidad en la que estábamos. Gracias mamá, que los humanos tenemos ese maldito defecto de no decir las cosas a su tiempo, admiró tu fortaleza y tu actividad, que algunas veces se convierte en hiperactividad, y ojalá te acompañe por muchos años.

A mi amiga Isabel Cruz, que dio nombre a la protagonista. Ella que fue la primera persona que leyó esta historia y me alentó para que hoy este en vuestras manos. Una gran amiga que ha contado con mi admiración más profunda desde que la conocí, porque la vida se lo ha puesto muy difícil, pero ella ha sabido torear todos los temporales que le han venido. Siempre ha ido por la vida sin mostrar rencor, y eso me hizo admirarla desde el primer momento en el que tuve conocimiento de su historia. Muchas gracias por todo siempre y te lo digo de corazón, sin tí, a lo mejor esta novela se hubiera quedado guardada en un cajón. Es difícil encontrar personas con tanta calidad, en todos los sentidos, como tú.

A mi amiga Bianka, que siempre está para todo, escucha mis problemas y con su sabiduría me hace coger siempre el camino correcto. A Denis y a Yami, las personas que han corregido, maquetado e ilustrado (Yami Camacho) este libro, además de algunos cambios que se lo debo a ellos. Dos grandes profesionales que pronto se harán un hueco en el mercado editorial. Me quedó que siempre pusisteis a mi servicio vuestra profesionalidad sin costo alguno, algo difícil de encontrar hoy día. A mi compañera y amiga Celia, que fue a la segunda persona que le pedí opinión cuando se la pase para que la pudiera leer.

No sería correcto por mi parte, no mencionar al doctor, que de don pasó a San Idelfonso Gómez Feria, que me ayudó a salir de un pozo bastante negro, pero salí con un máster en Gestión de Emociones debajo del brazo. Gracias por todo. Y a ella que hizo el máster conmigo, esa yegua castaña morcilla, que mi sobrina apodó Draculaura, que estará siempre en mi corazón, como el animal más especial que he tenido la suerte de conocer. Sanamos juntas y eso jamás se olvida.

Ángel, un compañero de trabajo, que luego se convirtió en amigo y socio. Ahora es mis pies y mis manos cuando tengo que mover algo en las redes. Un gran profesional, espero que vayas cada día creyendo más en ti, porque no es nada fácil realizar un trabajo como el que desempeñas, habiendo sido autodidacta.

Lo he dejado para el final, porque es lo más va - lioso que tengo en la vida. Me es imposible a veces escribir con él, pero he decir que me ha hace sentir tantas emociones juntas desde que llegó, que luego sirven para poder machacar el teclado y plasmarla en los personajes, mi hijo

Ale. Un niño de ocho años, que ya busca las maneras de querer ser empresario y tener coches caros, un niño que tiene la personalidad de alguien mucho mayor, y que lo que más me gusta de él, es que lo quiere todo de frente, no le valen las medias tintas. Eres el mayor proyecto que tengo en la vida (algo nada fácil, pero no imposible) y espero que cuando tengas las ideas más claras (aunque ya las tienes sobre todo con los zapatos y la ropa), leas este trabajo, y digas: - Ahora entiendo porque mi madre se encerraba en su despacho y me ignoraba a veces.

Muchas gracias también a aquellas personas que forman parte de esta historia. Siempre voy reteniendo las historias que las personas me cuentan, para luego poder crear a los personajes y sus hazañas. Aquí como en todas las novelas todo es ficticio, pero como bien dice mi gran amigo Luis Miguel Londoño, que como colombiano de pura cepa tiene miles de refranes:

“Toda broma tiene rabo”.

Mis notas de autora

Para muchas generaciones la pandemia ha sido lo peor que hemos vivido hasta ahora, al menos para mí. No estoy marcando hechos puntuales que hayamos podido vivir cada uno, estoy hablando de comunidad, país o mundo. El Covid asoló todo, en algunos sitios más fuertes que otros, y aunque esta novela se empezó a escribir en el 2003, tuvo que llegar el 2020 para terminarla. Fue la única salida que encontré para poder evadirme de todo lo que las noticias nos contaban, de nuestros encierros y de cómo caían los negocios que tanto esfuerzo nos había costado levantar.

Señalar que en la novela hay hechos puntuales que son míos, porque todos los que escribimos plasmamos hechos nuestros y emociones vividas en los escritos, pero la mayoría es ficción. He querido in- cluir el mundo del toro de alguna forma, porque es mi forma de hacer un homenaje a un mundo que a mí me ha aportado tanto, desde mis valores hasta mi formación, sin esa afición seguro que nunca me hubiera tomado los estudios en serio. Algunas personas no lo entenderán, pero yo me entiendo y eso es más que suficiente. Pero lo más bonito de todo, y de lo cual me siento más orgullosa es que a pesar de amar ese mundo con todo mi corazón, nunca he pretendido que nadie lo haga como lo hago yo, porque uno de los valores más clarito que he aprendido ahí, es el RESPETO. Quizás si hubiera nacido en otra familia, donde el toro y el caballo no eran los protagonistas, a lo mejor lo vería desde otra perspectiva. Pero bueno no es mi intención hacer una exposición aquí sobre el mundo del toro, solo quería aclararlo.

Ahora que ya está terminada, y la leo colocando distancia de por medio, doy gracias porque estas páginas me hicieron viajar y vivir muchas emociones durante los meses que la escribí, además de sanar heridas que habían sido guardadas sin cerrar. El Covid nos enseñó muchas cosas, algunas muy malas, porque hubo familias que lo vivieron de forma desoladora, y me llega a mi recuerdo mi prima Loli Paste (te admiro con el talante que llevaste la situación y te quiero por los detalles que siempre has tenido para mí y mi peque). Si ponemos cabeza fría, aprendimos a vivir en casa, sin hacer nada o haciendo otras cosas que habitualmente no hacíamos, y sobretodo, lo más importante, saber valorar la libertad. Éramos incapaces de valorar una puesta de sol, las miles de tonalidades naranjas que te dicen que estás viva, que mires a tu alrededor. Tuve que estar meses encerrada para darme cuenta que vivía en un paraíso, veinte años naciendo detrás de mi habitación una alfombra roja de amapolas, y tuvo que llegar una pandemia para decirme mira la maravilla para tus ojos que tienes detrás de ti. Qué triste ser tan ignorantes, pero bueno, vamos a lo positivo, somos unos privilegiados porque al menos lo vimos y a día de hoy lo podemos contar.

Espero pronto volver a estar escribiendo otras notas de otro proyecto que ya tiene sus cimientos echados.

Gracias por leerme…

Índice

Primera parte **Capítulo I.....7 Capítulo II.....29 Capítulo III.....53 Capítulo VI.....73 Capítulo V.....89 Capítulo VI.....147 CapítuloVII.....159** ***Segunda parte*** **Capítulo I.....195 Capítulo II.....225 Capítulo III.....243 Final.....259**